

# Revista de la CEPAL

*Director*

RAUL PREBISCH

*Secretario Técnico*

ADOLFO GURRIERI

*Editor*

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS  
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA  
SANTIAGO DE CHILE / DICIEMBRE DE 1980

**S U M A R I O**

Nota de la Dirección	7
Los actuales estilos de desarrollo y los problemas del medio ambiente. <i>Mostafá K. Tolba</i>	9
La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina <i>Oswaldo Sunkel</i>	17
Comentarios sobre el artículo "La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina" Comentario de Aníbal Pinto Comentario de Jorge Sábato Comentario de Gabriel Valdés Comentario de Jorge Wilhelm	55
Biosfera y desarrollo <i>Raúl Prebisch</i>	73
El ambiente en la palestra política <i>Marshall Wolfe</i>	89
Estrategias de desarrollo con requerimientos energéticos moderados Problemas y enfoques <i>Ignacy Sachs</i>	107
Perspectivas de desarrollo y medio ambiente: el caso de Brasil <i>Fernando Henrique Cardoso</i>	115
La dimensión ambiental en el desarrollo agrícola de América Latina <i>Nicolo Gligo</i>	133
Factores ambientales, crisis de los centros y cambio en las relaciones internacionales de los países periféricos <i>Luciano Tomassini</i>	149
Comentarios sobre el capitalismo periférico y su transformación Comentario de Lucio Geller Comentario de José Ibarra Comentario de Pedro Vusković	179

## La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina

*Oswaldo Sunkel\**

El objetivo de este artículo es describir e integrar de manera sistemática los principales fenómenos que surgen de la interrelación del desarrollo con el medio ambiente, tal como éstos se presentan en América Latina.

Con ese fin, el autor comienza elaborando un marco teórico general mediante el cual establece las bases conceptuales que le permiten esbozar los problemas concretos que la dinámica del desarrollo vigente en la región ha planteado al medio ambiente. En efecto, en el cuerpo central del artículo, analiza las transformaciones globales acaecidas en los últimos decenios, prestando especial atención a las consecuencias de diversa índole que la industrialización, la modernización agrícola y la urbanización han provocado sobre los factores ambientales y la manera en que éstos, a su vez, han repercutido sobre las posibilidades y límites del desarrollo.

Sobre la base de este análisis sostiene que la incorporación de la perspectiva ambiental en el estudio del desarrollo ha contribuido a poner en tela de juicio algunas firmes creencias de la ideología convencional del crecimiento económico, tales como los valores que sustentan su dinamismo, las formas de organización económica y social que ha suscitado y la esperanza de su expansión ilimitada. Esta conclusión crítica impone un considerable desafío, pues obliga a concebir y realizar nuevas formas de desarrollo que no conduzcan a los callejones sin salida del estilo predominante. Esta tarea, que requiere desde una política apropiada de recursos naturales y una reorientación de la actividad científica y técnica, hasta la búsqueda de nuevas formas de organización socioeconómica y de patrones de consumo, debe ser orientada por decisiones colectivas basadas en la participación democrática y en la racionalidad técnica de la planificación.

\*Coordinador de la Unidad de Desarrollo y Medio Ambiente de la CEPAL.

## Introducción\*

En la concepción y en la práctica del desarrollo se ha recorrido un largo camino desde que el tema se convirtió en una preocupación fundamental de la humanidad después de la Segunda Guerra Mundial. Se comenzó por centrar la atención en el crecimiento económico y, en nuestros países, sobre todo en la industrialización, sector que había quedado muy rezagado dentro del modelo tradicional de crecimiento basado en la exportación de materias primas e importación de manufacturas.

A poco andar, sin embargo, se advirtió que si bien impulsado por una intensa acción de fomento del Estado el crecimiento económico se tornaba más veloz, intenso y diversificado, se hacía necesaria también una importante acción en materia social. Se empezó a comienzos de los años sesenta a prestar mucha atención a los llamados sectores sociales —salud, vivienda, educación, seguridad social— y a las medidas, programas e instituciones dedicadas a mejorar la situación de los sectores marginados. Pero con el tiempo también comenzó a admitirse que el problema social no consistía sólo en el rezago de los sectores sociales, sino que era mucho más profundo: su solución requería transformaciones estructurales y redistribución del poder y de la riqueza, especialmente de la propiedad de la tierra. En resumidas cuentas, se necesitaban transformaciones políticas.

La variedad de dimensiones económicas, sociales y políticas que se fueron incorporando a la interpretación del desarrollo llevaron a mediados del decenio pasado al examen de los estilos de desarrollo. Principió a percibirse con claridad creciente que si bien en materia de crecimiento económico e industrialización América Latina estaba alcanzando resultados sin precedentes, ese proceso estaba excluyendo a parte importante de la población, la que permanecía en el desempleo, el subempleo y la pobreza; que a las antiguas formas de dependencia externa se agregaban otras mucho más profundas y complejas; y que en su seno se iban acumulando tensiones y dificultades políticas.

\*Agradezco la colaboración de Nicolo Gligo en la preparación de este trabajo.

que en muchos casos debieron resolverse a través de crisis muy serias.

Todo esto indujo a diversos países latinoamericanos a ensayar estilos de desarrollo alternativos y a examinar la posibilidad de vías de desarrollo diferentes. Oportuno parece por tanto encarar el análisis de esos ensayos y del pensamiento que los orientó. Al examinarlos retrospectivamente se advierte que, si nos atenemos al plano de las ideas, esas concepciones

de estilos alternativos de desarrollo y esos ensayos de políticas optativas adolecían por lo menos de dos importantes limitaciones: no reconocían adecuadamente la nueva constelación internacional que había transformado significativamente el antiguo modelo centro-periferia; tampoco prestaron una consideración apropiada a la dimensión ambiental en el análisis integral del proceso de desarrollo.

## I

### Bases conceptuales

En una primera aproximación conceptual será necesario definir en forma convencional ambos términos de la ecuación desarrollo-medio ambiente, distinguiéndolos analíticamente, pero con el propósito de superar esa separación en la medida en que el análisis de sus interacciones vaya revelando la estructura y la dinámica del sistema que los engloba.

#### a) *El desarrollo*

Se entiende por desarrollo un proceso de transformación de la sociedad caracterizado por una expansión de su capacidad productiva, la elevación de los promedios de productividad por trabajador y de ingreso por persona, cambios en la estructura de clases y grupos y en la organización social, transformaciones culturales y de valores, y modificaciones en las estructuras políticas y de poder, todo lo cual conduce a una elevación de los niveles medios de vida.

Esta definición intenta resumir procesos reales; no es una definición normativa del desarrollo ideal. Por tanto, no implica que las diferentes dimensiones de cambio identificadas sean necesariamente coherentes y sostenibles a largo plazo, ni favorables a la autonomía nacional y al bienestar de las masas de la población; es una definición que permite identificar como 'desarrollo' un estilo internacional ascendente que, según el enfoque aquí adoptado, junto con el crecimiento económico y la indus-

trialización, contiene muchos rasgos negativos y peligros para el futuro. Más tarde tendremos que enfrentar el desafío de definir estilos de desarrollo alternativos eliminando de ellos, en lo posible, aquellos rasgos negativos y aquellos peligros.

El desarrollo, así definido, se ha basado en la gradual especialización del trabajo y los correspondientes cambios tecnológicos, así como en un aumento en la utilización de energía no humana, todo lo cual ha permitido aumentar su productividad y de este modo generar un excedente por sobre lo necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Este excedente se ha acumulado en forma de instrumentos de producción y conocimientos, que incorporan el cambio tecnológico y un creciente insumo energético, lo que a su vez vuelve a aumentar la productividad del trabajo, permitiendo una nueva expansión del excedente, y así sucesivamente. Este proceso de especialización del trabajo, cambio tecnológico y creciente utilización de energía no sólo posibilitó aumentar la productividad del trabajo, sino también la producción, la población y los niveles de vida. Evidentemente, esta última potencialidad se ha dado en forma muy dispareja entre las diversas clases y grupos, y proporciones importantes del excedente, de la innovación tecnológica y del aumento de la capacidad productiva se han empleado en armamentos y otros usos contraproducentes o desacertados para el bienestar humano.

b) *La interacción sociedad-naturaleza*<sup>1</sup>

Es preciso vincular esta definición del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción con la interacción sociedad-naturaleza. La reproducción de la fuerza de trabajo sólo es posible en la medida en que se extraigan de la naturaleza los elementos necesarios, lo que supone alguna tecnología; por otro lado, tampoco es factible la acumulación del excedente en una fuerza de trabajo ampliada y en la disponibilidad de nuevos instrumentos de trabajo, si no se obtiene un incremento en la extracción de los recursos naturales correspondientes: agua, alimentos, fibras textiles, madera, minerales, energía, lo que vuelve a exigir cambios técnicos.

El aumento en la extracción de los materiales industriales útiles para el hombre se obtiene también por un proceso de especialización y 'artificialización'.<sup>2</sup> En lugar de que los ecosistemas produzcan en forma diversificada y simultánea múltiples formas de biomasa —numerosas especies vegetales y animales—, el hombre interviene eliminando aquellas que no le interesan y las reemplaza por las deseadas. La agricultura —como su mismo nombre lo indica— es precisamente la actividad destinada a mejorar, desarrollar, refinar, adaptar y cultivar el agro; es decir, obtener de la tierra productos útiles para el hombre. De esta manera, concentrando en determinados cultivos especializados la energía solar, el agua y los nutrientes del suelo, además de una serie de insumos e instrumentos de trabajo y elementos energéticos artificiales, se obtiene un aumento de los rendimientos de esa actividad, aunque disminuya la productividad total del ecosistema en términos de biomasa, y el ecosistema pueda, en determinadas condiciones, deteriorarse con el tiempo.

<sup>1</sup>Véase Osvaldo Sunkel y Nicolo Gligo (compiladores), *Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina*, Lecturas, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 2 vol., donde aparece la mayoría de los trabajos del Proyecto homónimo CEPAL/PNUMA. En lo sucesivo los trabajos incluidos en esta publicación se citarán como integrando *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

<sup>2</sup>Este importante concepto se analiza en profundidad en los trabajos de Juan Gastó, "Bases ecológicas de la modernización de la agricultura", y Nicolo Gligo, "El estilo de desarrollo agrícola de América Latina desde la perspectiva ambiental", ambos en *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

La especialización de los recursos agrarios y la de la población permiten generar un excedente de productos alimenticios que posibilita la transferencia de población rural a la ciudad, donde se la necesita para las tareas de transformación de los productos extraídos de la naturaleza. Esta transformación se traduce en obras de infraestructura, bienes de capital y bienes y servicios de consumo duraderos y no duraderos. Salvo estos últimos, necesarios para el sustento diario de la población, el proceso histórico de acumulación de los demás constituye su actual medio ambiente artificial: fábricas y talleres; viviendas, artefactos domésticos y redes de alcantarillado, agua potable, electricidad y gas; carreteras, vías de ferrocarril, puentes y túneles, y los vehículos correspondientes; puertos, canales y barcos; instalaciones comerciales, financieras, gubernamentales y sus equipos de oficina; redes de comunicación; etc. La mayoría de los elementos que lo integran se concentran en forma creciente en las ciudades más grandes, y a lo largo de las redes de comunicación que las vinculan con las poblaciones más pequeñas, y es en estas zonas urbanas donde se concentra también cada vez más la población.

Este medio ambiente artificial constituye una materialización de la evolución tecnológica, y representa además el producto acumulado y decantado de un prolongado período de extracción de recursos naturales. Como la mayoría de la población interactúa principalmente con este medio, que se ha interpuesto de manera creciente entre el hombre y la naturaleza, se crea la ilusión de que cada vez se depende menos de ella. De acuerdo a la terminología del desarrollo, los sectores primarios —agricultura, silvicultura, pesca y minería— van perdiendo importancia, mientras se expanden proporcionalmente los secundarios —industria de transformación— y los terciarios —servicios. Pero es éste un profundo equívoco. En primer lugar, para que ese ambiente funcione, es decir, para que las fábricas trabajen, los vehículos se muevan, los edificios sean habitables, haya adecuado abastecimiento de alimentos y agua, etc., es decir, para que el medio artificial sea vivible y productivo, es indispensable que se le suministre energía. El corte de electricidad que sufrió Nueva York durante 25 horas, entre el 13 y el 14

de julio de 1977, que afectó a 9 millones de personas y produjo un verdadero colapso de las actividades productivas y de la propia vida en sociedad, es una elocuente ilustración, *a contrario sensu*, de lo antes afirmado. Porque la energía proviene de la naturaleza.

En segundo lugar, para que ese medio ambiente artificial se mantenga funcionando regularmente, es indispensable además la reposición de todos sus elementos cuando éstos se van deteriorando normalmente. Para ello es preciso recurrir nuevamente a la biosfera, extrayendo materia y transformándola en los elementos apropiados.

En tercer lugar, y en virtud de la ley de la conservación de la materia y la energía, que establece que la materia no puede ser destruida, sino sólo transformada, todos los materiales y la energía extraídos del medio se transforman, en términos de masa y energía, en una cantidad igual de productos y residuos, los que deben reacomodarse en la naturaleza.

Las ciudades son centros concentradores de insumos naturales provenientes de la agricultura, la pesca, la silvicultura y la minería, y los lugares donde se elabora la mayor parte de esos insumos y se consume y acumula la mayor parte de los productos correspondientes. Como por lo general también concentran la mayoría de la población, las ciudades son a su vez los mayores centros de producción de desechos y residuos. Y éstos se descargan al aire, al agua y sobre la tierra, o sea, a la biosfera. Si ésta no logra reabsorberlos, se producirá su contaminación, de modo que se deteriorarán esos mismos recursos y ecosistemas y ello afectará la salud de la población.

### c) El medio ambiente

Del análisis anterior se desprende con claridad la definición de medio ambiente que se propone emplear en este trabajo: *el entorno biofísico natural y sus sucesivas transformaciones artificiales, así como su despliegue espacial*.<sup>3</sup>

Se trata específicamente de la energía solar, el aire, el agua y la tierra —fauna, flora,

minerales y espacio, este último en el sentido de superficie disponible para la actividad humana—, así como del medio ambiente construido o 'artificializado', y las interacciones ecológicas entre todos estos elementos, como así también entre ellos y la sociedad. Todos estos elementos aparecen acumulados en unos pocos kilómetros por sobre y por debajo de la superficie terrestre y marítima del globo, espacio donde se encuentran todos los elementos y formas de vida de los que depende la vida humana, incluso la propia especie humana.

La sola enumeración anterior hace evidente que la biosfera condiciona las posibilidades de desarrollo, las que dependen, en mayor o menor grado, de la disponibilidad, tipo y forma, identificación y utilización de recursos, la acumulación de capital fijo o medio artificial, el tamaño y localización del país y sus características demográficas, clima, relieve, ubicación geográfica, etc. A su vez, el proceso de desarrollo socioeconómico, puesto que implica utilización de recursos, generación de desechos y desperdicios, desplazamiento de población y actividades productivas, y otros procesos que alteran los ecosistemas, afecta con su dinámica de diversas maneras a la biosfera, y de este modo, a su vez, al propio desarrollo, generando así nuevas condiciones para el ulterior proceso de desarrollo, y así simultánea y sucesivamente.

Los elementos que integran la biosfera —en la misma forma que la especie humana— no son inertes, sino que constituyen sistemas de interacción mutua que forman ecosistemas; caracterizados, entre otras cosas, por estar en permanente proceso de reproducción y mutación evolutiva, en ciclos ecológicos de suma complejidad. Este proceso dinámico-dialéctico es posible gracias a una fuente externa de energía

---

leza. La definición implica ambigüedades y problemas que no desconocemos, pero la juzgamos suficiente y apropiada a los efectos de este trabajo. Véanse, de todas maneras, sobre esta cuestión, los siguientes estudios del proyecto: Gilberto Gallopin, "El medio ambiente humano"; Sergio R. Melnick, "Principales escuelas, tendencias y corrientes de pensamiento"; Warren Crowther, "La información, los estilos de desarrollo y los problemas ambientales en América Latina". Todos estos trabajos en *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

<sup>3</sup>Utilizaremos en forma indistinta las expresiones medio ambiente, ambiente, ambiente físico, biosfera y natura-

—la radiación solar— y obedece a determinadas leyes físicas, químicas y biológicas.<sup>4</sup>

La sociedad humana, por lo tanto, conforma su medio ambiente, pero al mismo tiempo su supervivencia y desarrollo exigen la explotación del medio ambiente. Su posición es así la de juez y parte con respecto a la naturaleza, ya que la explotación del medio ambiente interfiere con los ciclos ecológicos antes mencionados. Esta interferencia puede ser asimilada por los ecosistemas, ya que éstos, en gran medida gracias a su heterogeneidad y complejidad, poseen una capacidad relativamente amplia de absorción y 'digestión' de interferencias, y de regeneración y autorreproducción. Pero cuando se exceden ciertos límites o umbrales, la intensidad, persistencia y otras características de la interferencia pueden llegar a desorganizar los ciclos regeneradores y reproductivos de los ecosistemas a tal punto que pueden llegar a producir un colapso ecológico, que exigirá a su vez los consiguientes reajustes sociales.

En términos más generales y abstractos, como la especie humana es una de las especies constitutivas de la biosfera y los ecosistemas, es evidente que las actividades humanas influyen en mayor o menor medida sobre la biosfera, mientras que las características del medio ambiente influyen a su vez sobre la sociedad. Para llegar a una comprensión más precisa de la forma concreta de esas interacciones es preciso un mayor grado de especificidad tanto respecto de las características del medio, lo que significa entre otras cosas la descripción de un territorio o región determinada, como sobre los procesos concretos y específicos de desarrollo que allí ocurren; es decir, se necesita precisar el estilo de desarrollo, incluida plenamente la dimensión ambiental.

En la práctica, esto último implica centrar la atención sobre tres aspectos, donde se producen las principales superposiciones, duplicaciones e interacción entre sociedad y naturaleza: las actividades de extracción de materia y energía de la naturaleza y su transformación, acumulación y consumo; la generación simul-

tánea de desperdicios y desechos que vuelven a la biosfera, y la ordenación territorial de ambos tipos de actividades.

Aunque el hombre sea por lo general quien desencadena, con nuevas acciones, los cambios en la interacción sociedad-naturaleza, en muchos casos son los cambios catastróficos o evolutivos de la propia biosfera los que determinan las modificaciones de la sociedad. Sea que la sociedad desencadene los cambios en las interacciones, o que sólo esté reaccionando frente a cambios ambientales, de todas maneras las acciones sociales están condicionadas cultural e históricamente por su experiencia, conocimiento y percepciones acumuladas en cuanto a las interacciones hombre-naturaleza.

Así, por ejemplo, la distribución de la población en la superficie terrestre no es fruto del azar: tiende a ser nula o muy escasa y sólo transitoria en aquellos lugares como desiertos, selvas tropicales, altas montañas, el mar, los casquetes polares, donde las condiciones de la biosfera son poco favorables a la vida humana permanente. En cambio tenderá a ser abundante en comarcas donde haya disponibilidad de agua dulce, tierras fértiles, climas tolerables, variada flora y fauna, mares o ríos que sirvan como medios de comunicación, bosques y minerales que provean de fuentes de energía y materiales para elaborar los instrumentos de transporte, construcción, y, en general, de trabajo.

Las propiedades de un medio circunscrito influyen evidentemente sobre la población respectiva: las características de la flora y fauna determinan en gran medida los hábitos alimentarios y la dieta; las condiciones climáticas intervienen en los estilos de la vivienda, la construcción y el vestuario; el tipo de recursos disponibles sobre las habilidades y destrezas que desarrollará la población, así como sobre las técnicas de producción, etc. En otras palabras, las características ambientales, a lo largo de un prolongado proceso histórico, influyen sobre la cultura, costumbres, estilos de vida y conocimientos técnicos de una sociedad.

Uno de los procesos formativos culturales más importante es, precisamente, la adquisición de una sabiduría ecológica empírica con relación a las formas permisibles y tolerables de explotación de la naturaleza circundante, de

<sup>4</sup>Véanse Juan Gastó, *Ecosistema. Componentes y atributos relativos al desarrollo y medio ambiente* (E/CEPAL/PROY.2/R.27), y Jorge Morello, *Ecología y atributos del ecosistema* (E/CEPAL/PROY.2/R.33).

cuya reproducción depende la supervivencia de la población. En el largo proceso evolutivo de la humanidad, las sociedades que no adquirieron esa sabiduría simplemente desaparecieron, dejando sólo sus rastros arqueológicos.

#### d) *La apropiación de la naturaleza*

Por ello las diferentes formas de organización social que aparecen en una comunidad incluyen no sólo las relaciones entre individuos, grupos y clases —que es lo que habitualmente se destaca en las ciencias sociales— sino también los modos como dichos individuos, grupos y clases llevan a cabo la apropiación de la naturaleza. Puesto que la vida humana depende por entero de la disponibilidad de numerosos elementos extraídos de la naturaleza, uno de los aspectos clave de la organización social es precisamente el modo de apropiación social de los elementos de la biosfera esenciales para la supervivencia de la sociedad en su conjunto, y que influye en alto grado en la ubicación de los individuos, grupos y clases dentro de la sociedad.

El escaso interés y atención que ha merecido este aspecto en ciertas corrientes de las ciencias sociales, desde fines del siglo pasado, seguramente no es ajeno a un cariz ideológico que tiende a desviar la atención de uno de los determinantes cruciales de la desigualdad social y de la estructura del poder. Basta una somera referencia histórica para ilustrar lo afirmado. En el desarrollo del capitalismo y su difusión a los países de la periferia, se generaliza en éstos la apropiación privada de la tierra, del agua y de los recursos naturales en general, con el propósito de emplearlos como factores generadores de renta e ingresos monetarios.

La apropiación privada de la mejor tierra por parte de unos pocos significa la existencia de población sin acceso a esa tierra y, por consiguiente, su supervivencia en otras de inferior calidad, o en casos de agotamiento de la frontera agrícola, la existencia de campesinos sin tierra. En el primer caso, se produce el fenómeno de la renta diferencial que favorece a los propietarios de las mejores tierras, por una parte, mientras que la presión demográfica obliga a la población restante a sobreexplotar las de menor calidad, y a incorporar y sobreexplotar otras

cada vez más marginales o de frontera agropecuaria. Esto entraña, habitualmente, la destrucción de los bosques y la degradación de los suelos y de los ecosistemas correspondientes.<sup>5</sup>

Las precarias condiciones de subsistencia de los campesinos marginales y de los sin tierra, y sus tasas generalmente altas de reproducción, crean una oferta abundante de mano de obra asalariada rural y, por emigración, minera y urbana, lo que a su vez constituye un elemento fundamental de la expansión del sistema capitalista, pues permite la generación de excedentes y la acumulación de capital.

El fenómeno de apropiación privada de la tierra y sus repercusiones sociales no es sólo rural, se da también en gran medida en la ciudad. En efecto, en la medida en que se apropian de las mejores tierras urbanas sectores minoritarios, cuya influencia les permite además orientar las obras de infraestructura para favorecerse aún más, la población urbana, en acelerado crecimiento, evidencia una demanda cada vez mayor de espacio frente a una oferta limitada, generándose de este modo, como en el sector rural, una renta diferencial de la tierra para los terratenientes privilegiados.

Los niveles de ingreso de la población establecen un sistema discriminatorio de acceso a la tierra urbana: los de mayores ingresos pueden adquirir terrenos y viviendas; los de ingresos medios, arrendar viviendas; los de ingresos bajos e inestables, ocupar tierras marginales de escaso valor: distantes, de difícil acceso, ribereñas o cerca de canales sujetos a inundaciones y contaminación, en laderas de quebradas y cerros amenazados por aludes y deslizamientos, y sin posibilidad de instalación de servicios públicos urbanos; en zonas industriales deterioradas y contaminadas, o en las zonas reservadas por razones especulativas para futuras urbanizaciones. La mayoría de la población urbana debe vivir de esta manera en condiciones precarias y con gran hacinamiento, lo que a su vez

<sup>5</sup>Sobre estos temas véanse Carlos A. Barrera y otros, "Economía y ambiente: análisis del subsistema regional chaqueño"; Charles Mueller, "La expansión de la frontera agrícola y el medio ambiente. La experiencia reciente del Brasil"; Sergio Salcedo y José I. Leyton, "El sector forestal latinoamericano y sus relaciones con el medio ambiente"; Nicolás Gligo, "El estilo de desarrollo agrícola...", *op. cit.*; todos ellos en *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

contribuye al deterioro de las condiciones de higiene ambiental con graves repercusiones sobre la salud.

Lo anterior sólo persigue el propósito de ilustrar —para una mejor comprensión de los fenómenos del desarrollo— la importancia que reviste una adecuada consideración de las formas de apropiación social del medio ambiente.<sup>6</sup>

#### e) Recursos naturales y relaciones internacionales

Hay otro aspecto de esta misma cuestión que debe mencionarse ahora, y sobre el que se insistirá más adelante: la posibilidad de que se apropien de los recursos naturales de una sociedad miembros de otra sociedad. El grado relativamente elevado de determinismo geográfico-ecológico al que ya se hizo referencia —el condicionamiento de la sociedad por la naturaleza— es función básicamente de dos elementos: el grado de aislamiento de una comunidad en una región determinada, y el grado de desarrollo del conocimiento científico y técnico, particularmente con relación a las oportunidades y limitaciones del propio medio ambiente. Este segundo aspecto es bastante obvio. Los recursos naturales no constituyen un dato objetivo y prefijado, sino que son el producto del conocimiento empírico y la exploración científica, así como del conocimiento tecnológico respecto de las formas y modos de aprovechamiento de la naturaleza, es decir, de las maneras cómo transformar los materiales y la energía que ésta brinda, en elementos útiles para el hombre.<sup>7</sup>

<sup>6</sup>Véanse los trabajos de Guillermo Geisse y F. Sabatini, "Renta de la tierra, heterogeneidad urbana y medio ambiente"; Jorge Wilhelm, "Metropolización y medio ambiente"; Lucio Kowarick, "El precio del progreso: crecimiento económico, explotación urbana y la cuestión del medio ambiente"; Giorgio Solimano y G. Chapín, "Impacto del desarrollo socioeconómico y el cambio ecológico sobre la salud y la nutrición en América Latina"; todos en *Estilos de desarrollo...*, op. cit. Además, Larissa Lomnitz, *Organización social y estrategias de sobrevivencia en los estratos marginales urbanos de América Latina* (E/CEPAL/PROY.2/R.24); Centre International pour le Développement, *Medio ambiente marginal y estilos de desarrollo en América Latina* (E/CEPAL/PROY.2/R.40) y Juan Pablo Antón, *Centros de crecimiento explosivo en América Latina* (E/CEPAL/PROY.2/R.7).

<sup>7</sup>Véase Amílcar Herrera, "Desarrollo, medio ambiente

En tanto existe la posibilidad de desplazamiento geográfico de la población y de transporte de los productos obtenidos de la naturaleza, una población determinada deja de relacionarse únicamente con su propio medio ambiente, y puede desarrollar relaciones con el medio ambiente del que se ha apropiado otra sociedad. Es claro que estas relaciones están socialmente mediatizadas, pues el acceso por parte de una sociedad "A" a los recursos de la sociedad "B" requiere cambios en las formas de apropiación preexistentes en "B", o el establecimiento de relaciones de intercambio de los productos obtenidos de la naturaleza en "B" por otros de los que disponga "A".

Es indudable que el tema tiene una enorme importancia para la región. Desde luego, la historia de América Latina es en gran medida una sucesión de intervenciones de sociedades extrarregionales en busca de la apropiación de los recursos naturales (y humanos) explotables económicamente para obtener productos destinados a satisfacer las demandas de dichas sociedades y acumular un excedente financiero, y por otro lado de las correspondientes reacciones de las sociedades latinoamericanas.<sup>8</sup> El provecho que estas últimas y sus diferentes clases y grupos obtuvieron o dejaron de obtener como resultado de dichas intervenciones estuvo condicionado fundamentalmente por la naturaleza de la mediación sociopolítica interpuesta entre las sociedades foráneas y los recursos locales. Esta mediación es crucial para determinar la forma e intensidad de explotación de los recursos, el empleo y los salarios pagados, las obras de infraestructura, las adquisiciones locales de bienes y servicios, los impuestos pagados al gobierno nacional y local, y, en algunos casos, los precios y mercados de exportación.

En otras palabras, del carácter y eficacia de dicha mediación dependen el uso de los recursos naturales y la proporción del excedente ge-

y generación de tecnologías apropiadas", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

<sup>8</sup>Véanse Nicolo Gligo y Jorge Morello, "Notas sobre la historia ecológica de América Latina"; Carlos Barrera y otros, op. cit.; Armando Di Filippó, "Distribución espacial de la actividad económica, migraciones y concentración poblacional en América Latina", todos en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

nerado que retiene el país. Y del carácter y eficacia de la política nacional de desarrollo dependen, por otra parte, el aprovechamiento racional de ese excedente y su distribución entre las clases sociales. La historia latinoamericana es testigo de una experiencia en general bastante desfavorable en este sentido.

Son innumerables los casos en que se han agotado y se siguen agotando los recursos naturales no renovables de mejor ley y calidad, y se siguen destruyendo y deteriorando los renovables, al extremo de perder éstos su propia calidad de tales. Esto ocurre en especial en los casos de extrema especialización y 'artificialización' de la explotación agrícola, pues entraña el deterioro y destrucción de los ecosistemas y la necesidad de fuertes subsidios energéticos. Ello constituye una advertencia sobre la necesidad de no extremar la especialización en el afán de aprovechar las ventajas comparativas, ya que en el cálculo de éstas no se incluyen las deseconomías externas asociadas con la especialización y la "artificialización".

No cabe duda que la magnitud total de los excedentes generados en actividades de exportación y en inversiones foráneas y la proporción retenida por los países latinoamericanos no ha sido optimizada ni en el pasado ni en el presente, aunque durante el último decenio hubo numerosos intentos de encarar políticas e iniciativas orientadas en ese sentido, como las asociaciones de países exportadores, las nacionalizaciones de las grandes empresas exportadoras, las políticas deliberadas de mantenimiento de los precios de los productos primarios, el control de los precios de transferencia, la negociación tecnológica, etc.

Tampoco es satisfactoria la utilización de los excedentes generados en las actividades foráneas relacionadas con la explotación de recursos naturales. Parte importante de esos excedentes se han destinado al consumo, en especial al de carácter superfluo, y no a la acumulación productiva, cuando se han obtenido por agotamiento o deterioro del patrimonio nacional de recursos naturales —del capital natural de la sociedad— sin manifestar mayor preocupación por su mantenimiento y reposición ni por su ampliación.

Es indudable que este proceso de intensificación del intercambio internacional, de las

inversiones extranjeras y de las transferencias tecnológicas, ha contribuido al aumento de la producción y de los ingresos. Pero de estos beneficios financieros no se han deducido los costos no contabilizados por el mercado relacionados con las rentas diferenciales derivadas de la explotación de los recursos de mejor calidad ni las pérdidas del patrimonio nacional por agotamiento y deterioro de recursos y ecosistemas. Tampoco se han descontado la producción e ingresos que se dejaron de obtener por el desplazamiento de la población que antes utilizaba esos recursos y frecuentemente queda marginada. Mucho menos se han contabilizado los ingresos que se dejaron de percibir de la propia actividad de exportación por prácticas monopólicas, uso de precios de transferencia, conocimientos y fiscalización inadecuados, etc., como tampoco las diferentes formas de subsidio directo e indirecto que disfrutaron con frecuencia: créditos, infraestructura, orden y seguridad, educación, conocimientos y experiencia local, etc.

El examen anterior se ha referido a las relaciones internacionales socialmente mediatizadas de los recursos naturales de una sociedad con los agentes productivos de otra sociedad, y se ha limitado a la extracción de materiales y energía, o sea, dicho con palabras más convencionales, las exportaciones de productos primarios.

Es preciso referirse ahora al reverso de la cuestión, a las importaciones de bienes y servicios, principalmente manufacturas, energía y servicios técnicos, financieros y culturales. Estas importaciones constituyen el reflejo del estilo de vida de los países desarrollados, e incorporan el proceso histórico de condicionamiento mutuo entre sociedad y naturaleza de esos países.

#### f) Centro, periferia y estilo ascendente

En el desarrollo del capitalismo de los países industriales influyeron poderosamente las condiciones particulares de cada uno. El Japón, por ejemplo, por ser un país con gran escasez de recursos naturales, reducido territorio y población numerosa, además de tener una vigorosa tradición sociocultural muy distinta de la europea, adoptó características muy particulares no

sólo en su estilo de organización económica, social y política, sino también en aspectos concretos tales como su estilo arquitectónico, agricultura (que más parece horticultura) y en sus formas de relación con el exterior.

En Europa, el desarrollo del capitalismo industrial en el siglo XIX estuvo marcado también por la tradición sociopolítica, los recursos agrícolas relativamente más abundantes, una antigua civilización urbana y tradición comercial, la trayectoria imperial-colonial y la amplia disponibilidad de carbón como fuente de energía. Estos elementos, entre otros, influyeron sin duda sobre un estilo de gobierno monárquico-parlamentario, una sociedad con una estratificación social relativamente rígida y un agudo conflicto de clases sociales, una agricultura intensiva, un sistema de transporte urbano e interurbano basado en los ferrocarriles y un gran desarrollo del transporte marítimo y del comercio internacional. La masificación del uso del automóvil es muy tardía y con el predominio de vehículos pequeños y económicos.

Muy diferente es el caso de los Estados Unidos, país en gran medida poblado con inmigrantes desplazados de Europa, con una dotación extraordinaria de recursos naturales, incluso petróleo, un territorio de dimensiones continentales y una escasez relativa de mano de obra. Estos factores, entre otros, configuraron una estructura social y política bien diferente de la europea, niveles de ingreso relativamente elevados y mucho menores desigualdades, una tendencia hacia la generación de tecnología ahorradora de mano de obra escasa y cara, y por lo tanto, de uso intensivo de capital, lo que a su vez impulsó la producción en gran escala y en serie, para aprovechar las economías de escala y un mercado amplio y relativamente homogéneo. La disponibilidad de petróleo como fuente barata de energía facilitó el desarrollo de un sistema de transporte muy diferente del europeo, particularmente desde los años cincuenta: el automóvil de grandes dimensiones y enorme potencia, el transporte de pasajeros y carga por carreteras, y la aviación; la motorización y mecanización rurales; la dotación del hogar con equipos eléctricos para sustituir el trabajo doméstico de la servidumbre y la mujer; el desarrollo de la industria petroquímica y de los materiales sintéticos. To-

do ello acompañado del desarrollo de la gran empresa, de dimensiones continentales y de tipo monopolístico u oligopólico, con sus características de organizaciones esencialmente burocráticas y tecnocráticas, además de gran capacidad de expansión e innovación.

Esta caracterización no puede ni pretender ser exhaustiva, pero debería ser suficiente para mostrar que si bien se trata en los tres casos del desarrollo del capitalismo en su fase de expansión industrial, no lo es menos que, a un nivel más concreto, ese proceso adoptó en los diversos países estilos o modalidades diferentes en materia de organización económica, estructura social, orientación de la técnica y los modos de organización de la industria, la agricultura, el transporte, las formas arquitectónicas y de la construcción, etc. En este condicionamiento representó, como es evidente, un papel importante el conjunto de características ambientales, las que a su vez fueron profundamente modificadas en el proceso histórico de intervención de los ecosistemas y de creación de un ambiente artificial.

De paso importa recordar que durante el período histórico al que nos hemos referido, todos estos centros del capitalismo industrial tuvieron sus extensiones coloniales o zonas de influencia hegemónica a las que se transfirieron algunas de las características del estilo de las potencias metropolitanas. Las fuerzas sociales dominantes en países periféricos políticamente independientes, por otra parte, pudieron incluso elegir los elementos del estilo que les resultaran más atractivos o convenientes; por ejemplo, ferrocarriles ingleses, arquitectura y cultura francesa, armamentos y asistencia técnica militar alemana, técnicas mineras norteamericanas y decoración japonesa.

Durante la segunda guerra mundial, y en especial después de la misma, los Estados Unidos se convirtieron en el poder capitalista central y hegemónico, y sus grandes empresas se transformaron en las empresas transnacionales que comenzaron a dominar la economía mundial y llevaron a todos los países, en mayor o menor medida, las pautas de producción y consumo norteamericanas, sus formas de organización, su tecnología, sus métodos de comercialización y crédito al consumidor, sus medios de comunicación de masas, en definitiva, su estilo

peculiar. Todo ello complementado con iniciativas amplísimas en los campos militar, cultural, de asistencia técnica y financiera, actividades que también contribuyeron a la difusión de las pautas, criterios, formas de organización, valores y actividades del estilo norteamericano.

Los países europeos y Japón fueron ávidos receptores de dicho estilo, pero desarrollaron también su propia capacidad para reproducirlo no sólo internamente, sino también internacionalmente, y en especial, en relación con los propios Estados Unidos. De este modo se ha producido una simbiosis y homogeneización del estilo de desarrollo contemporáneo que supera las características nacionales de sus países de origen y que aquí se ha denominado el estilo transnacional.<sup>9</sup>

A ello ha contribuido un hecho que no puede olvidarse: por haber sido casi todos los países desarrollados potencias internacionales y coloniales (*de jure o de facto*), sus estilos nacionales de desarrollo reflejan no sólo la interacción sociedad-naturaleza nacional, sino también la interacción sociedad nacional-naturaleza colonial, y en mayor o menos grado, según los casos, mundial. Esto se refleja, entre otras cosas, en que, no obstante constituir sólo una

pequeña proporción de la población mundial, han llegado a apropiarse y a consumir una elevada proporción de los recursos naturales del mundo por el amplio y diversificado acceso que esas sociedades tuvieron a los recursos naturales del mundo entero a lo largo de su proceso de desarrollo.

En efecto, durante siglos, algunos de los países hoy industrializados tuvieron el privilegio de extraer de su propia naturaleza y del resto del globo los productos que exigían el crecimiento de su población y de su producción, y el aumento de sus niveles de vida. Pudieron apropiarse así de las tierras más aptas del mundo para los productos que requerían, o inducir su cultivo; pudieron cosechar las mejores maderas de los mejores bosques; pudieron criar el ganado en las zonas más apropiadas; explotar los mejores recursos pesqueros en las zonas más asequibles y extraer los minerales y la energía fósil de más alta ley y mejor ubicación.<sup>10</sup> ¡No es de extrañarse, en esas condiciones, que la naturaleza les pareciera infinita, ilimitada! El agotamiento de los recursos no renovables de más alta ley y mejor localización y el deterioro de los renovables que acompañaban este proceso, no constituía para ellos un problema en la medida en que el avance tecno-

<sup>9</sup>Con respecto a este proceso, de importancia central en este trabajo, existe ya una abundante bibliografía. Véanse, entre otros: K. Levitt, "Silent surrender", en *The Multinational Corporation in Canada*, Toronto, Macmillan of Canada, 1970; Osvaldo Sunkel, "Capitalismo transnacional y desintegración nacional en América Latina", en *Trimestre Económico*, México, vol. XXXVIII, (2), N.º 150, 1971; Osvaldo Sunkel y Edmundo Fuenzalida, "Capitalismo transnacional y desarrollo nacional" en *Estudios Internacionales*, Santiago de Chile, Año XI, N.º 44, octubre-diciembre de 1978; S. Hymer, "The Multinational Corporation and the Law of Uneven Development", en J. Bhagwati (ed.), *Economics and World Order*, Nueva York, Macmillan and Co., 1971; R. O. Keohane y J. S. Nye (eds.), *Transnational Relations and World Politics*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1971; R. Murray, "The Internationalization of Capital and the Nation State", en *New Left Review*, N.º 67, mayo-junio de 1971; C. Palloix, *Les firmes multinationales et les procès d'internationalisation*, Paris, Maspero, 1973; U. N. Dept. of Economic and Social Affairs, *Multinational Corporations in World Development* (ST/ECA/190 y Corr.1), Nueva York, 1973; C. V. Vaitos, *Inter-country Income Distribution and Transnational Enterprises*, Oxford, Clarendon Press, 1974; R. J. Barnett y R. E. Muller, *Global Reach: The Power of the Multinational Corporations*, Nueva York, Simon and Schuster, 1974; A. Mazrui, "The African University as a Multinational Corporation: Problems of Penetration and Dependency", en

*Harvard Educational Review*, Vol. 45, N.º 25, mayo de 1975, pp. 191-210; B. Mennis y K. P. Sauvart, *Emerging Forms of Transnational Community*, Lexington, Mass., D. C. Heath and Company, 1975; C. A. Michalet, *Le capitalisme mondial*, Paris, Presses Universitaires de France, 1976; J. Somavía, "The Transnational Power Structure and International Information", en *Development Dialogue*, N.º 2, pp. 15-28, 1976; F. Frobel, H. Heinrichs y O. Kreye, *Die neue internationale Arbeitsteilung*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt Taschenbuch Verlag Grubb, 1975; R. O. Keohane y J. S. Nye (eds.), *Power and Interdependence*, Boston y Toronto, Little, Brown and Co., 1977; K. Sauvart y B. Mennis, "Puzzling over the Immaculate Conception of Indifference Curves: The Transnational Transfer and Creation of Socio-Political and Economic Preferences", monografía presentada a la Second German Studies Conference, Indiana University, Bloomington, abril de 1977; Naciones Unidas, *Transnational Corporations in World Development: A reexamination* (E/C.10/38), marzo de 1978; J. J. Villamil (ed.), *Transnational Capitalism and National Development*, Hassocks, Reino Unido, Harvester Press, 1979.

<sup>10</sup>Al respecto Keynes escribía: "Del excedente de bienes de capital acumulados por Europa, una parte sustancial era exportada a ultramar, donde la inversión de dicho excedente hizo posible el desarrollo de nuevos recursos en materia de alimentos, materiales y medios de transporte, y, al mismo tiempo, capacitó al viejo mundo para reclamar una

lógico y la penetración en nuevos territorios y países ponía siempre a su disposición nuevas fuentes de recursos.

Dado este estado de cosas puede afirmarse que la dotación de recursos a la que tuvieron acceso los países industrializados fue extraordinariamente favorable, sobre todo en el caso de los Estados Unidos, donde dicha situación se dio en gran parte en su propio territorio. Este país contaba con una extensa variedad de recursos, incluso energía barata y petróleo en particular, y hasta la tercera década de este siglo, escasez relativa de mano de obra. Esto motivó, desde sus comienzos, un estilo de desarrollo caracterizado por su carácter extensivo en el uso del recurso tierra, e intensivo en la utilización de capital y energía. Por su condición de poder hegemónico dentro del capitalismo mundial a partir de la segunda guerra mundial, Estados Unidos pudo determinar en gran medida las características de la organización y funcionamiento del capitalismo durante su nueva fase. Ahora bien, dentro de esas características están la utilización masiva del petróleo como fuente energética, con el desplazamiento de otras opciones;<sup>11</sup> crecimiento relativamente más rápido de las industrias más estrechamente asociadas con esta fuente de energía: la petroquímica, la automotriz, la de los medios de comunicación, la de artefactos electrodomésticos; el aumento en la densidad de capital por hombre empleado, en el tamaño de las empre-

sas y en la concentración geográfica de la actividad económica;<sup>12</sup> y en general, el desarrollo de tecnologías de uso muy intensivo de energía (petróleo) y capital en la construcción y los servicios, así como en la agricultura, caracterizada esta última además por fuertes insumos químicos.

Hasta 1974 la energía parecía un factor de producción extraordinariamente barato en función, sobre todo, de las políticas de precios seguidas con relación al costo del petróleo.<sup>13</sup> Esta situación fue la causa principal de que se generalizaran en los países industrializados estilos de producción y de consumo, así como una organización social, que giraban en torno a la disponibilidad de energía barata. Este estilo se reflejó a través de varios procesos: el predominio de lo que se ha llamado la tecnología del 'bulldozer', muy dependiente de los combustibles fósiles y con escasa integración a la naturaleza; tecnologías que operan a gran escala; 'artificialización' de los productos, donde se reemplazan materias obtenidas directamente de la naturaleza por sustitutos sintéticos de base petroquímica (detergente por jabón, nylon por algodón, etc.). Este tema, dicho sea de paso, ya ha sido tratado por varios estudiosos de la crisis ambiental.<sup>14</sup> Pero lo importante para el estudio de los nexos entre estilo de desarrollo y medio ambiente es que este estilo, que ahora comienza a hacer crisis en el centro, es precisamente el que aparece como el estilo ascendente en los países latinoamericanos.

Resulta conveniente, por lo tanto, reconocer la existencia de un estilo ascendente a nivel mundial (o regional) y un estilo dominante a nivel nacional. También podría hablarse de un estilo en decadencia. Distintos períodos históricos se han caracterizado por diferentes estilos

participación en la riqueza natural y otras riquezas potenciales que se encontraban en el Nuevo Mundo. Este último factor resultó tener enorme importancia. El viejo mundo empleó en forma prudente el tributo anual que tenía derecho a recibir... La gran parte del dinero recibido como intereses que se fueron acumulando por concepto de estas inversiones en el extranjero fue reinvertida y nuevamente se fue acumulando... La prosperidad de Europa está basada en el hecho de que, debido a la enorme cantidad disponible de alimentos que ofrecía América, Europa pudo comprarlos a bajos precios, en comparación con el trabajo requerido en la producción de sus bienes de exportación y, gracias a ello, como resultado de las inversiones previas de capital, tenía derecho a una considerable cantidad anual sin pago alguno de retorno". J. M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, New York, Harcourt, Brace and Howe, 1920, p. 22-23.

<sup>11</sup>Véase Jorge Trénova, "Perspectivas de la energía solar como sustituto del petróleo en América Latina hasta el año 2000" y Alfredo Del Valle, "Los nuevos problemas de la planificación energética en América Latina", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

<sup>12</sup>Véanse Hernán Durán, "Estilos de desarrollo de la industria manufacturera y medio ambiente en América Latina"; Fernando H. Cardoso, "Perspectivas de desarrollo y medio ambiente: el caso de Brasil", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

<sup>13</sup>Joseph Mullen, *Energy in Latin America: The Historical Record*, Cuadernos de la CEPAL, Santiago de Chile, septiembre de 1978.

<sup>14</sup>Barry Commoner, "The Environmental Cost of Economic Growth", en *Chemistry in Britain*, Londres, vol. 8, N.º 2, febrero de 1972, pp. 52-65.

Véase también del mismo autor: *The Closing Circle*, Nueva York, Alfred Knopf, 1971; y *The Poverty of Power*, Nueva York, Alfred Knopf Inc., 1976.

ascendentes, así con posterioridad a la segunda guerra mundial el predominante fue el capitalismo transnacional. En forma sumaria, se podría caracterizar esta fase del capitalismo como aquella en que el sistema capitalista a nivel mundial comienza a funcionar como un sistema integrado, con creciente homogeneización de diversos procesos (producción, consumo, tecnología, etc.) y opera en función de una lógica o racionalidad mundial.

### g) Estilos de desarrollo

Antes de considerar con mayor detenimiento la penetración de este estilo en América Latina y sus consecuencias para la interacción entre desarrollo y medio ambiente parece oportuno dejar en claro los alcances aquí atribuidos al concepto de 'estilo de desarrollo'.

Según las definiciones más satisfactorias para nuestros fines, un estilo de desarrollo constituye "la manera en que dentro de un determinado sistema se organizan y asignan los recursos humanos y materiales con el objeto de resolver los interrogantes sobre qué, para quiénes y cómo producir los bienes y servicios", o "la modalidad concreta y dinámica adoptada por un sistema en un ámbito definido y en un momento histórico determinado".<sup>15</sup> Estas definiciones complementarias, hechas por un economista y un sociólogo, requieren varias ampliaciones y aclaraciones.

Por sistema se entiende aquí tanto el capitalismo como el socialismo, las dos alternativas principales en el mundo moderno para la organización y asignación de los recursos. Nuestras consideraciones se basan casi exclusivamente en las variantes nacionales del sistema capitalista predominante en América Latina. Por tanto, pueden dejar de lado el problema que suscitan los estilos híbridos, difíciles de clasificar dentro del capitalismo o del socialismo, y que aparecen en otras partes del mundo. Debe reconocerse, sin embargo, que la línea divisoria entre estilos dentro de los dos grandes sistemas

socioeconómicos no es por entero satisfactoria precisamente con relación a la interacción entre estilo ascendente y medio ambiente. Las variantes existentes del sistema socialista tienen muchos rasgos en común con este estilo ascendente, y responden a valores similares en materia de crecimiento económico e innovación tecnológica, o con referencia a la penetración directa de la dinámica industrial, financiera y cultural del estilo.

Cada estilo nacional real evoluciona a través de contradicciones y luchas entre fuerzas sociales que tratan de imponer o defender sus propias maneras de 'resolver las interrogantes'. Cabe distinguir entre 'estilo' como interpretación coherente e inevitablemente simplificada de ciertas tendencias ascendentes o dominantes a nivel regional o mundial, y 'estilo' como la concreción nacional de procesos complejos y contradictorios. En cada país persisten no sólo formas de capitalismo nacional y capitalismo de Estado, sino formas precapitalistas y campesinas que constituyen 'estilos de vida' o 'estilos de sobrevivencia' más bien que estilos de desarrollo. No fueron eliminados por el estilo ascendente, y conservan cierta capacidad de autodefensa y adaptación, pero se van subordinando paulatinamente al mismo, y entran así en un proceso de decadencia o marginalización. Al mismo tiempo, movimientos políticos y sindicales ponen algunas trabas al predominio del estilo, con resultados que varían de país en país. Las combinaciones e interacciones entre las actividades correspondientes al estilo ascendente y las correspondientes a otras maneras de organizar y asignar los recursos conforman la 'heterogeneidad estructural' que caracteriza a los países periféricos dentro del sistema capitalista.<sup>16</sup> Si se centra la atención en las diferentes resultantes nacionales de estas interacciones, parece válido afirmar que existen varios estilos nacionales de desarrollo en América Latina. Sin embargo, el fracaso de la mayoría de los intentos de los gobiernos por resistir el esti-

<sup>15</sup>Aníbal Pinto, "Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina", *Revista de la CEPAL*, Primer Semestre, 1976, pp. 97-128; Jorge Graciarena, "Polos y estilos de desarrollo: Una perspectiva heterodoxa", en *Ibidem*, pp. 173-191.

<sup>16</sup>Aníbal Pinto, *op. cit.*, y también "Concentración del proceso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", en *El Trimestre Económico*, México, N.º 128, enero-marzo de 1965; Osvaldo Sunkel, "La dependencia y la heterogeneidad estructural", en *El Trimestre Económico*, N.º 177, enero-marzo de 1978.

lo ascendente, favoreciendo otras modalidades de organizar y asignar los recursos, sugiere que las características comunes y las restricciones a otras opciones impuestas por el estilo ascendente son más significantes que las variantes entre países.

El concepto 'estilo de desarrollo' también puede aplicarse no a lo que es, sino a lo que debe ser, a juicio de algún actor social. En este caso, se trata de formular 'estilos alternativos', 'proyectos nacionales', o 'utopías relevantes'. Este significado posee tanta importancia a los fines de este trabajo como los dos anteriores. En efecto, la introducción del término se derivó precisamente del malestar provocado por la concepción del desarrollo como un proceso homogéneo y uniforme que sigue ciertos patrones predeterminados y cuya finalidad es lograr estructuras económicas, patrones de consumo y niveles de ingreso similares a los de los países capitalistas industrializados. Mediante los planteamientos sobre estilos se intentó echar luz sobre las tendencias específicas y las contradicciones perceptibles en los procesos de desarrollo periférico contemporáneo; demostrar que éstas no constituyen características inevitables de todo proceso de desarrollo, y llegar a normas y estrategias para la modificación del estilo real o su reemplazo por algún otro estilo preferido y radicalmente diferente.

El estilo transnacional, que hemos identificado como ascendente, ha heredado muchos rasgos de las etapas anteriores del sistema capitalista internacional, pero a los efectos de este trabajo muestra también diferencias cruciales. Sus dimensiones más importantes pueden resumirse de este modo:

— El papel dominante de las empresas transnacionales en la difusión y fortalecimiento del estilo; el reemplazo de los mecanismos del mercado por las estrategias de estas empresas para la maximización de sus utilidades en el ámbito mundial.

— La generación de cambios casi irreversibles en las economías y las sociedades nacionales; la disminución de las opciones que se

abren a los gobiernos para establecer estilos autónomos de desarrollo.

— La homogeneización a escala mundial de patrones de producción, comercialización, uso de medios masivos de comunicación y consumo originados principalmente en los Estados Unidos.

— La transformación de la división internacional del trabajo, sobre todo a través de la internacionalización de la producción industrial.

— La intensificación de la explotación de los recursos naturales y la dependencia creciente de una sola fuente de energía: el petróleo.

— La innovación tecnológica intensa y continua, estimulada por una parte por la necesidad de elevar y diversificar el consumo de bienes industriales, y por otra por la competencia armamentista.

— La generación, en escala sin precedentes, de desechos y contaminantes que afectan a la atmósfera, el agua y el suelo.

— La creciente movilidad espacial de la población como consecuencia de los vehículos motorizados, para fines de trabajo y recreo, y la demanda insaciable de espacio e infraestructura para zonas residenciales.

— La formación de una élite transnacional, compuesta no sólo de los gerentes, administradores y técnicos de las empresas transnacionales, sino de funcionarios de gobierno, profesores universitarios, investigadores científicos, periodistas y publicistas, identificados con la ideología del estilo y con sus patrones de consumo y cultura.

Debe destacarse aquí que el estilo no se concibe como una simple estrategia de las empresas transnacionales para lograr la dominación económica, sino como una tendencia homogeneizante de la economía y sociedad mundiales, con repercusiones sobre las manifestaciones culturales y las maneras de percibir el mundo no necesariamente previstas ni controladas por las empresas.

## II

## La dinámica del estilo de desarrollo y medio ambiente

En lo que sigue se tratará de aplicar el esquema conceptual elaborado en la primera parte de este artículo a la interpretación del proceso de desarrollo reciente de la sociedad latinoamericana, procurando subsanar las dos deficiencias ya señaladas en la Introducción, a saber, la falta de vinculación sistemática entre las características locales e internacionales del estilo contemporáneo de desarrollo, y la ausencia de la dimensión ambiental en las interpretaciones del desarrollo de la región. Dadas las limitaciones de espacio, es evidente que la interpretación sólo podrá hacerse a grandes rasgos y a un nivel muy alto de abstracción. Esta es sin duda una grave restricción, porque una de las consecuencias más importantes que se derivan de tomar en cuenta la dimensión ambiental en el estudio del desarrollo es precisamente el reconocimiento de la gran heterogeneidad ecológica que caracteriza a América Latina y a cada uno de los países de la región, así como las grandes diferencias existentes entre ellos en materia de recursos naturales, volumen, densidad y distribución de la población, dimensiones y características geográficas, y otros aspectos relacionados con el medio ambiente construido.

### a) *Transformaciones globales*

Alrededor del decenio de 1940 la interacción entre el medio ambiente, la población y el sistema internacional había generado en América Latina sociedades caracterizadas, entre otras cosas, por la explotación de una parte considerable de sus recursos naturales en función de las necesidades de alimentos y materias primas de los países industriales. Sus demandas, inversiones y tecnologías determinaban en gran medida la naturaleza e intensidad de uso de aquellos recursos en que la región tenía ventajas comparativas. Con el tiempo, este proceso afectó al medio ambiente, ya que llevó al agotamiento de las reservas más nobles de muchos recursos no renovables, a la tala masiva de

los bosques, al uso abusivo de algunas de las mejores tierras agrícolas y a la redistribución regional y urbano-rural de la población.<sup>17</sup>

El excedente financiero derivado de la explotación de los recursos naturales salía en su mayor parte al exterior, influyendo sobre el desarrollo de las sociedades metropolitanas. La porción retenida localmente se destinaba en parte a financiar la importación de bienes de consumo de lujo para élites terratenientes y los grupos urbanos relacionados con ellas; otra parte se destinaba a las importaciones necesarias para algunas inversiones públicas y privadas en edificaciones e infraestructura urbana, ferrocarriles y comunicaciones, puertos y algunas obras de riego en las zonas rurales. Todo esto permitía a aquellas élites reproducir hasta cierto punto los estilos de vida de las sociedades dominantes.

La industria manufacturera que se había desarrollado en los países más grandes y ricos estaba formada principalmente por establecimientos medianos y pequeños en ciertas ramas de la industria liviana, como textiles, cuero y calzado, alimentos, jabones, muebles y otras. Como todas estas industrias se basaban en la elaboración de materias primas locales de origen natural, y como los fletes internos eran relativamente elevados por el escaso desarrollo de la infraestructura nacional de transporte, estas industrias se localizaban cerca de sus fuentes de insumos, próximas a las ciudades capitales y a varios centros regionales. Por consiguiente, la contaminación industrial estaba relativamente dispersa geográficamente y no revestía gran significación.

La agricultura tradicional, aunque de muy diversas características en distintas regiones, consistía fundamentalmente en una mezcla compleja e interrelacionada de latifundios y minifundios. Los primeros caracterizados por la subutilización de la tierra y los últimos por la

<sup>17</sup>Véase Nicolo Gligo y Jorge Morello, *op. cit.*

sobreutilización intensa de los suelos, con las consiguientes consecuencias en términos de erosión y desertificación. Este era en particular el caso de México, Guatemala y los países andinos de Sudamérica donde había grandes contingentes de población de origen prehispánico en la agricultura de subsistencia, los remanentes del colapso de los grandes imperios azteca, maya e inca, que ejercían una intensa presión sobre tierras escasas y frecuentemente marginales.

Las condiciones de vida de los pobres urbanos y rurales eran muy precarias, según lo indicaban sus escasos ingresos y la falta casi completa de servicios públicos básicos de educación, salud y vivienda. Por consiguiente, este amplio sector de la población se caracterizaba por la baja esperanza de vida, la elevada mortalidad general e infantil, la desnutrición, el analfabetismo y el hacinamiento.

Este es entonces, en términos muy generales, el telón de fondo; son éstas pues, las condiciones iniciales que deben tenerse en cuenta cuando se estudia el desarrollo de la era de postguerra. Parece innecesario subrayar que ésta es una visión panorámica sumamente simplificada de las tendencias del desarrollo a largo plazo de la región, pues es evidente que hay diferencias significativas de tipo socioeconómico y ecológico entre países y regiones.

El desarrollo registrado en América Latina durante los tres últimos decenios ha consistido fundamentalmente en la incorporación del estilo de vida de las sociedades industriales de occidente, en particular de los Estados Unidos, el poderoso vecino del norte. Las minorías que poseían los niveles de ingresos requeridos adoptaron los patrones de consumo, las residencias suburbanas, las estructuras familiares nucleares, el hábito del *week-end*, y los valores y la cultura de la sociedad industrial de masas, ejemplificada por los Estados Unidos. Pero este proceso de incorporación de nuevos estilos de vida pronto se propagó a sectores sociales más amplios; y en ello influyeron, entre otros, tres factores principales.

En primer lugar, el Estado comenzó a desarrollar una actividad más amplia e influyente, extendiendo su alcance tanto en términos de recaudación de impuestos como de expansión de sus actividades administrativas, económicas

y sociales.<sup>18</sup> Las recaudaciones tributarias aumentaron en forma significativa por los crecientes gravámenes a los sectores exportadores de productos primarios, que eran los de mayor productividad y los principales generadores de excedentes de ingresos y divisas. Estos recursos financieros, y otros obtenidos de recaudaciones aduaneras y gravámenes internos, se emplearon para promover el crecimiento económico (inversiones de infraestructura, proyectos industriales, modernización agrícola) y mejorar las condiciones sociales (servicios de salud, educación, vivienda y seguridad social).

En segundo lugar, el sector industrial, que había disfrutado de un fuerte proteccionismo a consecuencia de la crisis mundial del capitalismo en el decenio de 1930 y de la segunda guerra mundial, tuvo un nuevo impulso en virtud del apoyo adicional que le brindaron las políticas de expansión económica del Estado en el período de la postguerra. Esta industrialización, como ya se ha señalado, se había manifestado inicialmente a través de la creación y expansión de las industrias livianas orientadas hacia los mercados más amplios de las clases medias y populares, principalmente urbanas. Los grupos de mayores ingresos demostraban sus nuevos estilos de vida "a la norteamericana" importando lo que en su época dio en llamarse 'bienes conspicuos de consumo suntuario' (automóviles, bienes duraderos).<sup>19</sup> Hacia fines del decenio de 1940 y comienzos del siguiente la política industrial se reorientó hacia las industrias pesadas para producir los principales insumos industriales básicos: siderurgia, electricidad, extracción y refinación de petróleo, cemento. Se trataba de utilizar los recursos naturales que estos países poseían, pero en gran medida desaprovechados.

<sup>18</sup>La creciente influencia del Estado está planteada en Osvaldo Sunkel y Luciano Tomassini, "Los factores ambientales y el cambio en las relaciones internacionales de los países en desarrollo", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit. Nace del papel del Estado la necesidad de estudiar el problema del derecho ambiental; el tema aparece tratado en el estudio de Guillermo Alonso, *Antecedentes jurídicos del medio ambiente en América Latina* (E/CEPAL/PROY.2/R.41).

<sup>19</sup>La penetración del consumismo en el caso del automóvil puede apreciarse en el estudio de Ian Thomson, "Investigación sobre algunos aspectos de la influencia que ejerce el automóvil privado en la sociedad latinoamericana", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

En tercer lugar, hacia fines del decenio de 1950, cuando esta estructura industrial recién creada podría haberse utilizado para ampliar la producción destinada a la satisfacción de las necesidades fundamentales de la mayoría de la población, y también para diversificar las exportaciones con el objeto de reducir la excesiva dependencia de unos cuantos productos primarios, se produjo un vuelco extraordinario del proceso de desarrollo. Ello se debió, entre otras cosas, a la influencia combinada de las élites locales y de los grupos de altos ingresos, empeñados en proseguir e intensificar la adopción del nuevo estilo de vida; al efecto de demostración de estas élites sobre el resto de la población, en especial a través de los nuevos medios de comunicación de masas y los novedosos sistemas de mercadeo y créditos de consumo; y al renovado vigor con que se expandía nacional e internacionalmente el capitalismo norteamericano, europeo y japonés —como lo demuestra el excepcional crecimiento y difusión de las empresas transnacionales. La orientación se tornó hacia la reproducción local de los patrones de producción de los países industriales, precisamente hacia aquellos que se encontraban en la base del nuevo estilo de vida de las sociedades industriales.

Por lo tanto, el desarrollo industrial, asociado íntimamente a las filiales de las empresas transnacionales, se concentró sobre todo en el desarrollo de la industria automotriz, la producción de bienes duraderos de consumo, productos electromecánicos y electrónicos, papel y celulosa e industria petroquímica, utilizando la tecnología de uso altamente intensiva de capital y energía (petróleo) característica del nuevo patrón de desarrollo de las sociedades industriales, lo que además implicaba una fuerte dependencia del exterior.

En el sector del transporte, el petróleo y la electricidad desplazaron al carbón en los ferrocarriles; a su vez, los mismos ferrocarriles, y sobre todo la tracción animal, fueron reemplazados por el automóvil privado, los autobuses y los camiones, y, para distancias más largas, por el avión; el nuevo estilo de transporte, de uso altamente intensivo de capital, energía (petróleo) e importaciones, desalojaba al tradicional.

Por otra parte en la agricultura se registraba un gran esfuerzo de 'modernización'. Con-

nuando una política iniciada en el decenio de 1930, en algunos países se construyeron grandes presas, sistemas de riego y drenaje, y otros proyectos de infraestructura como caminos y electrificación rural, inspirado todo ello en alguna medida en la experiencia de la Autoridad del Valle de Tennessee de los Estados Unidos (TVA). Se promovió y financió también la mecanización agrícola, y más recientemente la 'revolución verde', con sus nuevas variedades de semillas de alto rendimiento y la aplicación masiva de fertilizantes, plaguicidas y fitoreguladores. De esta manera, la tecnología de uso altamente intensivo de capital, energía e importaciones también penetraba en las zonas rurales.

En la industria de la construcción, los métodos, diseños, materiales, conocimientos, y hasta recursos humanos de uso muy intensivo de capital, energía e importaciones desplazaban a la industria de la construcción existente, e incluso a costumbres, materiales locales y habilidades con que la mayoría de la población construía tradicionalmente sus casas.

El lector puede aplicar este razonamiento a otros sectores de la economía como la pesca, la industria forestal, el comercio, las finanzas, la salud y la educación.<sup>20</sup> Siempre encontrará que, en mayor o menor medida, nuevos métodos, criterios, tecnología, maquinaria y formas de organización importados, de empleo intensivo de capital y energía estuvieron desplazando y reemplazando los patrones preexistentes.

En otras palabras, la adopción del nuevo estilo de vida por parte de los sectores más adinerados produjo eventualmente una reestructuración masiva del sistema productivo; lo que ha significado la creación de un patrón de desarrollo que corresponde parcialmente al nuevo estilo de vida, como así el desplazamiento y desorganización de los patrones de desarrollo y los estilos de vida anteriores. El resultado es una estructura económica y social sumamente heterogénea, caracterizada por complejas interrelaciones entre sus partes. Esta es, enton-

<sup>20</sup>La situación de los recursos forestales se trata en Sergio Salcedo y José Leyton, *op. cit.* Asimismo, los recursos del mar los estudia Constantino Tapias en "El medio oceánico y la actividad pesquera", ambos en *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

ces, la conexión estructural entre estilos de vida y patrones de desarrollo en América Latina.

El segmento emergente, dinámico y moderno de la economía y la sociedad, al que se ha denominado segmento 'transnacional', por su amplia difusión internacional, emplea en forma muy intensiva el capital y energía (petróleo), y tiene un elevado consumo de importaciones. El segmento que tiende a estancarse o reducirse usa con intensidad la mano de obra y se basa preferentemente en el aprovechamiento de recursos naturales y energía locales. Ello significa que este último difícilmente pueda absorber el crecimiento de la fuerza de trabajo, o que incluso expulse mano de obra, mientras que el primero, aunque crece muy rápidamente, apenas requiere pequeñas cantidades de trabajadores adicionales. La creación de fuentes de empleo en las actividades nuevas, aunque puede ser muy dinámica, resulta insuficiente para absorber la mano de obra desplazada por la destrucción o estancamiento de las actividades preexistentes, y además la oferta adicional derivada del crecimiento de la población activa, lo que lleva a un creciente desempleo y subempleo de carácter estructural. La fuerza laboral es expulsada de las actividades que están siendo desplazadas o desorganizadas, o que están estancadas, incluso cuando se emprenden programas de modernización, y sus calificaciones y habilidades quedan obsoletas; entre tanto las actividades nuevas constituyen áreas de atracción de trabajadores con nuevas calificaciones, aunque en magnitudes insuficientes.

Por otra parte, el nuevo segmento dinámico en expansión de la estructura industrial ejercerá una fuerte presión sobre la balanza de pagos por su masiva demanda de insumos materiales, tecnológicos y financieros importados, desaprovechando con frecuencia la posibilidad de utilizar en su reemplazo recursos naturales y humanos locales. En especial crece con intensidad la incidencia del consumo y, en los países deficitarios, de la importación de petróleo, base energética del estilo transnacional.

Gracias a las economías de escala que caracterizan a la moderna tecnología de uso intensivo de capital, energía e importaciones y a otros factores, las nuevas actividades industriales, comerciales, financieras, de infraestructura, y los nuevos servicios públicos de vivienda,

salud y educación tienden a localizarse en gran medida en las ciudades más grandes, sobre todo en las capitales. En cambio, buena parte de las actividades en decadencia, y en vías de reemplazo, estaban bastante más dispersas en diferentes regiones y ciudades más pequeñas. En particular, la modernización de la agricultura desplaza grandes contingentes de población, parte de la cual permanece en las zonas rurales más pobres, mientras que otra parte se dirige a regiones de colonización de frontera, y los restantes simplemente abandonan el campo. Todos estos factores de expulsión y atracción han estimulado una emigración masiva de población de los sectores rurales y zonas en decadencia hacia las ciudades principales, sobre todo las capitales, dando lugar a un proceso acelerado y masivo de urbanización.<sup>21</sup>

Por los escasos recursos disponibles para la expansión de la infraestructura urbana (que se debe en parte al uso de normas, diseños y tecnologías importadas e inapropiadas), al proceso de especulación con la tierra urbana, y a la falta de un nivel de ingresos razonable y estable de una gran parte de la población urbana, las ciudades también se han convertido en estructuras heterogéneas caracterizadas por una mezcla de áreas céntricas que crecen en altura, albergando las oficinas públicas y los distritos comerciales y financieros, zonas suburbanas residenciales y comerciales, caracterizadas todas por el nuevo estilo transnacional, junto a zonas intermedias más antiguas, en decadencia, y barrios obreros en las zonas industriales, todo ello rodeado e infiltrado por poblaciones marginales. En la medida en que estas poblaciones se multiplican cabe preguntarse quiénes son realmente los marginales, si estos vastos sectores pobres o la opulenta minoría transnacional.

El análisis realizado hasta aquí constituye el trasfondo para el examen del nexo entre los nuevos estilos de vida y su correspondiente patrón de desarrollo y los aspectos relacionados con el medio ambiente.

Las políticas de desarrollo de los decenios pasados han generado un crecimiento económico considerable, un intenso proceso de in-

<sup>21</sup>Al respecto véase Armando Di Filippo, "Distribución espacial...", *Op. cit.*, en *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

corporación de innovaciones tecnológicas y un cambio significativo en la composición del consumo y la producción, entre los diferentes sectores de la economía y dentro de ellos.<sup>22</sup> Paralelamente, hubo cambios muy importantes en la distribución regional y urbano-rural de la actividad económica.<sup>23</sup> La población ha crecido también muy rápidamente e importantes corrientes migratorias han modificado su distribución entre regiones y entre zonas rurales y urbanas. Como la producción y el ingreso crecieron mucho más que la población, a pesar del rápido incremento de esta última, los niveles de ingreso por habitante subieron notablemente, y con ello se elevaron los niveles de vida. Así lo demuestran los mejoramientos de indicadores como la esperanza de vida, la mortalidad general e infantil y el grado de analfabetismo entre otros. Sin embargo, estos promedios ocultan una distribución sumamente desigual de los frutos del progreso, ya que la mayor parte del aumento del ingreso ha beneficiado a los grupos de ingresos medios y altos, quienes reciben una elevada proporción del ingreso total, mientras un 40% de la población queda bajo la línea de pobreza, y un 20% bajo la línea de indigencia.<sup>24</sup>

Todas estas transformaciones tuvieron una considerable repercusión sobre el medio ambiente: la explotación de los recursos naturales (tanto renovables como no renovables) se ha intensificado y ha sufrido enérgicas transformaciones, con una intensa renovación tecnológica; se ha producido una redistribución espacial de la actividad humana y en particular una urbanización acelerada y una fuerte concentración industrial; además se ha desarrollado un proceso nuevo y sin precedentes de producción altamente concentrada de desechos y con-

taminación industrial, tanto urbana como agrícola.

#### b) *La industrialización y el medio ambiente*

La industria creció en casi 7% por año entre 1950 y 1970 y representó en promedio más de una cuarta parte del producto bruto para América Latina, con cifras muy superiores para algunos países como Argentina, Brasil y México. La estructura industrial ha cambiado de muchas maneras. Por su composición, los sectores automotriz, petroquímico, siderúrgico, de bienes duraderos y artículos eléctricos y electrónicos crecieron rápidamente, mientras que los sectores tradicionales, como textiles, calzado, alimentos y otros quedaron rezagados. Por lo que se refiere a la estructura de los mercados, las empresas de mayor tamaño, que utilizan las tecnologías modernas importadas, y que frecuentemente son subsidiarias de empresas transnacionales, se han expandido muy rápidamente, desplazando a empresas locales medianas y pequeñas, y estableciendo en muchos casos posiciones monopólicas u oligopólicas. Esta concentración de la propiedad y los mercados también ha implicado una concentración geográfica, ya que muchas de las nuevas empresas de mayor tamaño se han establecido cerca de los principales mercados urbanos, en particular los productores de bienes duraderos de consumo.<sup>25</sup>

Esta nueva estructura industrial es la estructura productiva local que sustenta los nuevos estilos de vida. Depende estrechamente de la importación de bienes de capital, materias primas, energía (petróleo), productos semiterminados, tecnología, conocimientos, diseños, marcas y técnicas de comercialización. Esta dependencia se renueva permanentemente en la medida en que se introducen continua y sucesivamente nuevos productos, procesos e innovaciones. De esta manera el proceso de industrialización y modernización se apoya crecientemente en bienes y servicios importados, con la consiguiente incidencia sobre la balanza de pa-

<sup>22</sup>Las inversiones fueron abarcando otras zonas en donde se repitieron en el ámbito local las características del centralismo. Ilustra al respecto el estudio de Alejandro Rofman "La interiorización espacial del estilo de desarrollo prevalente en América Latina", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

<sup>23</sup>Los cambios en la localización económica han generado un proceso de expansión de los centros urbanos más pequeños. Trata el tema Juan Pablo Antón, op. cit.

<sup>24</sup>La línea de pobreza es aquella que permite a una persona mantenerse a los niveles mínimos de nutrición, alojamiento y salud; la línea de indigencia considera como mínimo sólo la nutrición.

<sup>25</sup>Véase Alberto Uribe y Francisco Szekely, "Localización y tecnología industrial en América Latina y sus impactos en el medio ambiente", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

gos. Esta, a su vez, debe financiarse mediante un aumento de las exportaciones de productos primarios, basadas en la explotación de los recursos naturales; los que se exportan para financiar un estilo de vida que se asienta, cada vez más, en insumos importados en lugar de apoyarse en la propia dotación de recursos naturales. Aunque esto pueda justificarse en virtud de la teoría de las ventajas comparativas, acarrea también graves inconvenientes, como se verá más adelante. El notable incremento del uso de energía se traduce en un aumento del comercio internacional del petróleo, con los consiguientes problemas de balanza de pagos para los países deficitarios; y esto ha provocado, además, una serie de problemas de contaminación derivados de su refinación, uso y transporte.<sup>26</sup>

El rápido aumento, el nivel absoluto ya alcanzado y la creciente similitud de la tecnología industrial y de la estructura productiva con la de los países industriales, junto a un grado de concentración geográfica todavía más pronunciado y a una ausencia casi completa —hasta hace poco— de preocupación por el problema de los desechos industriales, están teniendo efectos muy serios en materia de contaminación y deterioro ambiental en todas las principales zonas industriales de América Latina, las que generalmente coinciden con las principales ciudades de la región, y por tanto afectan gravemente la calidad de vida de su población.

Las industrias más dinámicas del sector manufacturero se caracterizan por su alto grado de toxicidad, pues entre sus residuos y desechos se cuentan, por ejemplo, el mercurio, el plomo, el manganeso, el cromo, el cadmio, e incluso materiales radiactivos, etc., que son todos elementos que destruyen directamente los componentes orgánicos del medio ambiente. Los tratamientos para eliminar o neutralizar sus efectos son, por su parte, más caros que para la contaminación orgánica.

Otro aspecto notable del estilo dominante se vincula con el alto grado de concentración de la actividad industrial. Las intensas migracio-

nes del campo a la ciudad tienen como resultado que la industria puede disponer de una mano de obra a bajo costo; por ejemplo, la población de algunas municipalidades de la ciudad de São Paulo, como Diadema, Maúa y Osasco, han tenido tasas de crecimiento anual del 48.5, 21.9 y del 22.9%, respectivamente, durante los primeros años de esta década. Por otro lado, 7 estados y provincias en tres países —Buenos Aires, Santa Fe, Guanabara, Río de Janeiro, São Paulo, México D.F. y Monterrey— representan el 75% del producto industrial de América Latina. En São Paulo se concentra el 55.7% de la industria de productos químicos de Brasil, el 80% de la de materiales de transporte, el 90% de las industrias de caucho, el 60% de la textil, el 46% de la de alimentos, el 66% de la industria del papel, etc.<sup>27</sup>

Desde el punto de vista de la contaminación orgánica, este alto grado de concentración industrial es como agregar una *población equivalente* a algo más de 5 millones de habitantes. Como es evidente, este alto grado de concentración influye de manera notable en la contaminación de los ríos y bahías en cuyas riberas se localizan estos centros urbanos, pudiendo crear a mediano plazo situaciones insostenibles para el uso humano, difíciles de remediar por los altos costos de los tratamientos para su recuperación.

### c) La modernización agrícola

La actividad económica del sector agrícola se expandió considerablemente en el período de ascenso del estilo. En términos de producto bruto la agricultura latinoamericana es 2.5 veces mayor que la de 25 años atrás.<sup>28</sup> Por su parte a los 117 millones de habitantes que en 1950

<sup>26</sup>Ignacio Vergara, "El problema de la contaminación marina producida por el transporte marítimo en América Latina", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

<sup>27</sup>P. Judet y J. Perrin, "A propos du transfert des technologies pour un programme intégré de développement industriel", Grenoble, IREP-ONUDI, 1971; L. Kowarick, op. cit.; Alberto Uribe y F. Szekely, op. cit.; Armando Di Filippo, *La pobreza estructural en el desarrollo de América Latina*, E/CEPAL/PROY.1/9, Santiago, 10 de agosto de 1979; datos de Pérez Carrión, *Estudio de usos sanitarios y causas de la contaminación del agua en América Latina*, Santiago de Chile, ADEMA, 1976.

<sup>28</sup>CEPAL, División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *Veinticinco años en la agricultura de América Latina, rasgos principales, 1950-1975*. Cuadernos de la CEPAL, N.º 21, Santiago de Chile, 1975.

constituían la población agrícola, se han sumado aproximadamente 57 millones, de manera que llegan a 174 millones en 1975; esto significa un incremento de 1.6% anual, tasa bastante elevada para el medio rural. Pese a la declinación progresiva de su participación en la formación del producto interno bruto, por efecto del crecimiento mayor de otros sectores, era aún 12% en 1977. En este año la agricultura generó 44.2% de las divisas,<sup>29</sup> lo que revela la enorme importancia que continúan teniendo los cultivos de exportación en la agricultura latinoamericana, así como en el proceso general de desarrollo. En efecto, ello significa que los recursos agrícolas proveen casi la mitad del financiamiento de los insumos importados que posibilitan la expansión del estilo de desarrollo.

Aunque la agricultura haya crecido, los niveles de pobreza no han sufrido grandes variaciones, y además se ha ido produciendo una polarización entre zonas de modernización con un marcado ascenso del desarrollo capitalista, y otras zonas correspondientes a los sectores campesinos.<sup>30</sup> La creciente presencia de empresas transnacionales tanto en la explotación de la tierra para nuevos cultivos como en la comercialización e industrialización de los productos generados en el sector, constituye otra característica de este período. La modernización parcial del campo hizo aumentar la productividad de la mano de obra y, en muchas ocasiones, ha repercutido sobre la reducción del empleo del sector. Este hecho ha influido intensamente sobre la corriente migratoria hacia los centros urbanos o hacia las zonas de frontera.

El crecimiento de la agricultura latinoamericana se ha hecho a costa de la transformación y, en muchos casos, del deterioro de los ecosistemas intervenidos mediante el proceso de modernización. Tres cuartas partes de este crecimiento se basaba hasta el decenio de 1970 en la expansión de la frontera agrícola, en que se aprovechaba la fertilidad natural y, en muchas

ocasiones, la producción acumulada de ecosistemas no intervenidos. En la actualidad se ha invertido esa relación, lo que refleja el agotamiento gradual de las tierras de fronteras más aptas y se traduce en la intensificación del grado de 'artificialización' de los ecosistemas, donde influye el modelo dependiente de generación, adopción y difusión tecnológicas.

El ascenso del nuevo estilo, con la penetración del capitalismo en el campo, se ha traducido en el predominio de modos de producción donde prevalece cada vez más el criterio de rentabilidad de las inversiones por sobre el horizonte ecológico. Al lado de estos modos predominantes persiste el de las explotaciones campesinas de subsistencia cuyo objeto fundamental es la reproducción de la población.

El desarrollo agrícola ha estado supeditado a condicionantes estructurales que han evolucionado sensiblemente en los últimos 25 a 30 años. La caracterización de postguerra presentaba una estructura de tenencia de la tierra donde predominaba el complejo latifundio-minifundio. Los distintos tipos de latifundios —haciendas tradicionales, plantaciones y empresas de modernización incipiente— conformaban la estructura del poder rural, las modalidades del trabajo campesino y los sistemas de organización de la producción. En las zonas tradicionalmente agrícolas, los latifundios se caracterizaban por subexplotar el suelo y los minifundios por extraer mucho mayor productividad de la tierra. En cambio, en las zonas de frontera la explotación exhaustiva de los recursos forestales, los sistemas ganaderos extensivos y las formas de habilitación de suelos, tenían graves repercusiones en materia de deterioro de los recursos.

Las transformaciones de los últimos 25 años en la estructura de tenencia han sido significativas. No se ha reducido el grado de concentración de la tierra y el ingreso, salvo en Cuba, Bolivia, Perú y Chile.<sup>31</sup> En cambio sí se ha modificado el desarrollo capitalista del campo. El latifundio tradicional se ha modernizado en

<sup>29</sup>CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina, 1978* (E/CEPAL/1086), junio de 1979.

<sup>30</sup>No puede dejar de destacarse la heterogeneidad de la agricultura latinoamericana, donde el sector campesino ocupa un lugar preponderante. Véase Emiliano Ortega, "La agricultura campesina en América Latina y el deterioro del medio ambiente", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

<sup>31</sup>Para mayores detalles véase Sociedad Interamericana de Planificación, *Reformas urbana y agraria en América Latina*, Bogotá, 1978. Naciones Unidas, *Progreso en materia de reforma agraria*, Sexto informe, FAO/OIT, (ST/ESA/32), Nueva York, 1977. Schlomo Eckstein, Donald Gordon, Horton Douglas y Thomas Carrol, *Land reform in*

muchas áreas y los modos de producción nacidos de esa evolución han entrado a condicionar el desarrollo imponiendo formas mucho más intensivas de uso del suelo, modificando una situación de subexplotación por otra de sobreexplotación. El latifundio tradicional, al modernizarse, dejó también de ser el complemento estructural del minifundio por el aumento de la productividad de la mano de obra y el desplazamiento que se registra en zonas de intensificación de cultivos. En consecuencia, el problema de la fuerza de trabajo minifundista o de unidades familiares tendió a agravarse. Por otra parte, las formas de tenencia tradicionales en el minifundio también se modificaron: los inquilinajes, huasipungos y aparcerías se redujeron ostensiblemente. Esto ha contribuido a que los niveles de pobreza del sector campesino continúen siendo elevados: 62% de hogares bajo la línea de pobreza y 34% bajo la línea de indigencia.<sup>32</sup>

Es indudable que los principales factores socioeconómicos se modificaron con la penetración del nuevo estilo. Las nuevas infraestructuras, especialmente las de riego, se construyeron la mayoría de las veces para los agricultores medianos y grandes. En México, por ejemplo, entre 1947-1955 y 1961-1965, se incorporaron 1 476 000 hectáreas de riego, las que beneficiaron en mayor medida al sector capitalista.<sup>33</sup> Las principales políticas de precios y créditos también fueron preferenciales; la comercialización se organizó en torno a las inversiones predominantes. Paulatinamente se fueron creando empresas integradas verticalmente, generadas a partir de las explotaciones capitalistas. Estas empresas asociadas o traspasadas a otras transnacionales constituyen la base de la penetración transnacional en el campo.

El estilo predominante fue paulatinamente acrecentando las diferencias entre los predios. Las explotaciones con ventajas comparativas se orientaron hacia los rubros de exporta-

ción; por otro lado, las explotaciones orientadas a producir para el consumo nacional frecuentemente encontraron serias trabas para su desarrollo, dada su escasa rentabilidad. Al lado de ellas, persistía la constelación minifundiaría orientada a la agricultura de subsistencia.

Junto con esta realidad económico-estructural, la modernización del campo penetró a través del modelo de generación, adopción y difusión tecnológico.<sup>34</sup> Este modelo ha tratado de reproducir, si no totalmente, de manera importante, el originario de los países industriales, y, particularmente, en los Estados Unidos; por ello el grado de 'artificialización' en América Latina ha sido con frecuencia excesivo. Las variedades y especies de la revolución verde, que en un comienzo mostraron resultados espectaculares, declinaron posteriormente sus rendimientos, ya sea porque los nuevos suelos incorporados no tenían la alta fertilidad de los del inicio de esta innovación tecnológica, o sencillamente porque la semilla no se acompañaba del conjunto tecnológico necesario. El tractor y la maquinaria agrícola, símbolo del progreso y del adelanto tecnológico del campo, tuvieron elevadas tasas de incremento. En los últimos 25 años, el parque de tractores creció al 7% anual.<sup>35</sup> Por otra parte el uso de fertilizantes se incrementó a la impresionante tasa de 13.8% anual.<sup>36</sup> Basta comparar estas tasas con la del incremento de la población rural activa —aproximadamente 1.6%— para apreciar la intensidad del proceso de capitalización y de innovación tecnológica agraria. El nivel de fertilización en América Latina aún está muy por debajo del que caracteriza a los países desarrollados; pero de todas maneras el uso de plaguicidas ha sido excesivo, sobre todo en cultivos como el algodón y la caña de azúcar. Además, la mecanización desplazadora de mano de obra, no se ha compensado con la oferta de fuerza de tra-

*Latin America: Bolivia, Chile, Mexico, Peru and Venezuela*, World Bank Staff Working Paper N.º 275, abril de 1978, Washington D.C.

<sup>32</sup>CEPAL, División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *Veinticinco años...*, op. cit.

<sup>33</sup>Oscar Altimir, *La dimensión de la pobreza en América Latina*, Cuadernos de la CEPAL N.º 27, Santiago de Chile, 1979.

<sup>34</sup>Por proceso de 'modernización' del campo se entiende aquí el impulso capitalista-tecnológico que tiende a alterar sustancialmente los niveles de productividad de la tierra y de la fuerza de trabajo.

<sup>35</sup>CEPAL, División Agrícola Conjunta CEPAL/FAO, *Veinticinco años...*, op. cit.

<sup>36</sup>CEPAL/FAO, *Perspectivas del consumo y la producción de fertilizantes en América Latina*, IV Conferencia Regional de la FAO para América Latina y Conferencia Latinoamericana CEPAL/FAO de la Alimentación (LARCC/76/7(d)), Lima, abril de 1976.

bajo; el desempleo equivalente de la agricultura latinoamericana ha sido estimado entre un 20 y 40% de la población activa.<sup>37</sup>

La dinámica de penetración capitalista con el modelo tecnológico descrito se ha traducido en la desarticulación del sistema latifundio-minifundio. La falta de trabajo para el campesinado ha impulsado la emigración hacia las áreas urbanas y a la frontera agropecuaria cuando no lo ha obligado a permanecer en sus predios, provocando una mayor sobreexplotación del suelo.

Por otra parte, los nuevos capitales incorporados a la agricultura, no lo han hecho por los estímulos de épocas anteriores —*status* social, seguridad, etc.— que tenían como resultado situaciones de subexplotación del suelo, sino movidos ahora básicamente por la rentabilidad de la inversión y la posibilidad de generar excedentes. En consecuencia, la movilidad del capital se ha constituido en un nuevo factor de uso intensivo —y a veces abusivo— del suelo.

Durante estos últimos decenios se han ocupado millones de nuevas hectáreas de tierras vírgenes; esta expansión de la frontera se ha realizado preferentemente en zonas tropicales y subtropicales, usando nuevas tecnologías de habilitación de suelos. A las formas de ocupación campesina, realizadas manualmente con medios rústicos, se han sumado los sistemas de las grandes empresas con tractores y otra maquinaria pesada de gran potencia.<sup>38</sup>

Es difícil tener una visión general de la ocupación de nuevos suelos, máxime si este proceso se realiza preferentemente en forma espontánea. Sin embargo, se puede tener una idea del ritmo de esta expansión de acuerdo a la variación del número de establecimientos de la región amazónica del Brasil, que aumentaron de 380 000 en 1960 a 632 000 en 1970 y casi 800 000 en 1975.<sup>39</sup>

La ocupación espontánea de nuevas áreas

se estimuló con la construcción planificada de carreteras de penetración por parte de varios países. Así, notable ha sido el incremento de la población en la Amazonía y la penetración a las subcuencas más aisladas del Río de la Plata, como el Alto Paraguay y el Pilcomayo.

El estilo de desarrollo ascendente ha generado procesos que han repercutido en el deterioro del medio físico. Tanto los procesos iniciales, como sus efectos no son nuevos en América Latina; ellos se han dado incluso en forma natural. En épocas anteriores, la ocupación del espacio y las nuevas formas y sistemas de explotación iniciaron procesos deteriorantes, pero la diferencia estriba en la magnitud con que se presenta el fenómeno en los últimos decenios, las nuevas tecnologías empleadas y las superficies cubiertas. Los procesos más característicos del estilo de desarrollo en ascenso son: la deforestación, el uso desequilibrado del suelo y la 'artificialización' excesiva de los ecosistemas.

La deforestación tiene magnitudes realmente impresionantes. No se ha podido evaluar todavía cuál es su ritmo real, pero las cifras fluctúan entre 5 y 10 millones de hectáreas deforestadas anualmente.<sup>40</sup> Salcedo y Leyton afirman que la eliminación promedia anual de bosques densos, entre 1958-1973, llega a 6.54 millones de hectáreas.<sup>41</sup> Es ésta otra actividad donde se advierte la presencia de las empresas transnacionales. La erosión de los suelos es, sin lugar a dudas, el problema más grave que afecta a la agricultura latinoamericana; y entre sus efectos cabe señalar la progresiva sedimentación de los cursos de agua. La salinización es otro grave proceso ambiental. El 0.7% del total de tierras de Centroamérica y el 7.6% de las de Sudamérica están afectadas por exceso de sales.<sup>42</sup> La intensa 'artificialización' de los ecosistemas ha influido en la contaminación de los recursos naturales y de las poblaciones por uso excesivo de plaguicidas. Además se han producido resistencias de los vectores de enfermedades tropicales como el paludismo.<sup>43</sup> Muchos

<sup>37</sup>PREALC-OIT, *El problema del empleo en América Latina y el Caribe: situación, perspectivas y políticas*, PREALC, Santiago de Chile, 1975.

<sup>38</sup>Al respecto véanse Charles Mueller, *op. cit.* y Jorge Adámoli y Patricio Fernández, "La expansión de la frontera agropecuaria en la Cuenca del Plata: antecedentes ecológicos y socioeconómicos para su planificación", ambos en *Estilos de desarrollo...*, *op. cit.*

<sup>39</sup>Charles Mueller, *op. cit.*

<sup>40</sup>CEPAL, *El medio ambiente en América Latina* (E/CEPAL/1018), Santiago de Chile, 1976.

<sup>41</sup>S. Salcedo y J. Leyton, *op. cit.*

<sup>42</sup>FAO/UNESCO, *Mapa de suelos del mundo*, UNESCO, París, 1964.

<sup>43</sup>PNUMA, *Estudio de las consecuencias ambientales*

de estos problemas perduraron desde épocas precolombinas, pero lo que es nuevo es el altísimo ritmo de deterioro, que se acelera año a año.

d) *La urbanización y el medio ambiente*

El auge del estilo transnacional ha coincidido con la aceleración de procesos de crecimiento y redistribución espacial de la población, cambios en la estratificación social y ocupacional, y transformaciones en los patrones y niveles de consumo. Entre 1950 y 1980 la población creció a razón de 2.8% anual, la tasa más elevada de todas las grandes regiones mundiales. La población total de América Latina en 1950 sumaba alrededor de 164 millones; en 1980 llegó a 358 millones. Aunque la tasa de crecimiento comenzó a disminuir lentamente, seguirá siendo alta por muchos años; se espera así para el 2000 una población de 595 millones que crecerá en casi 2.4% al año.

Entre 1950 y 1980 la población de los centros urbanos con más de 20 000 habitantes se cuadruplicó: de 40 millones a más de 160 millones de habitantes; la población de esos centros sigue creciendo en 4.4% anual. En 1950 América Latina tenía 6 ó 7 ciudades con más de un millón de habitantes; en 1980 tiene 25; en el 2000 probablemente tendrá 46 que alojarán a 37% de la población total. Ya tiene una ciudad con más de 10 millones de habitantes (México) y otras tres a punto de alcanzar ese tamaño (Buenos Aires, Río de Janeiro y São Paulo).<sup>44</sup> Al cabo de corto tiempo varias aglomeraciones urbanas de América Latina sobrepasarán el tamaño de todas las megalópolis hasta ahora conocidas.

Ha crecido notablemente la proporción de la población urbana activa en ocupaciones no manuales de *status* medio y alto, aunque problemas de definición y comparación de datos

impiden estimaciones generales.<sup>45</sup> Estos estratos han captado la mayor parte de los aumentos en los ingresos por habitante, también notables en casi todos los países.<sup>46</sup>

Para los fines de este trabajo, no es necesario entrar en detalles sobre las tendencias demográficas, ocupacionales y de ingresos, ni discutir las diferencias entre países grandes, medianos y pequeños, o entre países de urbanización temprana y urbanización reciente, puesto que los datos son fáciles de encontrar en las publicaciones de la CEPAL, CELADE, y otras instituciones. Tampoco parece necesario describir los problemas ambientales típicos de las grandes ciudades; éstos son bien conocidos en sus rasgos generales, pero son demasiado complejas y diversas sus manifestaciones locales y sus causas para abordarlas adecuadamente aquí.<sup>47</sup> Es obvio que procesos de crecimiento y concentración espacial de la población tan rápidos y masivos deberían generar intensas repercusiones sobre los ecosistemas, los usos de los recursos y la calidad de la vida con cualquier estilo de desarrollo. También cabe suponer que las diferentes etapas del desarrollo capitalista periférico, antes identificadas, han interactuado con estos procesos, algunos en marcha desde hace bastante tiempo, e influyeron en su evolución, y que las tendencias en cuanto al tamaño, distribución y estructura de la población, con impulso propio, también influyeron en las manifestaciones del estilo ascendente de desarrollo en el orden nacional.

Según el enfoque adoptado en este trabajo, la penetración multifacética del estilo transnacional, al interactuar con los restos de otros estilos de desarrollo o de vida, y con los cambios demográficos, genera un conjunto de fenómenos que ponen en duda tanto la viabilidad futura del estilo como su aceptación desde el punto de vista de la protección ambiental y el bienestar humano. También genera reacciones y remedios parciales que pueden fortalecer la

y económicas del uso de plaguicidas en el cultivo del algodón en Centroamérica y Guatemala (PNUMA/RLAT/801/76/315), Bogotá, julio de 1976.

<sup>44</sup>CEPAL, *Tendencias y perspectivas a largo plazo del desarrollo de América Latina* (E/CEPAL/1076), 12 de abril de 1979; César Peláez, *Tendencias y perspectivas demográficas en América Latina 1950-2000* (CEPAL borrador) noviembre de 1978.

<sup>45</sup>Carlos Filgueira y Carlo Geneletti, *Estratificación ocupacional, modernización social y desarrollo económico en América Latina* (E/CEPAL/DS/185), noviembre de 1978.

<sup>46</sup>CEPAL, *América Latina en el umbral de los años 80* (E/CEPAL/G.1106), noviembre de 1979.

<sup>47</sup>CEPAL, *El medio ambiente en América Latina*, marzo de 1976.

viabilidad del estilo o, por efectos acumulativos, transformar su funcionamiento. Destacaremos algunos de estos fenómenos, en forma muy simplificada, tratando de distinguir la contribución del estilo transnacional sin atribuirle todos los aspectos negativos de una urbanización rápida y concentrada en condiciones de extrema desigualdad social.

El desarrollo, y sus consecuencias ambientales, se ha concentrado en reducidos subespacios en los respectivos territorios nacionales, en particular en ciertas áreas metropolitanas de muy apreciable peso demográfico y económico. Ellas "...generan una proporción mayoritaria del producto industrial y de los servicios técnicos, infraestructurales, comerciales y financieros que complementan aquella actividad. Ellas constituyen, además, la sede natural de los más poderosos núcleos empresariales nacionales y extranjeros y en la generalidad de los casos, albergan también a los representantes del poder político nacional y de buena parte del aparato burocrático-administrativo a través del cual éste se expresa".<sup>48</sup>

Desde tales centros nacionales se dirige, por parte de los agentes económicos extranjeros y nacionales más importantes, el proceso de acumulación del capital a escala nacional y hacia ellos retorna la mayor parte de los beneficios de la dinámica del crecimiento económico y social general. A la mayor capacidad de generar excedentes por parte de tales empresas en el 'centro' (nacional) se agregan las transferencias de ingresos a través del intercambio de mercancías y remesas de beneficios desde la 'periferia' (nacional). La demostración de que este modelo espacial, fuertemente concentrador desde el punto de vista geográfico, está íntimamente asociado al estilo de desarrollo dominante la ofrece el repetido fracaso de las políticas de desconcentración regional de la economía impulsadas por muchos gobiernos de América Latina, en distintas circunstancias políticas y en diferentes momentos históricos durante los últimos 20 años.<sup>49</sup>

La modernización capitalista agrícola, combinada con las altas tasas generales de crecimiento demográfico, la atracción de nuevas fuentes de trabajo urbanas y de patrones de consumo y servicios disponibles principalmente en las aglomeraciones metropolitanas, han estimulado corrientes de migración, con las cuales ha aumentado la población de estas aglomeraciones a tasas de 5 a 10% por año. El 'desarrollo' ha podido aprovechar una fuerza de trabajo a costos por debajo del costo de su reproducción y ha contado con su renovación permanente gracias a las migraciones.<sup>50</sup> Gran parte de la población ha quedado marginada del empleo en las empresas modernas, experimentando una 'absorción regresiva' en servicios personales y actividades artesanales de baja productividad, pero de considerable importancia para los patrones de vida de los estratos urbanos acomodados. El estilo de desarrollo no ha ofrecido medios ni incentivos para la provisión de viviendas, infraestructura urbana ni servicios sociales adecuados a las necesidades de los estratos de bajos ingresos.

La concentración en las aglomeraciones metropolitanas de actividades industriales, comerciales, financieras, de comunicaciones, de recreo, de administración pública, etc., aumentada por la 'absorción espuria' en empleos bien pagados que derivan del poder social y de las ventajas educativas,<sup>51</sup> ha generado un mercado de consumo refinado y permeable a la diversificación continua del consumo. Los beneficiarios del estilo moderno de consumo constituyen proporciones mucho más importantes de la población urbana que las élites anteriores y, bajo la influencia de los medios masivos de comunicación, mercadeo y créditos de consumo, adquieren actitudes fuertemente comprometidas con el estilo de su participación privilegiada en el mercado de consumo. Los sistemas de compras a plazos permiten la incorporación de las familias de varios estratos de ingresos al mercado de bienes de consumo duradero más allá de su capacidad financiera, generando inseguridad y un desajuste permanente

<sup>48</sup>Armando Di Filippo, *Estilos de desarrollo económico y migraciones de fuerza de trabajo en América Latina*, CELADE, Santiago de Chile, mayo de 1978.

<sup>49</sup>Alejandro Rofman, *op. cit.*

<sup>50</sup>Lucio Kowarick, *op. cit.*

<sup>51</sup>Raúl Prebisch, "Crítica al capitalismo periférico", *Revista de la CEPAL*, Segundo semestre de 1976.

entre ingresos y expectativas.<sup>52</sup> Las empresas transnacionales generalmente lideran la promoción del consumo a través de la televisión y de otros medios, empleando técnicas ya probadas en sus países de origen.<sup>53</sup>

El consumo de nuevos productos industriales también se difunde a los estratos de bajos ingresos, produciendo probablemente una desviación importante de los recursos necesarios para cubrir sus necesidades alimenticias, y de otros rubros básicos. La industrialización y la comercialización fomentan en este mercado el consumo de bienes como radios de transistores, artículos de plástico, cosméticos y productos farmacéuticos, bebidas gaseosas embotelladas, etc.

Los patrones de asentamiento de las grandes aglomeraciones se han transformado bajo el 'impacto' conjunto del acelerado crecimiento demográfico, la industrialización, y la incorporación en los estratos medios y altos de normas de vida fuertemente influenciadas por el predominio del automóvil como medio de transporte y símbolo de pertenencia a la sociedad de consumo. Se da así la preferencia por residencia suburbana como medio de escapar al deterioro del medio ambiente urbano; y todo ello acarrea una serie de importantes consecuencias:

a) El área ocupada por las grandes aglomeraciones ha crecido más rápidamente que la población, restándole terrenos de la agricultura y encareciendo las inversiones de infraestructura;

b) La competencia por el espacio y la dinámica de una expansión urbana rápida y permanente ha fomentado la especulación y la monopolización de terrenos, de modo que los costos del suelo urbano han aumentado mucho más rápidamente que los niveles de precios en general. El capital financiero representa un papel cada vez más importante en la captación de rentas especulativas de la tierra, pero dadas las relaciones de poder predominantes, las intervenciones públicas en el mercado de tierras

han sido consistentemente ineficaces o contraproducentes;<sup>54</sup>

c) Los costos de construcción de las viviendas también han subido más rápidamente que otros precios, por efecto del control del mercado por parte de grandes empresas constructoras y la introducción de normas técnicas de construcción adoptadas de los países industrializados. Los programas públicos de incentivos y subsidios para la vivienda no han podido reducir los costos para alcanzar los estratos de ingresos bajos, y generalmente se han desviado a los estratos medios a medios-bajos. En consecuencia, en todos los países ha crecido constantemente el déficit de viviendas urbanas que satisfacen las normas modernas;<sup>55</sup>

d) Los costos de la tierra y la construcción excluyen a gran parte de la población urbana de la posibilidad de adquirir viviendas adecuadas. Las consecuencias implican: i) el surgimiento de un mercado ilícito de ventas de terrenos en lotes muy pequeños, sin infraestructura urbana, a precios que agotan la capacidad de ahorro de las familias de ingresos medios-bajos; ii) el establecimiento de asentamientos irregulares, generalmente sin título de dominio ni servicios urbanos, muchas veces en terrenos no habitables, y que ahora constituyen las zonas de más rápido crecimiento de muchas grandes aglomeraciones; iii) la relegación de los estratos de bajos ingresos a zonas particularmente sujetas a la contaminación de origen industrial o a zonas muy remotas de sus fuentes de trabajo, y además generalmente mal atendidas por el transporte público;

e) La expansión de zonas residenciales de baja densidad habitadas por la parte más influyente y adinerada de la población urbana ocasiona una fuerte presión en favor de inversiones públicas en carreteras de alta velocidad, sistemas preferenciales de transporte público (metros, buses de lujo, etc.), agua (en parte utilizada para piscinas y riego de jardines), electricidad, etc. El tamaño de las aglomeraciones y las demandas simultáneas de la industria y el riego agrícola ya están generando problemas

<sup>52</sup>Carlos Filgueira, *Notas sobre consumo y estilos de desarrollo* (CEPAL, borrador), 1977.

<sup>53</sup>Jorge Wilhelm, *op. cit.*

<sup>54</sup>Guillermo Ceisse G. y Francisco Sabatini, *op. cit.*

<sup>55</sup>Guillermo Rosenblüth, *Necesidades de vivienda y demanda efectiva en América Latina* (E/CEPAL/PROY.1/R.37), noviembre de 1979.

agudos en materia de abastecimiento de agua, y los costos crecientes de la energía ponen de relieve los aspectos antieconómicos de estos patrones de asentamiento. Las respuestas públicas a estas presiones raras veces satisfacen plenamente a los residentes de las zonas urbanas, pero implican de todos modos una fuerte discriminación en la distribución de las inversiones en contra de las zonas más pobres de la ciudad, y también en contra de las ciudades de provincias y las zonas rurales del país.<sup>56</sup>

f) La segregación espacial de la población urbana según nivel de ingreso y grado de integración en la sociedad de consumo se hace más sistemáticamente en las etapas recientes de la penetración del estilo transnacional. Las grandes empresas constructoras y grupos financieros construyen barrios 'integrados' con sus propios centros comerciales, facilidades para recreo y deportes, y fuerzas de seguridad. La venta de casas o departamentos en estos barrios se promueve aduciendo que combinan las ventajas de la vida urbana ultramoderna, la vida rural, y la protección contra los peligros e incomodidades del resto del ambiente urbano;

g) La segregación residencial, espontánea o sistemática, y la discriminación contra las zonas pobres en materia de servicios públicos, debilitan cualquier sentido de comunidad en las grandes aglomeraciones y fomentan la difusión entre los estratos prósperos de estereotipos que justifican la discriminación y la negación de los derechos políticos. Se percibe la población de bajos ingresos como una amenaza a los patrones de consumo 'modernos', un factor de delincuencia, parasitismo, y agresiones contra el ambiente urbano. Los contrastes flagrantes entre ricos y pobres siempre han existido en las ciudades de América Latina, pero el hecho de que los estratos relativamente acomodados constituyen grandes minorías dentro de poblaciones urbanas de tamaño sin preceden-

tes, crea las condiciones para nuevas formas de la lucha de clases;

h) La movilidad espacial asociada al automóvil y al consumismo en general no se limita a las ciudades; hay un enorme aumento en el uso del espacio, el agua y la energía, para la recreación en zonas costeras y otras con atracciones turísticas o deportivas, con considerables repercusiones ambientales. También el turismo internacional por carretera o vía aérea se convierte en un fenómeno masivo, aunque de minorías, el que se ve estimulado por las diferencias de precios que derivan de los procesos inflacionarios y las políticas industriales nacionales asociados con el estilo de desarrollo. En estos tipos de movilidad espacial se advierte una segregación por ingresos comparable a la segregación urbana, con grupos de ingresos relativamente bajos que tratan de seguir la moda de los viajes de recreo con el consiguiente hacinamiento y congestión en el transporte público y en las zonas de parques y balnearios, y un gran desperdicio de petróleo;

i) La combinación del crecimiento industrial y los nuevos patrones de consumo implican aumentos en la producción de desechos y contaminantes mucho más rápidos que el crecimiento de la población urbana. Los problemas resultantes son bien conocidos y no es necesario describirlos aquí. Merece destacarse, sin embargo, como símbolo de las diferencias entre el estilo consumista tanto en sus países de origen como en América Latina, que aquí los desechos de los estratos acomodados (papeles, metales, latas, botellas, etc.) sirven como fuente de subsistencia de grupos significativos que están entre los de más bajos ingresos: una forma de reciclaje de materiales posibilitada por la pobreza;

j) La aparición de grandes zonas pobladas por familias de bajos ingresos, sin provisión previa de infraestructura urbana ni controles sobre la adecuación de los terrenos para la ocupación humana ha provocado, como es natural, problemas graves de salud, de escasez de agua potable, de carencia de espacios libres para parques y esparcimiento, de acumulación de desperdicios, de contaminación industrial y de vulnerabilidad a catástrofes como derrumbes e inundaciones. En algunos casos, los barrios de familias acomodadas han contribuido de mane-

<sup>56</sup>En Santiago de Chile, la comuna de ingresos más elevados (Las Condes) con sólo el 8% de la población metropolitana, concentró el 42% de las inversiones públicas en vialidad urbana local entre 1965 y 1975, y el 20% del total de inversiones de vialidad de la ciudad. Ello probablemente ha influido en la elevación de los precios de la tierra, que subieron muy por encima del resto de la ciudad. Véase Guillermo Geisse y Francisco Sabatini, *op. cit.*, p. 7.

ra directa a las deficiencias de las zonas pobres: la tala de los bosques y la pavimentación de las zonas altas han impedido la absorción normal de las lluvias y provocan inundaciones periódicas en las zonas bajas. Estas deficiencias, coincidentes con una alimentación inadecuada, afectan seriamente los niveles de salud. La única amenaza importante asociada con el estilo de desarrollo urbano que probablemente afecta tanto a las familias acomodadas como a las familias pobres son los accidentes automovilísticos; además, el transporte público mal mantenido y atestado probablemente ocasiona tantos daños como los automóviles privados.

Para satisfacer normas adecuadas de salubridad y calidad de la vida las zonas pobres presentan problemas casi insolubles de no mediar cuantiosas inversiones y una reorganización radical de los usos del espacio urbano, acompañadas por cambios profundos en la distribución del ingreso y los patrones de consumo. Sin embargo, no hay suficientes elementos de juicio que justifiquen la conclusión de que los niveles ambientales y de salud de las zonas pobres están en deterioro por doquier y en todos sus aspectos. Los indicadores más sensibles, en particular la mortalidad infantil, en algunos casos están mejorando, aunque en otros se deterioran. Por un lado las autoridades generalmente responden a las situaciones de emergencia en forma suficiente como para evitar catástrofes y posiblemente para eliminar algunas de las amenazas a la salud física.<sup>57</sup> Por otro, la población muestra cierta capacidad para resolver algunos de sus problemas y organizar un ambiente relativamente habitable a pesar de sus desventajas. En este campo las generalizaciones son particularmente discutibles.<sup>58</sup>

Las etapas más recientes de la penetración del estilo transnacional han traído dos secuelas negativas para la salud de los estratos de bajos ingresos, además del aumento y diversificación de la contaminación de origen industrial. Por un lado, la atención médica ha seguido las tendencias de especialización y encarecimiento

de los servicios de los países centrales capitalistas, y se ha concentrado en los problemas de los estratos con mayor capacidad económica. En general los servicios públicos de salud no han podido mejorar su atención en respuesta a los problemas de los más pobres, y en varios países han respondido a los continuos aumentos de costos y de demandas reduciendo su atención gratuita y permitiendo la privatización de los servicios de salud pública. Por otro lado, las farmacéuticas figuran entre las empresas transnacionales más agresivas y ubicuas, con la consecuente diversificación y encarecimiento excesivo de los medicamentos. La promoción masiva de éstos estimula a las familias pobres a destinar proporciones importantes de sus gastos en tales remedios, habiéndose comprobado que carecen de eficacia los controles públicos sobre la venta de drogas nocivas o inútiles. En algunos casos, las empresas farmacéuticas transnacionales han continuado la promoción en los países periféricos de productos prohibidos por peligrosos en los países centrales.<sup>59</sup>

La explotación en gran escala de nuevos recursos minerales, la creación de industrias elaboradoras de esos recursos, la pesca industrializada, la construcción de grandes presas hidroeléctricas, y la expansión de la frontera agrícola han estimulado la aparición de muchos centros urbanos de crecimiento explosivo. Estos centros constituyen una fuerte atracción para la mano de obra no calificada y subempleada, pero no ofrecen condiciones por falta casi total de infraestructura y servicios; por incapacidad para proveer viviendas e infraestructura para la población atraída; de todos modos significan un fuerte 'impacto' sobre los ecosistemas locales por el crecimiento demográfico y los procesos industriales o mineros que justificaron su creación. Generalmente, después de algunos años de intensas demandas de mano de obra para la construcción, la demanda declina y se limita a técnicos y obreros calificados, debido a las actividades permanentes de uso intensivo de capital. Pero la afluencia de migrantes perdura por inercia y las tasas de desempleo se elevan. Por tanto, estos centros se caracterizan

<sup>57</sup>Jorge Wilhelm, *op. cit.*

<sup>58</sup>Carlos Borsoetti, *Estilos de desarrollo, medio ambiente y estrategias familiares* (E/CEPAL/PROY.2/R.5), agosto de 1979.

<sup>59</sup>Giorgio Solimano y Georganne Chapin, *op. cit.*

por problemas particularmente agudos de segregación, marginación y persistencia de la falta de infraestructura, tanto porque la mayoría carece de poder de compra como porque a las autoridades no les interesa la población 'superflua', puesto que debe dar servicios públicos a la población empleada. Los centros de crecimiento explosivo parecen ser excepciones a la lógica concentradora del estilo de desarrollo; muchos de ellos surgieron durante la etapa anterior, la del capitalismo nacional, estimulados por los grandes proyectos financiados por el Estado y su aspiración a crear 'polos de crecimiento' regionales. Más recientemente se han integrado como proveedores de bienes intermedios para las industrias transnacionales.<sup>60</sup>

La experiencia de estos centros pone en tela de juicio muchas recomendaciones dirigidas a aliviar las presiones sobre las grandes

aglomeraciones mediante la creación de otros polos de crecimiento. El fracaso de muchas otras iniciativas para la descentralización industrial indica que la creación de tales centros requiere condiciones especiales; pero aún exitosas en términos económicos sus consecuencias para el medio ambiente y el bienestar de la población atraída, pueden ser peores que el crecimiento de las grandes aglomeraciones. Algunos de los centros de crecimiento explosivo —Ciudad Guayana de Venezuela en particular— se crearon con intenciones gubernamentales de avanzada planificación social y espacial, pero esa planificación influyó poco en los resultados. En suma, parece limitada la capacidad administrativa, material y financiera del Estado para organizar el crecimiento de nuevos centros dentro del estilo de desarrollo capitalista.

### III

## Crisis del estilo, estrategias alternativas y planificación

Los factores ambientales cuyas manifestaciones sobresalientes en América Latina ya se han examinado, están influyendo profundamente sobre las formas tradicionales de inserción internacional y los estilos de desarrollo prevalentes hasta ahora en la región.

Como se ha demostrado, la energía cumple una función clave en todos los procesos naturales o intervenidos de la biosfera, y en particular, en el funcionamiento del medio ambiente construido. Y como es lógico, la importancia relativa de las fuentes energéticas ha ido variando con el tiempo y la evolución tecnológica.

Los esclavos, la tracción animal, los bosques, el viento y las caídas de agua fueron durante largos siglos la base de la agricultura, el transporte y las incipientes actividades manufactureras. El carbón fue el fundamento de la primera revolución industrial, caracterizada por el uso del hierro y del acero y simbolizada

por el ferrocarril tal vez más que por ningún otro adelanto. Los últimos treinta años corresponden al ciclo del petróleo; el petróleo es a la civilización urbano-industrial contemporánea lo que los esclavos fueron a las plantaciones, el viento a la navegación a velas, o el sol y el agua a las plantas.

Al cabo de más de tres décadas, la civilización urbano-industrial fue conformándose estructuralmente en todos sus aspectos y en su estilo a un abastecimiento abundante, barato y seguro de hidrocarburos. La situación cambió radicalmente en el decenio de 1970; se entró a una etapa de abastecimiento limitado, caro e inseguro. La crisis del petróleo es en realidad el principal síntoma de la crisis del estilo de desarrollo contemporáneo, porque afecta a su fuente energética fundamental.

Después de analizar algunas de las principales relaciones entre los estilos de vida, los patrones de desarrollo y el medio ambiente en América Latina, inevitablemente cabe preguntarse hasta qué punto el estilo de desarrollo transnacional que aparece en América Latina y

<sup>60</sup>Juan Pablo Antón, *op. cit.*

que está en crisis a nivel mundial, es realmente sostenible a largo plazo, y si ofrece perspectivas de un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Como se ha señalado, el estilo en ascenso es en gran medida de origen importado, y su expansión se alimenta progresivamente de sucesivas innovaciones tecnológicas también importadas. La considerable estructura económica y social construida en la región sobre estas bases durante los últimos decenios es, fundamentalmente, de naturaleza urbana y se sostiene en última instancia sobre la explotación de los recursos naturales y la exportación de los productos primarios derivados de ella. Y aquí parece legítimo preguntarse si no es acaso muy peligroso financiar un estilo de vida y de desarrollo que no se autosostiene mediante la exportación de recursos naturales más o menos limitados y sustituibles, sujetos además a los vaivenes del mercado internacional.

Vista como una estrategia a largo plazo, es preciso aclarar algunas cuestiones básicas: ¿puede ese patrón de desarrollo generar con el tiempo una diversificación y expansión del potencial de exportaciones suficientemente amplio y dinámico como para financiar buena parte de sus propias necesidades crecientes de financiamiento externo? ¿será posible sin modificaciones sustanciales en el orden económico internacional? ¿cuál es la magnitud y calidad de las reservas de recursos naturales renovables y no renovables? ¿se manejan estas reservas en forma racional y adecuada, en vista sobre todo de la necesidad de mantenerlas y ampliarlas para las generaciones futuras? ¿se están reinvertiendo los excedentes financieros generados por la explotación de los recursos naturales, de manera tal que permitan mantener y ampliar los recursos naturales y el capital de la sociedad a largo plazo? ¿se está desarrollando la capacidad tecnológica necesaria para encarar todas estas tareas?

Estas preguntas son aún más críticas cuando se plantea el problema de satisfacer las necesidades más apremiantes de la mayoría de la población. Como es innegable que la estrategia de desarrollo vigente no ha logrado alcanzar ese objetivo pese al rápido ritmo de crecimiento económico, y que persiste la extrema desigualdad entre los adinerados y los pobres, será

inevitable, a menor o mayor plazo, introducir o ampliar las políticas destinadas a mejorar las condiciones de vida de los sectores populares. En otras palabras, será preciso expandir la producción de los sectores de la alimentación, el vestuario, el calzado, y de los servicios de seguridad social, vivienda, salud y educación. Pero ¿será esto compatible con la continuación del estilo de desarrollo actual y sus exigencias financieras, de divisas y de recursos naturales renovables y no renovables? ¿será ello posible no obstante la subutilización masiva de recursos humanos que entraña la actual estrategia de desarrollo? ¿es compatible con las tendencias actuales hacia la centralización administrativa, la concentración económica, la centralización urbana y la utilización de una tecnología que se caracteriza por ser de uso altamente intensivo de capital, petróleo e importaciones?

Además, no se puede ya hacer caso omiso de la gravedad que ha alcanzado el problema de los desechos y la contaminación, al menos en algunos de los países relativamente más urbanizados e industrializados de América Latina, que ya está teniendo efectos negativos sobre la salud de la población, en particular de los más pobres y sobre la calidad de la vida urbana en general. Además está exigiendo gastos e inversiones voluminosos y crecientes tanto públicos como privados para reparar y prevenir sus efectos. Con el presente estilo de desarrollo, el crecimiento económico y la concentración urbana comienzan a autoanularse: los beneficios de los mayores ingresos y los niveles de consumo más elevados comienzan a disiparse por efecto del deterioro del medio ambiente y los crecientes gastos necesarios para remediarlos.

Los problemas planteados en los párrafos anteriores no se han investigado a fondo en América Latina y tampoco hay posiciones claras al respecto. En particular, poco se sabe con relación a la capacidad del medio ambiente para sostener un proceso de desarrollo a largo plazo que se ciña a las orientaciones del actual estilo de desarrollo. La investigación es una tarea urgente, ya que de seguir por el mismo camino sin prestar mayor atención a los aspectos relacionados con la energía, los recursos y el medio ambiente, sin mencionar los problemas de la inequidad, la dependencia y el subem-

pleo, podría tener consecuencias catastróficas a largo plazo.

Esto no significa que haya que postergar el crecimiento económico. El desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad es un requisito insustituible para el mejoramiento de las condiciones de vida de la población; pero como ya se ha intentado señalar en este trabajo, diferentes estilos de desarrollo tienen consecuencias diversas en materia de utilización de los recursos, grado de concentración geográfica e incidencia del problema de los desechos y la contaminación. El crecimiento económico debe continuar en América Latina para generar los recursos necesarios que permitan satisfacer las necesidades de la mayoría de la población, pero para que ello pueda ocurrir es probable que se requiera un estilo de desarrollo diferente.

No es posible hacer aquí otra cosa que sugerir algunas de las características que debería poseer un estilo alternativo de desarrollo que fuera compatible con la satisfacción de las necesidades fundamentales de la mayoría de la población y con la preservación y valorización de la base de recursos y del medio ambiente de la sociedad. Tendrá que depender cada vez menos de las fuentes fósiles de energía (particularmente el petróleo) y cada vez más de fuentes renovables y menos contaminantes; desarrollar tecnologías de uso mucho más intensivo de mano de obra y más ajustadas a la base de recursos naturales; apoyarse en mucho mayor medida en el reciclaje o reaprovechamiento de los desechos y desperdicios; administrar los recursos naturales con conocimientos y tecnologías sustentados sobre bases ecológicas; instituir formas administrativas y políticas mucho más descentralizadas y que se apoyen en mayor medida en las comunidades locales; y detener la continua expansión de las ciudades gigantes así como los excesos del consumismo.<sup>61</sup>

Todos estos cambios, y muchos otros que serían necesarios, seguramente suenan demasiado utópicos. Y, sin embargo, tal vez éste no sea el caso. Todos ellos van, por supuesto, contra la corriente del estilo de desarrollo predominante. Pero este estilo está incurriendo en algunas contradicciones y entrando en crisis,

por demás severas, que a su vez están generando, dialécticamente, reacciones de sumo interés.

La crisis del petróleo es la más conocida, y está teniendo consecuencias de la mayor importancia. Para mencionar sólo una, está estimulando grandes esfuerzos por desarrollar otras fuentes de energía; y no es ésta por cierto una consecuencia secundaria. En la medida en que el actual estilo de desarrollo esté basado en la utilización masiva de petróleo barato, de electricidad barata generada a partir del petróleo, y de los productos petroquímicos —automóviles, aviación, bienes de consumo duraderos, mecanización rural, transporte marítimo, fertilizantes, detergentes, plásticos, fibras artificiales— todo ello producido por empresas de gran tamaño y muy concentradas, el súbito y radical cambio en el precio del petróleo y en su situación de abastecimiento puede tener efectos trascendentales, no sólo económicos, sino también sociales y políticos.

La crisis urbana también está teniendo consecuencias: la circulación de vehículos se está restringiendo y racionalizando; la descentralización y la organización local están siendo estimuladas y las comunidades se están preparando para enfrentar sus propios problemas; en este sentido hay iniciativas de descentralización geográfica de las industrias.

Las crisis de los servicios de salud está cambiando el acento tradicional puesto en los grandes centros hospitalarios muy sofisticados, para fomentar crecientemente los centros periféricos de dimensión reducida y con participación de la comunidad, llegándose a reivindicar incluso el aprovechamiento del conocimiento empírico de diversos practicantes no profesionales de la medicina.

También hay una revolución en gestación en la arquitectura, en donde el estilo transnacional está en crisis por su fuerte dependencia de la energía y los materiales importados, o que tiene un alto contenido de importaciones. El uso de materiales y diseños tradicionales locales, apropiados a las características climáticas y de otra naturaleza, y a los conocimientos y capacidad tradicionales de la población en materia de construcción, está insinuándose como alternativa a la tendencia predominante hacia la homogeneización transnacional.

<sup>61</sup>Al respecto véase Amílcar Herrera, *op. cit.*

Algunos sectores de las generaciones jóvenes, en todas partes, están adoptando estilos de vida bastante diferentes de la pasión consumista de las generaciones mayores.

¿Preanuncia todo esto la aparición de gémenes de un estilo de vida y un patrón de desarrollo diferentes? Es difícil saberlo, puesto que conocemos muy poco de lo que está pasando en esta materia y de cuán importantes y extendidas sean estas manifestaciones. Pero es indudable que algo está sucediendo, y que se apoya y recibe estímulos de los problemas y crisis muy serios que caracterizan al estilo de desarrollo prevaleciente tanto en las sociedades industriales como en las subdesarrolladas. Transformar estas múltiples y profusas reacciones frente al actual estilo de desarrollo, y el conocimiento de sus limitaciones y fallas, en un programa viable en favor de un estilo de desarrollo alternativo, que pudiera satisfacer las necesidades fundamentales de la mayoría de la población a largo plazo y lograr —entre otras cosas—, una administración ecológicamente racional de su medio ambiente es, sin duda, una de las tareas más importantes que tenemos por delante.

La incorporación sistemática de la dimensión ambiental en el examen del desarrollo latinoamericano que antes se ha intentado plantear aquí, ha puesto de relieve una serie de fenómenos, problemas y temas que habitualmente no se consideran en la interpretación y planificación del desarrollo; que reciben cuando mucho atención secundaria, o que quedan simplemente separados y aislados del ejercicio de diagnóstico y planificación. Sin embargo, es tal su importancia, que ningún esfuerzo serio de planificación debiera en el futuro dejar de tomarlo plenamente en cuenta. Antes de examinar algunas de las formas y maneras como puede integrarse la dimensión ambiental en los modelos y técnicas de planificación, conviene hacer un breve recuento de las principales cuestiones que han salido a relucir al reconsiderarse el desarrollo latinoamericano de los últimos decenios con un enfoque enriquecido por una perspectiva ambiental.

Existe una estrecha relación entre sociedad y medio ambiente ya que éstos son, respectivamente, subsistemas que conforman un sistema global, condicionándose mutuamente.

Por lo tanto, el potencial de desarrollo de una sociedad depende en medida considerable de su base ecológica y de recursos naturales, mientras que el tipo y grado de desarrollo afectan directamente esa base ambiental. Por ello resulta de una elevada prioridad el reconocimiento exhaustivo de la base actual y potencial de recursos naturales de una sociedad. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la misma condición de 'recurso' que se le atribuye a algún elemento de la naturaleza depende del conocimiento empírico, tecnológico y científico, y de las prioridades sociales, de tal manera que —por un descubrimiento científico o un cambio de precios relativos— una materia que se consideraba un desecho puede transformarse en un recurso energético, o un mineral valioso perder todo interés económico y sociopolítico.

Los conocimientos científicos y tecnológicos se orientan a reproducir el estilo a corto plazo. Este hecho se traduce en el desconocimiento o el conocimiento sólo parcial del comportamiento de los ecosistemas y de lo que ello implica. Es posible contar en la mayoría de los países latinoamericanos con evaluaciones de recursos naturales: minerales metálicos, no metálicos, recursos de suelo y vegetación, recursos hídricos, levantamientos climáticos, geomorfológicos y geológicos. Estas evaluaciones, indiscutiblemente, no son exhaustivas, pero responden, en la mayoría de los casos, a la demanda de información que condiciona el estilo. Pero donde la investigación y las evaluaciones son muy escasas y, a veces, casi nulas, es en la comprensión integral de los ecosistemas. Esfuerzos parciales de macro y microrregionalización sólo han contribuido a realizar análisis estáticos de regiones con algún grado de homogeneidad. También han sido limitados los análisis de unidades fisiográficas como cuencas, intercuenas, depresiones, etc. Básicamente se carece de análisis dinámicos del punto de vista integral que permitan interpretar los subsistemas social y natural y sus interacciones. Es necesario, en consecuencia, además de complementar y ampliar los estudios clásicos sobre recursos, incorporar análisis de desarrollo integral que, además de verificar el comportamiento de cada subsistema, informen sobre las interacciones entre ambos. Un análisis proyectado

de esta manera deberá incorporar las formas en que la acción antrópica influye sobre sistemas, el grado en que se modifican atributos como estabilidad, elasticidad, etc., la comprobación de daños, los niveles de 'artificialización' y su capacidad de adaptación ante los cambios de factores climáticos, las prognosis en función de la eliminación de subsidios energéticos y los comportamientos previsibles, etc.

De lo anterior se deduce que las actividades destinadas a conocer y evaluar los recursos naturales de un país, y su vigilancia permanente y sistemática, así como, en especial las dedicadas a conocer y comprender el comportamiento de sus ecosistemas, deberán constituir una de las preocupaciones centrales de la planificación y de la política de ciencia y tecnología.

Muchos de los diagnósticos han eludido entrar a fondo en la interpretación de las contradicciones sociedad-naturaleza que aparecen en los modos de producción predominantes en América Latina. Los enfoques que atribuyen el origen del deterioro de la naturaleza al costo natural del progreso científico y tecnológico encubren la utilización que determinadas fuerzas sociales están haciendo de ella. Los numerosos casos de aplicación de los adelantos científicos y tecnológicos en beneficio de unos pocos y en perjuicio de la mayoría no son una fatalidad que esté implícita en el progreso mismo, sino el resultado de las formas de desarrollo impulsadas por sectores y grupos en las distintas esferas de la vida social, incluso la ciencia.

La conclusión anterior es particularmente importante en el caso de los países latinoamericanos, por su condición de subdesarrollados y dependientes. En efecto, una proporción considerable de su comercio exterior se basa en la exportación de recursos naturales y la importación de los insumos que les permiten reproducir parcialmente los estilos de vida actuales de las sociedades urbano-industriales. Por lo tanto, la base de sustentación de las estrategias de industrialización, urbanización y modernización seguidas durante los últimos decenios se encuentra fundamentalmente en el capital o patrimonio de recursos naturales de estos países. Aunque el proceso de industrialización lo haya hecho olvidar, la verdad es que las princi-

pales industrias de bienes de capital de los países latinoamericanos siguen siendo sus actividades primarias de exportación; la crisis energética ha actualizado, con gran dramatismo esta situación. En efecto, el alza de los precios del petróleo, que es un insumo energético esencial para el mantenimiento y expansión del actual estilo de desarrollo, significa que una proporción considerable y creciente de los recursos de divisas obtenidos por la exportación de algunos recursos naturales tengan que ser utilizados para la importación de otro recurso natural —los hidrocarburos— con la consiguiente limitación de los recursos de divisas propios disponibles para importar los restantes bienes de consumo, capital e insumos esenciales para mantener y expandir el estilo de desarrollo. Si bien el creciente endeudamiento externo ha permitido por ahora soslayar este problema, tarde o temprano la política de desarrollo de los países latinoamericanos importadores de petróleo deberá enfrentar las disyuntivas que esta situación plantea: a corto plazo, reducir el ritmo de crecimiento económico, mantener la economía a un nivel de subocupación significativo, elevar considerablemente los precios del petróleo y sus derivados, racionar su consumo o restringir las importaciones de otros bienes de consumo, capital e insumos; a mediano y a largo plazo, aumentar las exportaciones en volumen, diversidad y valor, desarrollar fuentes alternativas de energía, y evolucionar hacia estilos tecnológicos y de organización social que dependan menos de insumos energéticos y de capital y tecnología importados, y descansen más bien en el aprovechamiento del potencial de recursos propios.

Los países exportadores de petróleo, por su parte, enfrentan ahora disyuntivas muy serias de estrategia a largo plazo. Deben partir del supuesto de que sus recursos de combustibles fósiles son limitados, y probablemente de costos crecientes. Por lo tanto, los excedentes financieros obtenidos de su explotación constituyen su oportunidad histórica para crear una capacidad productiva capaz, con el tiempo, de reemplazar esta fuente de riqueza. Una de las paradojas que esto plantea es que la amplia disponibilidad financiera, y también de petróleo a bajo costo para consumo interno, presiona en favor de una importación masiva del estilo

de desarrollo transnacional, que está basado precisamente en la disponibilidad de petróleo barato, cuando en algún momento, en el futuro, la base energética de la capacidad productiva y tecnológica adquirida tenderá inexorablemente a encarecerse y agotarse.

A corto plazo, esos países enfrentan otro problema de la mayor gravedad. La extraordinaria productividad del sector petrolero y la abundancia de disponibilidades de divisas tienden a presionar hacia el mantenimiento de un tipo de cambio, severamente sobrevaluado, y a facilitar por consiguiente una abundante afluencia de importaciones baratas, de manera que al empresario privado le resulte relativamente menos rentable invertir a largo plazo en la diversificación de las actividades productivas nacionales, en particular las agropecuarias, que en actividades especulativas y comerciales.

La crisis del petróleo ha servido para evidenciar no sólo las cuestiones relacionadas con el agotamiento y el costo creciente de los recursos naturales no renovables, sino también para reafirmar cuán importante es orientar las actividades científicas y tecnológicas hacia el aprovechamiento de los recursos renovables y el reciclaje de desechos y desperdicios. Además, ha llevado a reconocer que la energía —y por consiguiente los recursos naturales de los cuales puede obtenerse convenientemente— constituye un elemento crucial en el desarrollo. La disponibilidad abundante, barata y segura de petróleo durante los últimos decenios hizo olvidar que éste no era sólo un recurso natural más, sino uno muy especial: la savia que hacía posible la civilización urbano-industrial en su estilo contemporáneo. Como este estilo se ha ido estructurando y concentrando en un medio ambiente artificial y con la tecnología correspondiente durante varios decenios, y su funcionamiento depende del abastecimiento de petróleo, nada fácil resulta a corto y mediano plazo encontrar otras fuentes de energía. Como, por otra parte, los recursos de petróleo son limitados y los países exportadores, al tomar conciencia de este hecho, han adoptado políticas conservacionistas solidarias, el acceso a disponibilidades del petróleo limitadas, sujetas a interrupciones y a precios crecientes será una de las cuestiones centrales —si no la central— de la política internacional y de las políti-

cas nacionales a corto y largo plazo en los próximos decenios. Por consiguiente la política internacional y la planificación de la energía pasan a constituir, sin lugar a dudas, nuevas áreas de máxima importancia en todo ejercicio de planificación actual.

Otra cuestión que destaca la crisis del petróleo es la precariedad de las estrategias de desarrollo seguidas en América Latina, al basar los procesos de industrialización, urbanización y modernización en el aprovechamiento especializado de unos pocos recursos naturales con grave riesgo, además del agotamiento de los recursos no renovables de mejor calidad o del deterioro de los renovables por sobreexplotación. No puede caber duda —a la luz de los problemas actuales— que consideraciones a largo plazo y de carácter estratégico requieren que los países latinoamericanos persistan en los esfuerzos de diversificación de sus economías y de sus exportaciones, así como en negociaciones y acciones individuales y colectivas destinadas a aumentar los precios de sus exportaciones, a incrementar la proporción del valor de las exportaciones retenido localmente, y a reinvertir esos recursos con miras a un desarrollo sostenido a largo plazo.

Ahora bien, los esfuerzos para diversificar y aumentar las exportaciones no debieran hacerse sin previa consideración de los costos y riesgos ambientales implicados, comparados con los beneficios previstos. La planificación deberá preocuparse por la naturaleza de los recursos y por los efectos ecológicos y sociales respectivos, tanto a nivel nacional como local; en definitiva, de que el país mantenga y aun aumente su patrimonio de recursos naturales. No se trata de adoptar una posición conservacionista extrema, pero tampoco permitir la disipación de un patrimonio acumulado en siglos de evolución ecológica. Se trata de adoptar técnicas productivas ecológicamente adecuadas, otra orientación fundamental para la política científico-tecnológica.

Pero hasta la fecha no se ha logrado la orientación requerida. El aumento de la producción ha menoscabado con frecuencia la conservación de la naturaleza y tendido a crear en muchos casos una grave situación ecológica. Podría parecer, en consecuencia, que la incorporación de la dimensión ambiental tiende ine-

vitablemente a restringir las tareas de la producción, lo que implicaría renunciar a elevar la productividad del trabajo y a congelar el crecimiento. Nada más erróneo que poner ambas posiciones en los platillos de una misma balanza. Es indudable, además, que ésta se inclinará inexorablemente hacia el lado de la producción. Lo que realmente interesa en la incorporación de la dimensión ambiental en el desarrollo es poder plantear, en forma creadora, opciones de producción que cumplan con la función de mantener los ecosistemas y, por ende, las condiciones ambientales.

Como se ha demostrado, el deterioro de los recursos naturales puede tener graves consecuencias económicas y sociales. Los sectores marginales pobres, urbanos y rurales, sobreviven en condiciones ambientales límites; son sumamente vulnerables a la erosión, al agotamiento de los suelos, la contaminación de las aguas, las catástrofes naturales, las variaciones climáticas. Y esto se debe, en gran medida, a su limitado acceso —o falta de acceso— a la tierra urbana y rural. Las políticas destinadas a erradicar la pobreza extrema y a mejorar las condiciones de salud y vivienda no pueden dejar de reconocer estas condiciones estructurales básicas y, en particular, las formas de apropiación de los recursos. Tampoco debiera olvidarse que la distribución de los beneficios y costos ambientales es muy desigual, y que contribuye a acentuar las desigualdades sociales. El excedente generado por la explotación de la naturaleza permite construir un medio ambiente artificial, extremadamente favorable y grato para los sectores de ingresos medios y altos, y bastante precario para los sectores populares. Ello da lugar a un estado de cosas donde la preocupación ambiental de los sectores pudientes estriba en la calidad de la vida, amenazada por la contaminación atmosférica, el ruido, la congestión del tránsito, etc., mientras que las consideraciones ambientales que preocupan a los pobres: la contaminación del agua, la distancia de los lugares de trabajo, la precariedad y hacinamiento de las viviendas, etc., atentan contra su vida misma.

El deterioro de los recursos afecta igualmente al desarrollo económico: reduce la capacidad de producción y empleo, aumenta los costos de producción, genera la redundancia de

las obras de infraestructura instaladas en las regiones afectadas, reduce los ingresos de la población considerada, y constituye una de las causas más importantes de las migraciones hacia las ciudades y la frontera agropecuaria, no sólo nacional sino también internacional. En virtud de los acelerados procesos de urbanización y penetración de la frontera —generalmente en zonas susceptibles de grave daño ecológico— aquellos fenómenos migratorios y sus causas debieran constituir otra área de preocupación fundamental de las estrategias de desarrollo y de la planificación.

Mientras el crecimiento económico se daba en América Latina en una situación de abundancia de recursos de buena calidad, los recursos se desperdiciaban, malgastaban y deterioraban impunemente pues siempre podían ser reemplazados por otros; fue la fase del crecimiento 'extensivo'. Pero en la medida en que el crecimiento económico y demográfico ha ido utilizando los recursos más asequibles y de mejor calidad, se enfrenta con un proceso de costos crecientes para incorporar recursos adicionales y con la necesidad de intensificar el aprovechamiento de los recursos ya incorporados. En este punto aparecen las consideraciones ecológicas porque los nuevos recursos de frontera se deterioran con suma facilidad, dadas las tecnologías vigentes, en tanto que la intensificación del uso de los recursos también puede llevar a su deterioro.

Las políticas destinadas a conservar, mejorar y expandir los recursos naturales y su productividad, así como las que apuntan a conservar, mejorar y expandir el medio ambiente artificial y su productividad constituyen parte de la política de desarrollo, ya que lo hacen sostenible a largo plazo. Pero también pueden hacer contribuciones positivas para solucionar algunos de los problemas característicos del estilo actual de desarrollo. Los proyectos de conservación de suelos y bosques, de reforestación, de dragado y conservación de canales de riego, de mantenimiento y construcción de carreteras de penetración, en las zonas rurales; y de autoconstrucción de viviendas y equipamiento comunitario, en las urbanas, si son adecuadamente diseñados, pueden contribuir a aliviar los problemas del desempleo y subempleo, y al mismo tiempo promover la organización social

de base, el aumento de la productividad y el mejoramiento de las condiciones de vida. Esta es otra de las áreas fundamentales de preocupación para la planificación, sobre todo porque la participación social organizada al nivel local y regional es una condición fundamental para generar la presión política necesaria para lograr la asignación de recursos que permitan la satisfacción de las necesidades de esos sectores de la población.

En todos los análisis realizados se comprueba que en lo referente a las preocupaciones derivadas de la perspectiva ambiental, el libre funcionamiento de las fuerzas del mercado muestra serias deficiencias como mecanismo de desarrollo. Esto se refiere particularmente a dos aspectos: por una parte, al hecho de que el mercado es incapaz de atender las necesidades de servicios de infraestructura o de consumo colectivos, en especial para los sectores pobres; por la otra, a que el mercado tiene un horizonte de tiempo a corto plazo y tiende a la sobreexplotación de los recursos con grave riesgo para las posibilidades de desarrollo de las generaciones futuras.

El Estado y la planificación tienen, por consiguiente, en estas materias una responsabilidad fundamental. Pero para ello es imprescindible que el Estado no sea simplemente un aparato legitimador y reproductor de las fuerzas del mercado, sino, por el contrario, una institución que refleje adecuadamente los intereses a corto y a largo plazo de los sectores mayoritarios de la población. La reorientación del estilo de desarrollo hacia la satisfacción de las necesidades fundamentales de toda la población y hacia un desarrollo sostenido a largo plazo, requiere por ello ineludiblemente una amplia participación de la población en todos los niveles. Esta debe ser otra preocupación fundamental para la planificación, que tiene que ver con la organización del Estado y de la propia planificación. Y esto constituye sin duda un desafío mayúsculo. Pero las condiciones de crisis que presenta el estilo de desarrollo actual, y que probablemente se agudizarán en los próximos años, llevarán por necesidad a la adopción de medidas de política económica y social destinadas a atenuar o superar dichos problemas. En esa situación los planificadores deberían estar en condiciones de proponer so-

luciones concretas que eviten que el peso de los reajustes necesarios recaiga sobre los sectores menos favorecidos de la población, y que se efectúen a costa de la sobreexplotación de los recursos y el deterioro ambiental; deben además aprovechar al máximo y en forma creadora las oportunidades que generan los cambios tecnológicos y los precios relativos. Es indudable que los diferentes países estarán en distintas condiciones para enfrentar el desafío y aprovechar las oportunidades mencionadas, según su grado de desarrollo, su disponibilidad de recursos, su capacidad científica y tecnológica, la naturaleza de su dependencia externa, y fundamentalmente, su capacidad de acción política.

Lo expuesto no agota las lecciones y orientaciones que pueden extraerse de la introducción de la perspectiva ambiental para el análisis del desarrollo. Tampoco se pretende tal cosa en estas páginas. Pero hay un aspecto que subyace a todos los mencionados, y es de la mayor importancia. La tarea de integrar la perspectiva ambiental en la planificación no se puede lograr añadiéndola simplemente a las dimensiones económica y social. Más bien se necesita que los planificadores —y los sistemas institucionales de planificación— internalicen la conciencia de que la sociedad y la naturaleza se conforman mutuamente; para expresarlo con la sabiduría de Sir William Petty, es preciso aprender que “el trabajo es el padre y la naturaleza la madre de la riqueza”.

Se requiere un cambio de enfoque y de actitud. Para ilustrarlo con el ejemplo de los economistas, digamos que éstos trabajan, por lo general, con una concepción de la economía como un sistema cerrado de flujo circular, donde en el proceso de producción se generan ingresos por un lado y productos por el otro, que cambian de manos en el mercado, donde aquellos ingresos se gastan en la adquisición de estos bienes, y todos quedan en condiciones de iniciar otro circuito similar. Desde el punto de vista del crecimiento, lo más importante es que en la repetición de este circuito parte de los ingresos se ahorren y parte de los productos se acumulen, de modo que permitan ir expandiendo la capacidad productiva y de generación de ingresos. En su esencia, sobre esta con-

cepción se sustenta también la planificación económica.

La introducción de la perspectiva ambiental significa reconocer que ese proceso de crecimiento está condicionado por el medio biofísico local, nacional y global, tanto porque este último afecta de diversas maneras el crecimiento económico, como porque es sustancialmente afectado por él, y cada vez más a medida que avanza el proceso de desarrollo.

La introducción de la perspectiva ambiental pone en duda una serie de orientaciones derivadas de la ideología del crecimiento económico que han prevalecido durante los últimos decenios. En efecto, se tornan problemáticas:

- a) la confianza en el crecimiento económico exponencial e ilimitado;
- b) la posibilidad de sostener, a largo plazo, un estilo de desarrollo basado en buena parte en la exportación de recursos naturales a cambio de la importación del estilo característico de la civilización urbano-industrial contemporánea;
- c) la conducta orientada a acumular el máximo de bienes materiales de consumo;
- d) las ventajas de la concentración urbana;
- e) la fe indiscriminada en el progreso de la ciencia y la tecnología y su capacidad de 'artificializar' en forma irrestricta la naturaleza;
- f) la posibilidad de compatibilizar los elevados y crecientes niveles de consumo de los países industriales y de los grupos de altos ingresos de los países subdesarrollados, con la obtención de niveles de consumo similares para las grandes mayorías.

Por otra parte, la introducción de la dimensión ambiental requiere que la planificación ponga especial acento y cuidado en lo siguiente:

- a) garantizar el acceso y adecuado aprovechamiento de los recursos naturales necesarios para asegurar la satisfacción de las necesidades básicas presentes de toda la población;
- b) fomentar una adecuada utilización y reproducción de los recursos naturales que permitan sostener el desarrollo a largo plazo para asegurar la sobrevivencia y bienestar de las generaciones futuras;
- c) reorientar la actividad científica y tecnológica hacia el aprovechamiento integral de

la potencialidad del medio biofísico propio, y en especial, al uso de recursos renovables y al reciclaje de los desechos y desperdicios; esto es crucial en el caso de la energía;

d) adoptar una perspectiva integradora multidisciplinaria de los diferentes niveles y ámbitos de la planificación, incorporando particularmente el conocimiento aportado por las ciencias naturales, y las dimensiones físicas y espaciales de la planificación;

e) crear una preocupación profunda y sistemática por la forma cómo la estructura y funcionamiento de la sociedad en todas sus dimensiones, y crecientemente en lo ambiental, está siendo permanentemente influenciada por su contexto internacional; las formas de articulación con los centros dinámicos e irradiadores del estilo constituyen uno de los aspectos clave de las limitaciones y oportunidades que deben tenerse en cuenta en la búsqueda de estilos alternativos;

f) buscar permanentemente formas que permitan aumentar la participación y la organización social de los sectores populares, y maneras de descentralizar el ejercicio de la planificación, para compensar por estos medios las tendencias y estructuras concentradoras de poder que prevalecen en la economía y la sociedad;

g) realizar un esfuerzo masivo para la reeducación de toda la población, de manera tal que ésta adquiera conciencia e internalice la dimensión ambiental y los aspectos ecológicos del desarrollo,<sup>62</sup> esto es de particular importancia en la educación superior profesional, técnica y científica, porque son éstos los principales sectores que influyen en la reproducción local del estilo cultural transnacional.

Este conjunto de orientaciones y elementos tienen que plasmarse en los diferentes componentes de un sistema de planificación: en sus fines, objetivos y metas, en sus estrategias y políticas, y en su instrumental técnico. Los modelos de planificación constituyen un elemento central de este instrumental. Durante los últimos años se ha desarrollado una gran varie-

<sup>62</sup>Vicente Sánchez analiza este tema en "Papel de la educación en la interacción entre estilos de desarrollo y medio ambiente", en *Estilos de desarrollo...*, op. cit.

dad de esfuerzos de incorporación de la dimensión ambiental en modelos, y éstos responden, en su mayoría, aunque con acentos diversos, a las preocupaciones principales de los países desarrollados, especialmente los aspectos vinculados a la contaminación y a la disponibili-

dad mundial de recursos. Es preciso estimular el examen crítico de esos modelos y la elaboración de otros que reflejen en forma más adecuada las características de los diversos países de la región, con sus particulares problemas ambientales y de desarrollo.



# Comentarios sobre el artículo “La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina”

*Comentario de Aníbal Pinto\**

Al iniciar este comentario deseo afirmar, sin alarde de falsa modestia, que soy uno de los menos calificados para hacerlo porque participo de un tipo de ceguera generacional con respecto a los problemas del medio ambiente, que si bien se ha ido despejando poco a poco, ello de ninguna manera me califica para abordarlos. De todas maneras, plantearé algunos puntos de vista y llamados a la cautela con respecto a conceptos y líneas que se presentan en documentos y exposiciones sobre estos asuntos. De partida, quisiera aludir y repetir la toma de posición de Osvaldo Sunkel y Enrique Iglesias diciendo que para un economista de mi generación, como para muchos que están en los escalones siguientes, resulta casi inverosímil que durante tanto tiempo haya pasado desapercibida, sin introducirse ni siquiera tangencialmente en nuestras discusiones, esa relación vital hombre-medio o sociedad-entorno físico. Habría que confesar y reiterar con modestia, e incluso arrepentimiento, que quienes venían haciendo repicar las campanas de advertencia y alarma sobre el tema, no sólo fueron escuchados con indiferencia sino que a menudo se les consideraba como una variedad de excéntricos bien intencionados, que se preocupaban por cuestiones más o menos irrelevantes frente a las para nosotros realmente importantes. Creo que en todas las reuniones que actualmente se realizan sobre este tema, debería comenzarse por un homenaje a quienes abrieron el camino y la inquietud sobre estos asuntos, y fueron tan poco escuchados en los años pasados. Absorbidos algunos economistas por las relaciones entre clases e individuos, y otros por el fetichismo mercantil, habían dejado de lado el ‘pequeño detalle’, como habría dicho un famoso cómico mexicano, de que esos procesos tenían lugar en

un contexto finito y en persistente agotamiento o deterioro. Todo esto sin mencionar los aspectos más nobles relativos a la calidad de la vida. Como infortunadamente ocurre a menudo, y a despecho de la imagen optimista del *homo sapiens*, la reconsideración sustancial de los enfoques tradicionales sólo apareció después que el impacto y el testimonio de crisis flagrantes y amenazadoras pusieron al desnudo su miopía y su insuficiencia. Pero creo que no vale la pena ahondar sobre este asunto; lo importante es que la reconsideración crítica ha avanzado con rapidez y que está madurando y proyectándose sobre la acción una nueva e integradora perspectiva de desarrollo.

Respecto a esta integración temática quisiera hacer mis primeras reflexiones, aplicando criterios cepalinos, aunque lógicamente ellas no sean en su totalidad reflejo exacto del pensamiento de la institución. Conuerdo con Osvaldo Sunkel en que lo más importante ha sido precisamente el intento de estructurar sistemáticamente este nuevo tema dentro de algunos enfoques o contextos que son fundamentales para entenderlo y extraer de él todas las derivaciones necesarias. Y estos dos enfoques son el de la transnacionalización y el de los estilos de desarrollo. Creo oportuno señalar, porque es algo que nos ha preocupado a todos durante mucho tiempo, que en la búsqueda de un enfoque integrado ha habido un perpetuo agregar capítulos que nunca llegan a formar o a integrarse en una verdadera novela, en una obra completa. Así, hemos incorporado al medio ambiente, al empleo, a la pobreza crítica, al hábitat, a los asentamientos humanos, etc.; agregando a veces poca sustancia porque todos ellos a menudo transitan por los mismos caminos y es difícil distinguir cuál es la personalidad propia de cada uno. Estimo que ésta es la primera oportunidad en que se advierte un propósito sistemático, de articulación dentro de un conjunto, y evidentemente sería muy útil realizar

\*Ex Director de la División de Desarrollo Económico de la CEPAL. Consultor Principal de la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL.

lo mismo con los otros temas, a fin de identificarlos mejor y establecer líneas de acción más fructíferas que las que se desprenden de una visión parcial, sobre cuyas limitaciones no voy a insistir.

Respecto a aquellos dos contextos generales quisiera hacer algunas observaciones, comenzando por el de los estilos, que está más cercano a las reflexiones de la CEPAL. En este sentido, como lo afirma Sunkel, no es posible olvidar algunas contribuciones fundamentales que pertenecen a algunas personas muy ligadas a la CEPAL; desde luego, quiero mencionar a Jorge Ahumada y Oscar Varsavsky, quienes desgraciadamente ya no están con nosotros. Ellos fueron pioneros en la discusión y análisis sobre el tema de los estilos. Como todos saben, el CENDES de Venezuela —y Venezuela en este sentido merece un crédito que no puede desconocer ningún latinoamericano— por iniciativa de ambos, inició estos estudios que nosotros continuamos en la CEPAL, contando con la colaboración directa de Oscar Varsavsky.

Sin embargo, respecto a esta preocupación sobre los estilos, también me embarga el temor de que, a la postre, se convierta en otro concepto que penetra como un ventarrón y después, por uso y abuso, llega necesariamente al desuso, y resulta ser otra de aquellas categorías que se guardan piadosamente en un cajón, para ser sustituidas por otras relativamente semejantes y que parecen nuevas, pero que en el fondo poco agregan. Con el enfoque de los estilos puede suceder eso y habría que tener mucha cautela y precisión en el uso del término, junto a una gran preocupación por decantar su significado real y específico. En este aspecto, los trabajos ya realizados en la CEPAL han ido esclareciendo varios aspectos como, por ejemplo, las varias acepciones del concepto, y han abordado la categoría de sistema, y la antinomia o conflicto entre los dos sistemas competitivos y coexistentes en el mundo —capitalismo y socialismo— aunque por cierto, dentro de ellos y entre ellos, haya una serie de particularidades y de relaciones muy complejas. Asimismo, se ha aclarado el concepto de estructura, que es sumamente amplio ya que abarca desde el entorno físico hasta aspectos como las instituciones, la estructura social y la demográfica, la población activa, y otras; y, por último, el de

estilos, que vendrían a ser en cierto modo, la resultante de esos dos otros contextos, en su fusión y en su desarrollo real, los que también admiten toda clase de variedades aun dentro de los mismos sistemas y con parecidas estructuras. En este marco teórico, que no olvida la interrelación dinámica entre esas categorías, no tengo bien claro dónde se inserta el medio ambiente. Aún más, nuestros primeros trabajos han estado considerando el problema del medio ambiente, del entorno físico, como un elemento de la estructura. De hecho, en ciertas clasificaciones de los rasgos estructurales figuran aspectos sobresalientes del medio ambiente. Pero, a medida que uno se va familiarizando con los aportes de los expertos en estos temas, y que nos han abierto tantos horizontes, va quedando la impresión que probablemente el medio ambiente es una categoría de tanta importancia y significación que quizá resulte forzado ubicarla entre los llamados factores estructurales. Por ello, dilucidar cómo se incluye, jerarquiza e integra el medio ambiente en la discusión de los estilos es algo que requiere mucho trabajo y reflexión.

El segundo contexto o enfoque, la transnacionalización, también debe ser analizado con cautela y desconfianza, porque se presta a ciertas ambigüedades. Podría, como sucede a veces, identificarse con el discutido problema de las transnacionales. Evidentemente el fenómeno de las transnacionales constituye parte esencial de la cuestión, pero creo que es un problema muchísimo más amplio que el de esas empresas. En realidad, quizá sea más apropiado emplear el término de internacionalización, dentro del cual ellas constituirían un mecanismo clave. El fenómeno de la internacionalización es mucho más amplio y complejo, y por cierto contradictorio. A mi juicio, las tendencias a la internacionalización son inevitables y contradictorias, pues encierran elementos positivos y negativos. Se trata de un proceso, y perdónese la pedantería, de carácter dialéctico, que no puede ignorarse en el análisis cabal del tema. Para mostrar su complejidad sólo señalaría que la transnacionalización e internacionalización van más allá del mundo capitalista pues envuelven también a los países socialistas 'centrales', en el sentido de motores de cambio, que también van encontrando muchos proble-

mas para ensamblar sus visiones y prácticas con las situaciones reales de los países de la periferia. Bastaría recordar algunos episodios en Asia, en Africa, los conflictos chino-soviéticos, etc., que tienen mucho que ver con este proceso complejo y contradictorio de la internacionalización.

Otra preocupación que desearía plantear deriva de los antecedentes sobre el deterioro del medio ambiente. Sería fácil que un observador o lector desaprensivo se formase una visión de tipo catastrofista al observar los inconvenientes y daños que parecen invitar al rechazo o a la crítica totales. Indudablemente, el asunto es bastante más complejo pues entre la apología y el catastrofismo es de suponer que debe haber, no algunos 'términos medios', porque no se trata de colocarse en una posición ecléctica, sino una visión que integre y equilibre esos elementos disímiles. Para esclarecer el punto podría recordarse que el análisis latinoamericano de la CEPAL ha sido en lo principal crítico, constituyéndose en una especie de tábano socrático sobre el lomo latinoamericano, llamando la atención sobre las deficiencias del desarrollo, los conflictos que produce, las limitaciones que lo afectan, el desperdicio social que implica, y la desigualdad que le es inherente. Pero también es cierto que esa visión crítica no ha descuidado la apreciación de los cambios profundos y en gran medida progresivos que han ocurrido en la realidad latinoamericana. Yo diría que la visión de la CEPAL se ha regido por un cierto *optimismo crítico*. En algunas oportunidades, en ciertas coyunturas, más crítica que optimista; otras veces, un poco más optimista que crítica. Difiere así tanto de la visión apologética que solamente ve los aspectos favorables de lo que está pasando, por ejemplo; los relumbrones o excentricidades consumistas, como de aquella que, en el opuesto lado, sólo registra los aspectos negativos, que existen, por cierto, y que dan origen a la visión catastrofista. Es necesario, pues, no perder la perspectiva de aquella realidad contradictoria. Y a este respecto, nada más que a título de ilustración, querría señalar que en un sumario análisis que hemos estado haciendo sobre la situación y evolución de unos 25 indicadores vitales o básicos del desarrollo social de América Latina —nutrición, mortalidad infantil, edu-

cación, etc., relativos a todos los países de América Latina, hasta donde permiten los datos, desde mediados de los años 50 hasta mediados de los 70— no hay prácticamente un solo país donde haya habido retroceso. Esto tiene obvia importancia, tanto más cuanto que partimos del supuesto que los grupos altos y medios ya estaban en niveles más satisfactorios con relación a esos estándares sociales, y en consecuencia, los cambios tienen que haberse producido en la base y particularmente en el medio de la pirámide social. Esta realidad, que no valorizamos lo suficiente tal vez por temor a caer en lo apoloético, tampoco podemos ignorarla en el análisis latinoamericano. Y esto tiene gran importancia porque, paradójicamente, encontramos que gran parte del pensamiento crítico sobre el desarrollo latinoamericano ha sido realizado por quienes, en el fondo, desconocen aquellos avances y son hostiles a las modalidades que se adoptaron por imposición de los hechos y no por designio doctrinario, aunque haya sido importante la influencia de ideas y políticas derivadas de ese trasfondo. De este modo, aquel 'optimismo crítico' de la CEPAL ha dado armas tanto a uno como al otro extremo, derivando cada uno conclusiones antagónicas sobre la situación y perspectivas de América Latina. Tiene, pues, importancia fundamental el no perder el sentido de equilibrio respecto a los testimonios contradictorios y a los claroscuros del panorama regional.

La última observación se refiere a lo que señala Osvaldo Sunkel sobre la necesidad de orientar este debate hacia la formulación de políticas. Es evidente que han ido surgiendo proposiciones bastante claras que deben ser sistematizadas y definidas. Pero, el comentario que deseo agregar sobre este tema se basa en el hecho de que la discusión convencional sobre mercado y planificación se ha tomado obsoleta con la entrada en escena de los asuntos del medio ambiente; es de meridiana claridad que ellos no pueden ser entregados a las manos del mercado. Ninguna persona sensata, es decir, que no tenga anteojeras ideológicas demasiado negras, puede rechazar este aserto. Se trata de cuestiones complejas que requieren políticas a largo plazo que mal pueden ser resueltas por el mecanismo de mercado. Esto no significa, por cierto, descartarlo ni ignorarlo. Quienes lo ha-

cen, tienen que pagar las consecuencias, como se ha demostrado en tantas experiencias mundiales y latinoamericanas. El mercado ha jugado —y seguirá haciéndolo— un papel fundamental en cualquier economía; por cierto que en algunas más que en otras. Pero es igualmente claro que su estrabismo social y su miopía histórica hacen indispensable, ya no como una cuestión académica ni una exigencia de los tecnócratas sino que como un imperativo social, el papel de la planificación como un instrumento básico de la política económica. Ello significa también que la necesitamos para abordar todas aquellas influencias que están detrás del deterioro del medio ambiente, que deben ser reguladas para establecer mejores relaciones con el medio físico y lograr así una situación más favorable que la actual. Esta es una conclusión irre-

batible, de gran significación institucional, particularmente para los organismos ligados a las Naciones Unidas.

Finalmente, quisiera volver a mi reflexión sobre el uso, desuso y abuso de los conceptos. Si bien la emergencia de los problemas del medio ambiente significa un paso fundamental, de gran trascendencia, no es posible ocultar el temor que después de algún tiempo se diluya o desvanezca en las rutinas burocráticas. El problema es igual aquí que en el deporte: cómo mantener la intensidad del esfuerzo o del impulso. Se ha acumulado un material precioso, amplio y puesto en categorías de análisis muy fértiles, pero el problema es cómo sostener el movimiento. Cada uno de los documentos es un escalón hacia el futuro que debe ser transitado.

### *Comentario de Jorge Sábato\**

Después del exhaustivo análisis que E. Iglesias<sup>1</sup> y O. Sunkel han realizado sobre el problema global de la energía desearía ocuparme del problema parcial de la energía nuclear aunque sin entrar en detalles técnicos sobre un tema tan específico. Existe, sin embargo, un aspecto que vale la pena profundizar, porque va más allá de la energía nuclear misma, y del que pueden obtenerse enseñanzas valiosas para el tema central del medio ambiente. Debo confesar que el problema que más me preocupa con relación a la crisis energética no es tanto la crisis misma, sobre cuya gravedad no cabe discusión alguna, sino la posibilidad de que podamos confundirnos acerca de sus causas y sus consecuencias y, en particular, su 'impacto' sobre la realidad de los países del Tercer Mundo. Es tan fuerte el ruido producido a su alrededor que a veces temo que entremos en una suerte de histeria intelectual que nos impida distinguir la realidad de la ficción, y terminemos por confundirnos respecto a quienes ganan y quienes pierden en este juego geopolítico. Creo que la herramienta más importante para afron-

tar esta crisis es nuestra propia capacidad intelectual, porque se trata de una suerte de campo minado, sembrado de mentiras y verdades a medias, generadas por intereses muy poderosos; muchos estudios que se presentan como objetivos y científicos en rigor no son otra cosa que velos ideológicos y semánticos destinados a engañarnos o, por lo menos, a confundirnos.

En tal sentido, el caso de la energía nuclear es un modelo de lo que ocurre cuando, sin ninguna capacidad crítica, se admiten verdades que no son tales y simplemente se sigue la moda del momento. Es un tema donde los velos semánticos han cumplido a la maravilla su función de ocultar la realidad o presentarla con aquellas deformaciones más convenientes para quienes han buscado obtener ventajas de toda índole. Trataré de presentar algunos de esos velos y mostrar sus efectos más perniciosos, con el objeto de contribuir a develar ciertos aspectos centrales del problema energético global.

El primer ejemplo es el de los beneficios y perjuicios de la energía nuclear utilizada en la generación de energía eléctrica. Como es sabido, hemos pasado de la creencia de que la energía nuclear era la última maravilla, la respuesta final a todos los problemas energéticos, a la de que es una trampa llena de peligros mortíferos, tanto para nosotros como para nues-

\*Fellow del Woodrow Wilson Center (Estados Unidos). Miembro de la Fundación Bariloche (Argentina).

<sup>1</sup>E. Iglesias, "El desafío energético", en *Revista de la CEPAL* N.º 10, abril de 1980.

tros descendientes. Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta hace pocos años se tenía la convicción de que la energía nuclear era *cheaper, better and brighter* y que su futuro era casi mágico, ya que a los reactores actuales les seguirían los reactores regeneradores (*breeders*), que generarían más combustibles que el que quemaban, que darían lugar a los reactores a fusión que utilizarían para funcionar el hidrógeno del agua de mar, un combustible prácticamente inagotable. Y, por supuesto, todos nos deslumbramos con este espectacular Eldorado; sobre sus peligros poco o nada se decía porque, aunque existieran, los avances científico-técnicos muy pronto los superarían.

Pero esa idea se ha derrumbado y ahora se afirma que los peligros de la energía nuclear son tan tremendos que exceden largamente a sus dudosos beneficios, por lo que resultaría una disparatada insensatez continuar instalando reactores nucleares. Se sugiere que debiera declararse una moratoria mundial, abandonar todos los programas en marcha y aplicar esos mismos recursos a las que serían energías más 'sanas', como la solar, la eólica, la biomasa, la geotérmica, la de las mareas, etc.

¿Qué debemos hacer en el Tercer Mundo ante este dilema? En primer lugar, aprender la lección de lo que nos ocurrió con la primera idea, para no repetirla; en aquella oportunidad la mayoría de nuestros países simplemente la aceptó sin análisis crítico y sin reflexión propia. Creímos casi ciegamente —no en todos los casos, es cierto, pero sí en la gran mayoría— en lo que afirmaban los países desarrollados. Ahora estamos ante un peligro similar: que nos contagie la nueva 'moda' y dejemos de lado todo lo que se refiere a la energía nuclear ... hasta que ella recobre el primer plano, y así sucesivamente.

Ese no es el camino a seguir, ni en éste ni en otros problemas. Es el ejercicio de nuestra propia capacidad intelectual, el análisis realizado desde nuestra propia perspectiva y atendiendo a nuestros propios intereses, el que puede guiarnos en este complejo laberinto. Es evidente que podríamos equivocarnos, pero es tiempo ya que seamos por lo menos dueños de nuestros propios errores y no eternas víctimas de los errores inducidos o impuestos por otros.

Por ello deseo comentar las ideas actuales sobre energía nuclear.

Comencemos por reconocer que la energía nuclear es ciertamente peligrosa; posiblemente la más peligrosa entre todas las conocidas, y que quedan aún sin resolver problemas tan serios como el de los desechos radiactivos provenientes de la explotación de las centrales nucleares, el del efecto genético de bajas dosis de radiación, etc. Pero, ¿es que esos peligros serán suficientes para que la Humanidad descarte para siempre la energía nuclear? o en términos más perentorios: ¿es que los países centrales están dispuestos a abandonar la vía nuclear?

Observemos en primer lugar que hace ya 35 años que el mundo entero vive sumergido en energía nuclear, y en su forma más peligrosa: el armamento nuclear. En todo el mundo existen bombas y proyectiles nucleares, sea directamente en bases e instalaciones fijas, sea transportados por aviones (que vuelan literalmente sobre todos los países del planeta), por submarinos (que navegan por todos los mares sin pedir permiso a nadie), por satélites artificiales, y también por camiones, vagones ferroviarios y barcos cuando se los transporta de las fábricas a los cuarteles y bases, y de éstos a los depósitos. Por ejemplo, basta pensar que en Europa hay algunos miles de cabezas nucleares instaladas por doquier; esas cabezas deben ser transportadas permanentemente de un lugar a otro, no sólo por razones tácticas o estratégicas, sino por la simple razón de que anualmente deben ser reemplazadas por nuevos modelos, lo que significa transportar éstos donde están los viejos y a su vez éstos a los depósitos de armamentos obsoletos. Esto significa que a diario, por autopistas, carreteras, caminos vecinales y ramales ferroviarios una buena cantidad de armas nucleares recorre Europa, tanto la occidental como la socialista. Suele ocurrir que en el mismo momento en que una enérgica manifestación popular protesta en algún lugar de Europa por la próxima instalación de una usina nuclear para producir energía eléctrica, algún camión o tren está pasando por ese mismo lugar transportando algunas bombas con mucho mayor poder destructivo actual que el peligro potencial de la proyectada usina.

Un ejemplo igualmente paradójico es el que ocurre actualmente en Estados Unidos con

la moratoria en materia de plutonio. Como es sabido, ese país ha suspendido su programa de reactores 'breeders' y, en consecuencia, la separación de plutonio destinado a esos reactores. Pero, en modo alguno, ha suspendido la separación de plutonio destinado a la fabricación de bombas, hecho que se ignora cuando se habla del tema; mucha gente en Estados Unidos está satisfecha con la moratoria de plutonio, ¡pero se olvida por completo que la producción militar continúa realizándose durante las 24 horas, todos los días de la semana y en muchas fábricas!

La conclusión es evidente: mientras ahora se describen con mucho realismo los peligros que pueden resultar del funcionamiento de usinas nucleares, se calla todo lo que se refiere a los peligros derivados no ya del uso, sino aun de la fabricación y despliegue de armas nucleares. Los países poseedores de armas nucleares han logrado un formidable éxito propagandístico al acostumbrar a toda la humanidad a 'vivir con la bomba' como si se tratase simplemente de un explosivo más, sólo un poquito más fuerte. Si hacemos bien en preocuparnos por las usinas nucleares, no olvidemos jamás los armamentos, porque en caso contrario estaremos ayudando a silenciar un peligro mucho más grave y defendiendo implícitamente a quienes poseen las bombas. Por eso mismo si denunciáramos el primer peligro, no sólo no olvidemos el otro, sino denunciémoslo con mucho mayor energía, con una voz más angustiada. ¡Que la amenaza de las usinas no sea usada como velo para ocultar una mucho mayor!

Y en relación con armas nucleares deseo hacer alguna referencia a los acuerdos SALT, que también contribuyen a enmascarar la realidad. Como es sabido, estos acuerdos son presentados al mundo como esfuerzos serios de *desarme* nuclear por parte de los Estados Unidos y la URSS. Así, el SALT I —firmado hace algunos años— *limitó* el tipo y número de armas estratégicas por parte de ambas potencias. El SALT II —aún no ratificado por el Congreso de los Estados Unidos— fija nuevas *limitaciones* respecto a las armas que podrían ser desarrolladas y desplegadas (*deployed*) por ellas. Presentadas así las cosas, parece cierto que se trata de un esfuerzo en favor del desarme. Sin embargo, no es así, pues ambos tratados SALT

dejan a las dos potencias en condiciones de destruir el planeta entero. Cuando se firmó el SALT I, el potencial nuclear de Estados Unidos le permitía destruir unas 20 veces todas las ciudades grandes de la URSS; el potencial de la URSS permitía hacer lo mismo sobre las grandes ciudades del bloque occidental, pero *apenas* unas 5 veces. Entonces, y en medio de discursos retóricos, se firmó el SALT I. Después de varios años de vigencia, la situación actual es la siguiente: el potencial nuclear de Estados Unidos le permite destruir no ya 20 veces cada una de las ciudades, sino 145 veces, mientras que la URSS ha pasado de poder destruir 5 veces cada ciudad de occidente a poder destruirlas unas 120 veces. O sea que el SALT I no sólo nada hizo por el desarme nuclear, sino que *aumentó* el potencial mortífero de cada una de las superpotencias. Y, créase o no, el argumento de los defensores del SALT I es que si no hubiese sido por él, el potencial bélico hubiese sido aún mucho mayor que el que ha llegado a ser; ¡como si no fuese suficiente matar 145 veces a alguien para que éste esté muerto! Y desafortunadamente el nuevo SALT tendrá un efecto semejante al anterior, pues aumentará el potencial nuclear, haciéndolo aún más formidable. Pero entonces, algún ingenuo podrá preguntarse ¿para qué sirven estos tratados? Por un lado, para optimizar la inversión en armamentos, impidiendo que una carrera desenfrenada provoque la ruina económica de ambas potencias. Por otro, para hacer creer a la opinión pública —en primer lugar a la de sus propios países— que están haciendo *algo* en favor del desarme que todos, angustiosamente, anhelamos.

Otro velo que debe descorrerse es el de la gran campaña contra la proliferación nuclear. Por supuesto que nadie en su sano juicio puede desear que la proliferación nuclear continúe, pero debe entenderse bien cuál es el objetivo de esa campaña. En primer lugar, conviene aclarar que hay dos clases de proliferación: la horizontal, que se refiere a que *nuevos* países *puedan llegar* a tener armamento nuclear —por ejemplo, la India en 1974— y la vertical, relativa al *aumento* de dicho armamento en los países que ya lo poseen, como en el caso de la incorporación de la bomba neutrónica al arsenal nuclear de los Estados Unidos. No cabe

duda que sería prioritario detener con mayor urgencia la proliferación vertical, pero la que recibe una atención casi exclusiva es la horizontal, que ocupa el lugar central en toda reunión sobre el problema de la proliferación. La propaganda ha sido tan hábil que ha logrado concentrar todas las preocupaciones sobre la horizontal, que es potencial, y relegado a segundo plano a la que realmente existe. Por cierto, la proliferación horizontal encierra grandes peligros potenciales, pero los de la vertical son actuales y concretos. Cada vez que asisto a una reunión internacional cuyo tema es la proliferación horizontal —cubriendo con un piadoso silencio la proliferación vertical— y escucho a los representantes de los países que poseen armamentos nucleares discutir con todo detalle qué hacer para que algún nuevo país no llegue a tener la bomba atómica (como ocurre actualmente con Pakistán, por ejemplo), me da la impresión de que estuviese asistiendo a un congreso de todas las cortesanas convocado para discutir *'ways and means'* que eviten que una monjita en Zaragoza pierda su virginidad...

Creo que el verdadero objetivo de la campaña contra la proliferación horizontal consiste en asegurar que las dos superpotencias continúen conservando el control de la tecnología nuclear, no sólo la que sirve a propósitos militares, sino, y sobre todo, la que sirve para producir energía. Conviene recordar que la pieza vital para asegurar el control autónomo de la energía nuclear utilizada en la producción de energía eléctrica es el manejo del ciclo del combustible, desde el uranio que está en las minas hasta los desechos radiactivos. Todo país mediano que procure utilizar energía nuclear —sea Brasil, Argentina, Chile, México, España, Checoslovaquia, Polonia, etc.— tratará por todos los medios de asegurarse el control del ciclo del combustible; de lo contrario, su producción de energía eléctrica a partir de reactores nucleares dependería de quien le suministrase el combustible y la tecnología para su correcta utilización. No debe extrañar, entonces, que la política nuclear de esos países se articule alrededor de esa pieza vital, el manejo autónomo del ciclo del combustible. Y la política de no proliferación de las superpotencias consiste, por el contrario, en evitar que otros países alcancen esa autonomía, para mantener-

los dependientes en el campo nuclear. En el caso de la Unión Soviética, esta política se ejerce de manera estricta: si un país adquiere un reactor de potencia en la URSS, deberá aceptar que el combustible sea manufacturado en la URSS, instalado como unidad sellada —que no podrá ser manipulado por el país receptor— y devuelto a la URSS una vez utilizado, para que allá sea reprocesado. En suma, la URSS mantiene el control completo del combustible, condición *sine qua non* para que ella venda la instalación nuclear.

En el caso de los Estados Unidos, la situación es diferente, aunque el objetivo final sea el mismo. Hasta hace muy poco, un país que compraba un reactor en Estados Unidos podía alcanzar un grado aceptable de autonomía en el manejo del combustible, pero esa situación cambió radicalmente como consecuencia de una ley, que justamente se llama *'Non Proliferation Nuclear Policy Act'*, aprobada en 1978. Según esa ley, y con el pretexto de evitar la proliferación nuclear, Estados Unidos no venderá instalaciones ni tecnología que posibiliten que el comprador logre obtener el manejo autónomo del ciclo de combustible.

En síntesis, hasta ahora la política de no proliferación de las grandes potencias no ha impedido la proliferación horizontal ni mucho menos la proliferación vertical, que continúan tan rozagantes como siempre, pero en cambio ha puesto toda clase de trabas al desarrollo autónomo de la tecnología nuclear y se ha opuesto tenazmente a los programas nucleares de países del Tercer Mundo destinados a la producción de energía, como la decisión del Brasil de establecer instalaciones para enriquecer uranio y procesar combustibles, la instalación en Tarapur, India, y la decisión argentina de instalar una planta de agua pesada. En este sentido, debe recordarse que Estados Unidos y la URSS han organizado un verdadero *'cartel'* para controlar la exportación de tecnología e instalaciones nucleares —denominado elegantemente Club de Londres—, al que pertenecen unos 15 países industrializados tanto de Occidente como del bloque socialista.

Ahora bien, ¿qué está pasando en los países industrializados en estos momentos de vigencia plena de la moda contra la energía nuclear? La respuesta es sorprendente: con la ex-

cepción de los Estados Unidos, y en mucho menor medida Alemania Occidental, los demás países industrializados, tanto occidentales como socialistas, siguen embarcados en formidables programas de instalación de centrales nucleares. Se destacan en particular los agresivos programas de Francia y de la URSS; esta última no sólo está instalando centrales en todo su territorio y en el de sus aliados directos—incluyendo Cuba—, sino que se ha lanzado a exportar a países como Finlandia, Filipinas, Turquía, Libia, etc. Según el gobierno soviético, la energía nuclear no ofrece ningún peligro que no pueda ser controlado, y por el contrario es la mejor solución a la provisión de energía eléctrica. Además, han construido una ciudad—*Atommach*— dedicada exclusivamente a la construcción en serie de componentes para centrales nucleares, que se constituirá en la instalación nuclear industrial más grande del mundo. Alemania Occidental, que ha encontrado dificultades en su opinión pública para continuar su programa nuclear con la misma intensidad anterior, se ha convertido en uno de los principales exportadores, como lo atestiguan sus grandes contratos con Brasil y Argentina. Canadá continúa instalando centrales en su territorio y también exportando, mientras que Inglaterra ha vuelto a intensificar su programa interno, España está instalando una veintena de centrales, etc.

El caso de Estados Unidos es peculiar, pues su programa interno de instalación de nuevas centrales nucleares está prácticamente paralizado, así también como la exportación; pese a ello, continúa instalando centrales, de acuerdo con un programa anterior que le permitirá continuar a la cabeza—por algunos años, al menos— de los países generadores de energía eléctrica de fuente nuclear. Su programa bélico, claro está, no sólo no ha disminuido, sino que se ha intensificado y sus programas de investigación en generadores 'breeders' y a fusión continúan teniendo los mayores presupuestos en el mundo entero. Mi opinión personal es que la política actual de los Estados Uni-

dos cambiará en poco tiempo y volverá a impulsar un programa nuclear de producción de energía eléctrica de gran envergadura.

En todo caso, la evidencia muestra que pese a todos sus peligros actuales y potenciales, la energía nuclear seguirá con nosotros por muchos años, a menos que se produzca una gran catástrofe. Los países industrializados no pueden renunciar a ella, porque no tienen ninguna otra fuente alternativa a corto plazo, y de manera alguna aceptarán reducir su actual nivel de vida para acomodarse a una situación de energía escasa y cara. Pero si la energía nuclear no será abandonada por ellos, tarde o temprano llegará a nuestros países, como ya lo ha hecho y lo está haciendo en unos cuantos.

Por todo ello, es importante que los países del Tercer Mundo no se dejen seducir por la nueva 'moda' y crean que deba dejarse de lado la energía nuclear; de lo contrario, cuando ella reaparezca, no estarán en condiciones de aprovecharla de manera autónoma y deberán entregarse atados de pies y manos a los países centrales, como lo hicieron en el pasado con otras fuentes de energía y capacidades tecnológicas. Por ello, si no descorremos los velos que ocultan buena parte de la realidad, podemos caer en una trampa de la que nos será muy difícil salir; la sugerencia obvia consiste en mantener los ojos bien abiertos y utilizar nuestra propia capacidad de análisis para entender claramente qué está ocurriendo en la compleja esfera de la energía nuclear.

Las recomendaciones de los centros, en éste como en otros campos, ya no tienen la coherencia ni la fuerza ideológica que tuvieron en el pasado. Muchos sucesos de los años recientes han puesto de manifiesto que verdades sacralizadas en economía, política, cultura, etc., demostraron ser pseudoverdades que nos habían sido impuestas, a veces por la fuerza, pero mucho más a través de un continuo y concienzudo 'lavado de cerebro'. En estas circunstancias lo que tenemos que encarar, sin miedos ni complejos, es la tarea más ardua: mirar la realidad con nuestros propios ojos.

### *Comentario de Gabriel Valdés S.\**

Quienes por función debemos asistir a reuniones, congresos y seminarios, sabemos cuánto desgaste ha padecido el lenguaje, cuán romos se han tornado los conceptos, cuán peligrosas se consideran las aristas del pensamiento creador, cuán sectorializados se han vuelto la reflexión y el análisis, qué poca preocupación hay por los seres humanos y cuánta desesperación por tener cosas.

Uno de los grandes problemas en las últimas décadas ha sido la especialización en materia de ciencia y de tecnología. El mal contagió también a las Naciones Unidas, donde una conspiración tácita de burócratas y gobiernos persiguió la pretensión de coger cada ciencia y cada actividad, meterla dentro de una nueva institución, inventar una sigla, poner a su cargo un director general, nombrar una serie de funcionarios, convencidos de que agregar esa misión parcial a las numerosas instituciones existentes puede conducir a una solución general del problema del hombre y la sociedad. En cambio, y como con razón sostuvo Aníbal Pinto, aquí se hizo un intento muy original al no añadir un elemento más al ya complejo, y por momentos confuso concepto del desarrollo. Del crecimiento económico, tan fácilmente medible, se pasó a la concepción del desarrollo; después se trató de darle más profundidad cuando al desarrollo se le agregó una clara dimensión social en todas las direcciones. En este proceso de comprensión conceptual telescópica, que es un mérito indudable de CEPAL, se trata ahora de considerar el desarrollo desde el punto de vista del medio ambiente. Estimo que es una manera inteligente, noble, humana, y diría además muy latinoamericana, de buscar soluciones más integrales a los problemas de las sociedades contemporáneas. No es éste un procedimiento sajón y tiene sus peligros. Aquí se está buscando algo que Kalman Silvert habría dicho que constituye una forma católica de pensar; vale decir, de buscar cómo aproximarse primero a ciertos principios para intentar abarcar todos los hechos. Si éstos se escapan, peor para ellos; el dogma se sostiene. Peligroso es caer en

esta tentación, pero la CEPAL esta vez pudo resistirla. De los documentos que ha elaborado sobre el tema, pocos hechos escaparon y creo que en esto consiste la originalidad del planteamiento. Además, es original, porque el tema del medio ambiente para el común de los mortales tiene siempre el acento puesto en el entorno físico que fue la idea-fuerza de la Conferencia de Estocolmo. Esta línea, que algunos divulgadores llevaron a su paroxismo con la concepción de los límites del crecimiento, generó una visión catastrofista relacionada con el agotamiento físico final, con el aumento de la aridez de la tierra frente a la demanda avasalladora de las multitudes agobiadas por el hambre y la pobreza y que quieren vivir como los demás y gozar de los bienes de esta civilización transnacionalizada.

El problema que tenía que recogerse era sobre todo el de los pobres, ya que se trataba de demostrar que si los habitantes de la India alcanzaran a consumir un 30% de lo consumido en los Estados Unidos o en Europa, realmente no habría materias primas, tierra o energía que alcanzase para los indios, ni para los americanos ni para los europeos. De este modo, si no se hacía una crítica a fondo de la civilización, parecería que fuese mejor que los americanos y europeos conservaran lo que tenían, ya que si los indios aguardaron tanto tiempo sin rebelarse, deberían contentarse con "otro desarrollo" y tecnologías intermedias. Como reacción se propuso el crecimiento "0", una actitud evasiva frente al problema. Es entonces cuando el desarrollo comienza a verse desde el punto de vista del ser humano como tal.

¿Cuál es la vinculación existente entre el medio ambiente y el ser humano, entre la sociedad y su entorno? Si se llegan a entender los conceptos de medio ambiente y de desarrollo como un proceso dialéctico entre el hombre y la sociedad, entre la sociedad y la naturaleza, y viceversa, realmente se estará entrando a fondo en el análisis de la civilización. A menudo, más que analizar ese medio ambiente, se realiza una descripción de la crisis de la civilización que estamos viviendo. Sin ser catastrofista, nos parece evidente que una cierta civilización empieza a dar muestras de fatiga; y ésta se advierte

\*Director Regional del PNUD.

más claramente cuando se vive en los centros que en la periferia, porque en ésta aún se goza de cierta abundancia humana; aunque no haya riqueza material, se disfruta más del aire, del espacio, se gusta incluso, diría, más de la amistad y de las cosas naturales de la vida que en el centro, donde esos valores supremos de la vida parece que se marchitaran, ya que permanentemente deben hacerse muchas cosas muy importantes que tienen cada vez menos importancia. Hay un cansancio, un cierto agotamiento en la velocidad y en el rumbo de esta civilización, que además recibe en este momento un golpe en la cerviz: la crisis del petróleo sobre el cual se galopaba confiadamente.

Es indudable que hay una cierta pérdida de velocidad y de rumbo. Estos hechos también se perciben claramente en América Latina, porque hay aquí una más intensa sustracción de recursos, una mayor deformación de las sociedades y una mayor dicotomía social derivada de ese choque entre lo moderno, que llega de afuera y adquiere la velocidad y el ritmo de la máquina, y la sociedad tradicional que sigue sujetándose a sus valores y a sus estructuras; esta dicotomía, que fractura la vida social, rompe el necesario consenso político, y reemplaza todo por el llamado orden, de tan efímera e impuesta vigencia como de discutida eficacia.

Tal vez estamos presenciando el proceso de una ruptura de la civilización. Algún historiador quizás podrá decirnos en el futuro si el consumismo es no solamente una manifestación de una crisis del capitalismo en su expresión más alta, sino también de una crisis de todo el sistema de relaciones internacionales. Personalmente no creo que el socialismo haya resuelto ese problema ni en los países del centro ni en los países periféricos. El consumismo se da allí en otras dimensiones, tal vez, con otras características, pero no han encontrado otros objetivos; aunque la velocidad sea distinta, la dirección es la misma, porque no se han concebido otras soluciones más allá de las materiales.

La gravedad del fenómeno es tan evidente, que hay una denuncia al consumismo y un llamado a reformar las estructuras y no sólo el estilo, sino el sentido y la dirección del desarrollo; hay un llamado en términos relativamente parecidos expresado por muchos pensadores y desde diferentes posiciones. En un mismo mes

tres personalidades distintas han planteado el mismo tema. En Naciones Unidas, tanto el Papa Juan Pablo II como el Presidente Fidel Castro, han revelado una sorprendente actitud crítica ante la situación. Reflexionando sobre sus intervenciones puede advertirse que ambos coinciden en la denuncia de lo existente y en las razones que tienen para hacerlo; y esto habría sido increíble 5 ó 10 años atrás. Leyendo el discurso pronunciado recientemente por R. McNamara, Presidente del Banco Mundial, en Belgrado, advertimos que tanto su contexto como sus palabras finales también son una denuncia de estos fenómenos. McNamara llega a decir que si no hay cambios estructurales de magnitudes inmensas —son palabras textuales—, no habrá ningún cambio significativo en lo que describe como hechos sombríos y negativos en todos los aspectos.

Ninguna duda cabe acerca del gran significado que tiene la vinculación entre el medio ambiente y el ser humano, entre la sociedad y su entorno. Hay factores de concentración en el interior de las sociedades y de dependencia de las sociedades hacia fuerzas externas, hay pérdida de la vida misma en la tierra, pero también hay pérdida del aprovechamiento de la vida del ser humano tal como éste debería vivirla. Estamos todos en favor de la autonomía; propiciamos el mayor grado de autonomía de nuestras sociedades, pero, al mismo tiempo, se acrecienta la participación de nuestras economías y de nuestras sociedades en el mundo, pero rechazamos la imposición externa por dignidad, como también por razones prácticas, culturales y ecológicas.

El fenómeno de la transnacionalización se ha sobreimpuesto al de la internacionalización; y no es éste sólo un asunto semántico. Lo transnacional se ha considerado sólo como una expresión de la actividad de las empresas, mientras que lo internacional se asocia a la interacción entre los Estados. Lo que sucede es que los Estados concebidos como entes absolutos se están disolviendo. Creo que dentro de 20 ó 30 años en el mundo transnacional de la tecnología, la ciencia, la cultura, las finanzas, las ideologías, la información y la preocupación por los derechos humanos, el concepto de Estado soberano va a perder entidad y poder desde el punto de vista internacional y sucumbirá an-

te el hecho transnacional. Lo transnacional va ganando terreno rápidamente; en la prensa se leen declaraciones de personajes que manifiestan no interesarles los embajadores si se tienen buenas relaciones con los banqueros internacionales. Esta es una realidad. Los ministerios de Relaciones Exteriores, que representan la tradición del Estado soberano, pasan a ser instrumentos del siglo XIX, con solemnidad decorativa y necesaria, pero menos esenciales, porque hay otros instrumentos reales, más eficaces y silenciosos, como son los manejados por los entes financieros y de información. Así como se ha hablado de la democracia formal y de la democracia real, debe admitirse que hay un mundo formal y un mundo real. Ese mundo real existe no por maldad de algunos ejecutivos ni de los flujos financieros, sino que deriva del propio dinamismo de la transnacionalización que está comenzando a actuar con mucha fuerza. Lo curioso es que se acepta la transnacionalización de las empresas, de las finanzas y de la información, pero se rechaza la referente a los derechos básicos. En esta transnacionalización, que se debe considerar con mucha tranquilidad, con frialdad, debe saberse distinguir qué vale la pena conservar como propio y qué debe incorporarse como parte de un acervo de avance real, que corresponde al progreso que el hombre va acumulando como parte de su creación.

Existe un sentimiento inicial de rechazo por aquellos bienes que parecen atentar contra las costumbres o la cultura. Se les rechaza inicialmente, pero al final se imponen, porque es mejor utilizar los instrumentos que las manos, como es mejor que el mundo tenga radios a transistores y televisión. Lo que importa es la idea o la imagen, y no el instrumento. ¿Cómo distinguir aquello que destruye lo que es original y propio de la cultura, aquello que es la marca característica de un ser humano, de aquello otro que es externo, instrumental y no afecta la sustancia, sino que la realza y distribuye? Las sociedades se parecen a las personas; saben qué es lo que destruye al hombre o qué es lo que hace que el hombre se libere, cuáles son los avances de la humanidad, la creatividad científica y tecnológica que impulsa hacia más altos niveles de libertad y qué es lo que destruye.

Esta problemática de contenido cultural y ético está directamente vinculada con el medio ambiente; si no se aclarase esta cuestión, estaríamos en una duda mortal. No podemos aislarnos para construir nuestra América o nuestros países como quisiéramos, según nuestras propias fuerzas y nuestra propia utopía. No podemos aislarnos, porque quienes trataron de aislarse —y hemos visto casos muy dramáticos— tuvieron que hacer sacrificios heroicos para terminar cediendo lenta y costosamente. En última instancia se llama al Fondo Monetario. ¿Qué es lo esencial para ser persona en una sociedad civilizada? ¿Qué es lo esencial para ser nación? ¿Qué es lo esencial para ser sociedad nacional o local? ¿Qué es lo que se puede recibir y se puede asimilar sin dejar de ser lo que se es? Formulo estas preguntas, cuya respuesta no aparece clara todavía, porque hay que establecer una relación equilibrada entre dependencia y problemas ecológicos.

Sobre esta materia me referiré a dos elementos: uno es el de la planificación y el otro el de las políticas económicas. Desde mi punto de vista, la planificación, o sea, la imagen de la organización de los elementos que conducirán a un futuro deseado, desgraciadamente ha perdido su significado; hoy tiene menos vigencia, obliga menos en el mundo y en América. En esta disciplina se ha retrocedido, se está trabajando más al día, los problemas son todos urgentes: la presión social, las tensiones políticas, los cambios en los precios de las materias primas, la inflación, la crisis energética, el endeudamiento externo, son todos fenómenos que inducen a nuestras sociedades a trabajar con menos confianza, sin visión de futuro. Se aguarda una solución del mercado, porque la economía siempre tiene una mano invisible que, accionada por quienes tienen, más tarde distribuirá prudentemente a quienes no tienen y esperan.

Nuestro continente, tan joven, ha pasado a ser un continente de mentalidad y modelos viejos. El continente de la esperanza, carece de un objetivo político y en él ya no se planifica. La crisis energética constituye una tremenda acusación a la economía de mercado y a la falta de planificación. Planificar no es sólo manifestar confianza en el futuro con una visión política para que dentro de ciertos márgenes realis-

tas las sociedades puedan realizar determinados objetivos colectivos, sino también vencer las deformaciones de la domesticidad en que hemos caído y la forma simple y automática de dependencia externa que está muy bien representada por el concepto del mercado como el gran regulador del bien y del mal, de la libertad y del derecho. La libertad de mercado entre desiguales genera necesariamente el abuso y la dependencia. Creo que debe repensarse la planificación como una forma de movilizar las enormes energías escondidas en nuestra geografía, en nuestra biología, en nuestra ecología, en nuestra cultura, utilizando como palanca la voluntad de la sociedad de ser más autónoma y de poder distinguir qué es lo propio y qué es lo ajeno. La planificación adquiriría así una nueva dimensión y juzgo que un aporte fundamental consistiría en incorporar la dimensión del medio ambiente dentro del núcleo mismo de la planificación.

El otro elemento son las llamadas políticas económicas. Toda vez que se habla de las políticas, se alude a las que tienden a corregir el desequilibrio del balance de pagos o de las políticas para incrementar la inversión o atacar la inflación. Todas ellas son importantes, sin duda, pero todas son adjetivas. Por lo general, se usan en cualquier contexto; son tomadas como instrumentos independientes, carentes de ideas que las integren en finalidades globales.

Con perdón de los economistas, a quienes respeto, y de la ciencia económica, que admiro, creo que muchos de ellos actúan como cirujanos, llamados para operar cualquier cliente y en cualquiera condición. Ha sido corriente que se enamoraran del arte y lo vaciaran de su contenido social y ético. Cuando trabajan en el sentido de "mejorar la situación económica" están trabajando en realidad en una determinada dirección social y política que alguien siempre está predestinando, porque no hay neutralidad en economía, ya que no es ésta una ciencia exacta, sino una ciencia social. Todas las tecnologías, como las políticas económicas, son comprometidas, sirven a ciertos intereses, responden a un ideario y producen determinados efectos. Pero esos efectos escapan muy corrientemente a los economistas, quienes hasta lle-

gan a decir que no son de su incumbencia. Trabajan con un hombre teórico, sin cara y sin alma. Y es éste uno de los grandes desequilibrios entre la concepción teórica y la operación política del desarrollo. Si se tiene en cuenta realmente un concepto equilibrado de la relación entre el hombre y su medio ambiente, se deberá tomar en cuenta la defensa del medio y para ello no basta la defensa de la ecología en el sentido clásico. No sólo se trata de evitar que la tierra siga erosionándose, que los bosques se sigan talando, sino que se trata de algo muchísimo más importante y es que el hombre vuelva a estar en equilibrio; porque el hombre viene de la naturaleza y va a la naturaleza, es una parte de la energía vital de la tierra y su ruptura con la tierra lo daña psicológicamente, así como daña la estructura de la sociedad y la llega a corromper, como lo estamos viendo en tantos países donde los equilibrios físicos o sociales están trastornados. Repensar el objetivo de la planificación y el diseño de las políticas económicas incorporándoles una nueva dimensión humana y ecológica, tiene una importancia fundamental si queremos hacer intentos realmente serios en América Latina para enderezar con eficacia social el proceso del desarrollo. ¿Qué objetivo más real que volver el hombre a la tierra? No volver a la época pastoril, sino volver al diálogo racional entre lo que es el hombre y aquello que lo rodea, y entonces, sí formarse una concepción mucho más clara de lo que importa, buscar la mayor capacidad de desarrollo para el hombre y la mujer, y el mayor ingreso posible en función de la capacidad que la nación tenga.

Falta tal vez un estudio sobre el entorno del ser humano, la sustancia cultural de las sociedades, algo así como el resumen esencial, el alma del proceso, la razón de ser de las sociedades, porque es esa sustancia la que hace la historia, construye el presente y forja la ilusión del futuro. Las dimensiones económica, social y política, reclaman la dimensión cultural como el alma que crece hasta que adquiere su forma. Y cuando nos referimos a la relación entre el hombre y su entorno, normalmente tratamos las características externas de las sociedades, pero no los valores culturales.

## Comentario de Jorge Wilhelm\*

"Povo gosta de luxo. Quem gosta da pobreza são os intelectuais"

Joaozinho Trinta, dirigente de la escuela de samba Beijaflor.

"¡Es sorprendente!" —exclamó Aníbal Pinto, prestigioso economista de la CEPAL—, "realmente sorprendente que durante décadas nosotros, los economistas, hayamos logrado elaborar tantas teorías y tesis sobre el desarrollo de América Latina sin tomar en cuenta la variable física: los recursos naturales y la concentración urbana."

Sin embargo, el sesgo sectorial no fue una exclusividad de los economistas de la CEPAL. En todo el mundo los economistas, planificadores y políticos presas del vértigo hacia un consumismo creciente y sin fin, manipulaban estadísticas y elaboraban tesis cuyas conclusiones 'calzaban' con perfección cartesiana, describiendo soluciones optimistas que eludían prudentemente la realidad. Esta sólo era intuitiva por el movimiento *hippy*, por artistas y poetas y por voces aisladas del *establishment* profesional.

De todos modos, el papel fundamental del intelectual no es componer estructuras mentales perfectas; su función primordial es formular interrogantes pertinentes: preguntar el 'por qué', el 'para dónde' y el 'para quién' de las cosas. Durante la década pasada la realidad de hechos dramáticos (las intoxicaciones de Leveso, las manchas de petróleo del Atlántico Norte, la desertificación, el *smog* londinense, etc.) terminó por motivar a los intelectuales, diversos profesionales y políticos a tomar en cuenta dicha 'variable física' del desarrollo y del crecimiento económico en general, pues el estilo de crecimiento parecía decididamente malsano, además de acentuar las desigualdades. Con todo, fue la llamada 'crisis del petróleo' (octubre de 1973) la que dramatizó ese cuestionamiento.

Si bien esta nueva preocupación se planteó en un comienzo en Europa, esto no obedece a

una concentración en ella de los efectos de agresiones a la naturaleza; a fin de cuentas se trata de un continente pequeño donde el suelo bien cuidado se mantiene fértil desde la era neolítica, las viñas seculares son tratadas con cariño, se transita hasta hoy por la vía Apia y se consigue adaptar los palacetes renacentistas para usos modernos. Tal vez, la preocupación surgió en Europa, porque los profesionales y las personas de ese continente tienen, más que en las Américas, una vieja y arraigada tendencia, reflejada en su sistema educativo, a una actividad angustiante, pero necesaria y exclusiva del ser humano: la de pensar.

Las sabias advertencias que comenzaron a surgir en artículos, congresos y seminarios tenían a veces un sabor ingenuo de 'cómo sobrevivir en la selva', valorizando el ingenio popular. Empero, es innegable que al cuestionar el estilo de crecimiento y el mal uso de los recursos naturales se formulaban las preguntas que eran pertinentes para la planificación. La CEPAL y los profesionales latinoamericanos quedaron sensibilizados por este cuestionamiento, insertándolo, sin embargo, dentro del cuadro de referencia del subdesarrollo y del tipo de crecimiento que caracterizan al continente.

Así, en oportunidad reciente, las contundentes palabras de Iglesias, Sunkel y Pinto nos hacían pensar: parecía increíble que hubiéramos podido olvidar el tema 'recursos naturales no renovables' o el tema 'medio ambiente' cuando escribíamos sobre el crecimiento económico en América Latina. Fue necesario el *boicot* al abastecimiento de petróleo en octubre de 1973 y el aumento brusco y constante de su precio y de la deuda externa para recordarnos realidades que estaban desde por lo menos dos décadas atrás, junto a nosotros: 1) la creciente internacionalización y la interdependencia económica del mundo; 2) el comienzo de la escasez de ciertos recursos naturales frente al aumento de la población y la producción mundiales, lo que obligaba a la renovación de la tecnología; 3) la fuerte metropolización de la población mundial y la inexistencia de tecnologías urbanas realmente modernas para hacer frente

\*Presidente del Instituto de la Ciudad, San Pablo, Brasil.

a ese fenómeno; 4) la evidencia creciente de la pobreza y hambre reinantes; y 5) la globalización gradual de la información y la homogeneización de culturas, demandas y expectativas.

La bibliografía del decenio de 1970 que avala esos hechos y procura retomar en forma más objetiva el discurso de las alternativas de desarrollo, es amplia y rica en autores y tesis brillantes y profundas. Asimismo, algunas reuniones internacionales —desde las preparatorias para el Congreso de Estocolmo (1972)<sup>1</sup> hasta el encuentro reciente en Tepoztlán, pasando por el seminario de la CEPAL sobre “Estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina”— permitieron la elaboración, debate y publicación de una importante renovación de tesis sobre el desarrollo de los países del tercer mundo y sobre el desarrollo ‘deficiente’ de los demás mundos.

Sin pretender presentar grandes síntesis, comenzaré aceptando la conveniencia, e incluso la necesidad, de cambiar el ‘*estilo de vida*’ y, en consecuencia, el estilo de desarrollo para alcanzar los siguientes objetivos: 1) generar modos de producir tipos de productos más adecuados a los recursos naturales, renovables y no renovables; 2) modificar el empleo del tiempo, las relaciones de trabajo y las formas de gestión; 3) reexaminar y crear valores humanos más próximos a los sentimientos de solidaridad entre las personas y de convivencia menos destructiva con la naturaleza. No obstante, dentro de este tema sólo pretendo en este artículo detenerme sobre el ‘*modus faciendi*’ de ese eventual y anhelado cambio de rumbo. ¿Cómo producir cambios del estilo de vida compatibles con los objetivos mencionados y aceptables para los ciudadanos?

Tanto el diagnóstico de la civilización actual como la ya mencionada generosidad de intenciones, constituyen indicios optimistas de que —como decía Hegel— la humanidad sólo se plantea aquellos problemas que es capaz de resolver. Empero, pese a que el diagnóstico y las intenciones constituyen factores necesarios para la solución, debe admitirse también que ellos no son suficientes. Para alcanzar la sufi-

ciencia tenemos que conocer con mayor precisión ‘la razón de ser’ de la acción de los grandes agentes de transformación; en otras palabras: investigar 1) los caminos posibles y probables que recorrería el sistema capitalista dentro de la racionalidad representada por las empresas transnacionales; 2) los caminos posibles y probables que seguirán las economías estatizadas dentro de la racionalidad de su pragmatismo político, caracterizado por la denominación burocrática predominante. Por último, será necesario 3) comprender en profundidad los móviles culturales de poderosos agentes de transformación, tales como los movimientos religioso-nacionalistas (tal el islamismo); y 4) evaluar la probabilidad de movimientos preconcebidos y racistas, movilizaciones destructivas de importancia (diversas estrategias terroristas, así como represiones policiales y reactivación de la tortura).<sup>2</sup>

Esta profundización del conocimiento y la comprensión permitirá elaborar ora un objetivo ora una estrategia para modificar los estilos de vida. El objetivo podrá configurarse en forma utópica sirviendo como meta hacia la que apuntará el vector que contiene tácticas y programas de acción; los objetivos utópicos son de hecho convenientes para motivar a la gente y ordenar actividades a lo largo de una directriz; estos vectores de acción son también convenientes para ensamblar actividades dándoles coherencia e impregnándolas de contenidos comunes.

Así, las estrategias constituyen conjuntos de acciones y programas dispuestos sobre el vector que apunta hacia el objetivo utópico inalcanzable, para lograr al cabo de un período determinado resultados comparables, metas parciales alcanzables y niveles pequeños y significativos de progreso.

Antes que el señor Karl Popper se sienta molesto, me apresuro a manifestar que no entiendo el objetivo utópico como una representación determinista del futuro, sino como un instrumento movilizador y clasificador que

<sup>1</sup>Especialmente las Reuniones de Túnez y Cocoyoc y los valiosos textos de la FIFAD-Fundación Internacional para Alternativas de Desarrollo.

<sup>2</sup>Me parece que la interacción entre factores socioeconómicos y factores culturales constituye un instrumento de análisis mejor que la relación esquemática de superestructuras que dependen de infraestructuras. Por otra parte, ¿cómo negar que la irracionalidad desempeña también un papel en la historia?

permite establecer estrategias y dar orden y coherencia a actividades pertinentes para el cambio, es decir, para el desarrollo.

Con todo, antes de establecer las difíciles estrategias para cambiar el estilo de vida conviene investigar si las poblaciones de nuestros países latinoamericanos esperan o desean realmente cambiar ese estilo. No basta comprobar que las cosas andan mal, que el estilo consumista agota los recursos y que la competencia implícita en el sistema genera violencias de todo tipo. Es cierto que el pueblo desea cambios, porque las cosas no marchan; pero ¿cambios de qué naturaleza, en qué dirección y para alcanzar cuáles objetivos? Dudo que la respuesta a una eventual investigación de la opinión pública tuviera como resultado la exigencia de cambios radicales del actual modo y vector de crecimiento. La opinión pública puede ser colérica, pero es generalmente conservadora: se teme a los cambios radicales, hay miedo natural a lo desconocido.

Por tanto, si bien, por una parte, las expectativas populares definen un conjunto de expectativas y corrigen, por ende, la visión técnica y la enriquecen con aportes, por otra, ofrecen generalmente una visión conservadora del mundo; tal hecho señala las dificultades que deben superarse si pretendemos implantar una estrategia de cambios: se generarán resistencias en el propio seno de los beneficiarios de dichos cambios.

Es preciso entender el motivo fundamental de la expectativa de modernidad que puebla los sueños de los brasileños (y de los demás países subdesarrollados) haciendo que tal vez resistan los cambios de estilo. En un estudio reciente sobre los palafitos de los sectores pobres de San Luis (Maranhão, Brasil) observé que las familias colgaban de las paredes de adobe, barro y madera a guisa de decoración: el Sagrado Corazón de Jesús con su calendario; la Virgen y el Niño con su calendario; Pelé u otro jugador de fútbol; Sandra Bréa (actriz de cine y televisión), generalmente vestida; y un Volkswagen, cuyo *poster* vi en más de una casa. Iconos de la vida moderna: la religión, la magia de los héroes, el mensaje televisivo y el producto—símbolo de la modernidad, el automóvil—; he aquí parte de la semiótica de lo cotidiano digna de un estudio de antropología de la vida

cotidiana. ¿Cuál es el *origen histórico* de esas expectativas, de ese deseo de poseer productos modernos y convalidar el actual estilo consumista? A fines del siglo pasado la presión de las empresas inglesas en el Brasil impidió que voces aisladas (como la del Barón de Mauá) llevaran a la nación a escoger otro modelo de crecimiento económico, a semejanza de lo que ocurrió en el Japón. Tal vez en ese país el idioma, su cultura insular, brindaran un aislamiento suficiente para seguir por algún tiempo una senda propia; su burguesía elaboró un proyecto y tenía claros los objetivos de los beneficios que derivarían de la reforma Meiji y del proceso de industrialización. En el Brasil, recién salido del régimen esclavócrata (abolido sólo en 1888 y cuyo tráfico negrero cesó en 1850), la riqueza y el poder se concentraban en una parte muy pequeña de la población: una élite de vida rústica en sus haciendas y de gastos desmedidos en París. Esta élite no tenía proyectos clasistas muy claros por lo que en la segunda mitad del siglo XIX coexistían latifundistas abolicionistas, industriales esclavócratas, ateos que defendían la enseñanza religiosa y demócratas monárquicos sin que nadie entendiera muy bien su posición. Deodoro, que proclamó oficialmente la República (1890), se presentó al entonces Ministro de Guerra para deponerlo ... "en nombre del Emperador".

Por otra parte, a esa debilidad de objetivos nacionales o clasistas de la clase media y de los propietarios de tierras (exportadores y banqueros), se sumaba la debilidad clasista de los trabajadores, donde el inmigrante italiano, forzosamente individualista en su ansia por rehacer la vida y superar su doble lealtad, se hallaba junto al ex esclavo que durante décadas identificaría el trabajo como una forma de esclavitud.

Este cuadro, obviamente simplista, revela tanto la pujanza y la existencia de alternativas como la fragilidad conceptual sobre la que actuaban, muy a voluntad, los intereses de los exportadores y empresarios ingleses. El siglo de la independencia en América Latina fue también el siglo en que se hicieron más transparentes las relaciones de dependencia económica.

Ahora bien, en tal situación era forzosamente escaso el grado de autonomía para escoger qué caminos recorrer. Y por tal motivo, en

vez del crecimiento integrado e industrial, orientado a ampliar el mercado interno a través de la participación más democrática en la distribución de riquezas, el Brasil enfiló hacia el *crecimiento por modernización*.

¿Qué caracteriza este modo de crecimiento? La adopción de un modelo comparativo —un país industrializado— cuyo *estilo de vida* se desea *copiar*. Una vez medida la magnitud de la distancia que separa a ambos países se pasa a la tentativa de reducirla. Es el mito de Sísifo, pues el país industrializado prosigue su trayectoria, perfecciona sus equipos, reinvierte y también crece.

En el ansia de poseer los equipos y servicios que definen el estilo de vida modelo el Brasil se encaminó hacia una modernización que constituye, en cierta medida, una traslación positiva para toda la sociedad; pero dentro de ese movimiento de traslación algunas partes de la sociedad avanzaron más, concentrando cada vez más el ingreso nacional, pese a los esfuerzos redistributivos ocasionales y débiles de uno u otro gobierno.

El crecimiento por modernización necesitó concentrar el ingreso; no había cómo 'dispersar' el escaso ahorro nacional si pretendíamos, primero, importar productos de consumo ya conocidos por las élites que dominaban las decisiones políticas; segundo, si pasábamos a sustituir esas importaciones por la producción local de esos mismos productos (industrialización por sustitución) importando máquinas elaboradoras; y tercero, si el desarrollo industrial permanecía como eterno dependiente de la tecnología que se va desarrollando en los países industrializados, absorbiendo ahorros para pagar la importación de incesantes innovaciones.

La élite brasileña pasó a integrar lo que Sunkel definió como 'el archipiélago de las islas de la modernidad'; por ello, si bien ochenta años de modernización tuvieron como resultado un millón de automóviles producidos al año, este crecimiento se pagó con una enorme e intolerable *deuda social*, representada, entre otros indicadores desagradables, por 20 millones de analfabetos y una mortalidad infantil que llegó a 101 por mil (1976). El precio es elevado e inadmisiblemente. El apego al privilegio y la esperanza en una solución mágica de los problemas de la deuda creciente, la inflación

de precios y la dependencia tecnológica creciente, serán superados por la violencia de la desesperación si no se modifica el camino de la modernización escogiéndose el camino del *desarrollo* (lo que supone aumento de empleos, mejoría de la calidad de vida y, especialmente, mayor equidad social).

Pero este cambio de estilo también tendrá su precio. Modificar el conjunto de productos producidos, de bienes de consumo en bienes salario, significará contrariar las expectativas generalizadas que esperan ilusoriamente una redistribución del ingreso y una equidad que dé sencillamente 'todo a todos'. Una distribución escasa y espartana de bienes de consumo, aunque sea equitativa y elimine la pobreza, será sentida por muchas personas como una frustración intolerable, un retroceso.

Por ello, un cambio del crecimiento por modernización hacia el crecimiento con desarrollo no podrá entrañar, por ahora, alteraciones cualitativas muy bruscas del estilo de vida. Es difícil imaginar desarrollos 'chinos' en el Brasil, país sin 'murallas' físicas o culturales, influido intensamente por lo que 'sucede allá afuera'.

Por tanto, para encarar y preparar el cambio de estilo es preciso considerar la importancia de las *expectativas* y de los *hábitos* en la generación de demandas. Ya en el modo de crecimiento por modernización la demanda fue precedida por la formación de hábitos culturales adecuados a la importación de productos. Estos eran hábitos de la pequeña clase dominante; pero, sabemos que ello bastó para la toma de decisiones sustantivas.

Hoy los patrones de consumo se generan en forma más compleja y más eficiente: los medios de comunicación de masas se encargan de crear una demanda global, una especie de necesidad psicológica de poseer objetos.

La tiranía de la cosa ofrecida es una tiranía dulce: envolvente, sensual, con música de fondo y generalmente en colores. Hay una ilusión de amor en cada compromiso de compra.

Y debemos tener presente que la eficiencia de los medios de comunicación se ampliará muchísimo durante el decenio de 1980, gracias a los progresos técnicos que tienen como resultado la transferencia y fusión entre los medios de retransmisión (televisión, teléfono y radio) y

los medios de procesamiento (computadores), y en la transferencia geográfica de la información mediante satélites. Creo que la importancia de la telemática<sup>3</sup> a partir de esta década aún no ha sido captada debidamente por los planificadores o políticos. Me permito citar algunos datos sólo para destacar su importancia para el tema que nos ocupa: en los últimos 15 años la capacidad de transmisión de los satélites Intelsat creció de 240 a 12 000 circuitos, mientras que su costo, por año de vida útil, cayó de 30 000 dólares a 700 dólares. La corriente transnacional de informaciones puede acarrear la concentración de bancos de datos en unos pocos países aumentando en forma increíble la dependencia y poniendo en jaque las soberanías. Los microprocesadores disminuirán los precios y las dimensiones de los equipos, permitiendo de ese modo el ingreso de la computadora a la vida cotidiana y el ofrecimiento de un gran número de servicios útiles (teléfono que informa sobre el tiempo) e inútiles (teléfono que cuenta anécdotas).

La revista *Dados e idéias* en su número de mayo de 1980 describe los perfiles de las redes internacionales de información que ya están en funcionamiento, originadas por la rápida integración entre los computadores y las telecomunicaciones. Existen los siguientes tipos de redes:

1. de uso propio (ejemplos: CIA, IBM, HP);
2. de compañías de servicios de procesamiento de datos (ej.: G.E., Control Data, Computer Sciences Corp);
3. con fines específicos (ej.: SITA—*Société Internationale de Télécommunications Aéronautiques*; SWIFT—*Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunications*);
4. públicas (ej.: Telenet, de la G.T.A.), destinadas a complementar y compatibilizar servicios de compañías telefónicas locales;
5. mixtas (Tymshare Inc. que funciona en 26 países e intercomunica 200 computadoras);

La importancia que para el tema del presente trabajo reviste la formación de esos bancos de datos y redes telemáticas estriba en el

hecho de que las empresas transnacionales poseerán en breve mecanismos mucho más eficientes para la generación de demandas globales, aumentando así su capacidad de comercialización, la que es tan importante como sus capacidades financiera y tecnológica.

Estimo que si los países de América Latina dejaran de regular y controlar los canales de transmisión y las operaciones telemáticas, se tornaría muy improbable cualquier cambio significativo de los estilos de vida y de desarrollo, pues las demandas seguirían generándose conforme a los intereses transnacionales que desearían preservar el modelo modernizador.<sup>4</sup> Es preciso no ilusionarse con el neoliberalismo ventilado en ciertos sectores políticos. Según U. Kekkonen, presidente de Finlandia, en un discurso pronunciado en un congreso de comunicaciones (mayo de 1973): "...una libertad de comunicaciones con un sentido liberal no es un concepto neutro en la realidad cotidiana, sino un modo mediante el cual una empresa con muchos recursos a su disposición tiene mayores posibilidades que un competidor más débil de que se acepte su hegemonía".

Pese al recelo que podamos tener de la dominación burocrática gubernamental en la telemática, la verdad es que en el Tercer Mundo sólo los gobiernos pueden constituirse en interlocutores a la altura del poderío de una transnacional. Por una parte, debemos permitirles y alentarles a que ejerzan ese papel y, por otra, debemos aumentar y perfeccionar el control de la sociedad civil sobre los gobiernos.

Sean los hechos mencionados o sea el propio origen histórico de la modernización vigente, todo apunta a la posibilidad de generar decisiones y opciones económicas sustantivas a partir del condicionamiento cultural de demandas y expectativas.

Así, para implantar estrategias de cambio debe considerarse no sólo el potencial técnico de los medios de comunicación (canales de transmisión y montaje de bancos de datos pertinentes), sino también su potencial humano

<sup>3</sup>Neologismo para denominar la fusión de las telecomunicaciones con la informática.

<sup>4</sup>En este sentido el Brasil presenta experiencias positivas, como son la CAPRE—*Coordenação das Atividades de Processamento Eletrônico* y la reciente creación de la SEI—*Secretaria Especial de Informática*.

(calidad y contenido de la producción artística e intelectual).

Por ello, en un debate reciente llamé la atención, nuevamente a título ilustrativo, sobre la eficacia de las telenovelas en el Brasil dentro del análisis del '*modus faciendi*' de las estrategias alternativas de desarrollo. El talento actual de escritores, directores y actores ha transformado ese producto de entretenimiento de masas en un producto cultural de calidad apreciable. Su audiencia es elevadísima; por ejemplo, cerca de 36 millones de brasileños llevan ya 5 meses viendo todos los días durante una hora la telenovela "Agua Viva",<sup>5</sup> y pese a la estructura folletinesca de las telenovelas (cuyos conflictos terminan siempre con soluciones idealizadas y que confirman un conjunto de valores redundantes), los temas de actualidad 'rondan' por la mente de los telespectadores y se constituyen en los temas de conversaciones informales al día siguiente. Según los autores de telenovelas en la definición de lo que son esos 'temas de actualidad' reside un primer argumento importante en favor de la utilización de la telenovela como instrumento de la estrategia de cambio de los estilos de vida. El otro argumento es la identificación de los espectadores con personajes y con actores; si esa identificación se utiliza para la venta de productos ¿por qué no ponerla al servicio de un discurso inteligente, de un objetivo social profundo? El cine norteamericano convirtió al indio en un perso-

naje malvado, un antihéroe o 'bandido'; con igual eficacia podría haberlo transformado en héroe, en 'jovencito'. El medio de comunicación se presta para cualquier contenido, y la decisión es, dadas condicionantes políticas obvias, personal.

Así, después de plantearnos el objetivo utópico que perseguiremos, para modificar efectivamente el estilo de desarrollo tendremos que considerar los medios que permitan superar la resistencia a abandonar las ilusiones de modernización a través del consumo conspicuo. Y para ello deberemos aprender a actuar en el campo de la cultura, de los hábitos y de los medios de comunicación. Tornar lúcida y convincente *la conveniencia de cambiar* el estilo de desarrollo, he aquí uno de los desafíos más difíciles que se plantean a los intelectuales y planificadores que deseen sinceramente concebir a introducir alternativas significativas en América Latina.

Temo que si no tomamos en cuenta la potencialidad de la cultura y de los medios de comunicación para movilizar la opinión pública, dentro de 10 años estaremos oyendo nuevamente al economista Aníbal Pinto exclamar: ¡es espantoso! Durante tantos años estuvimos elaborando propuestas para el desarrollo de América Latina y nos olvidamos de proponer formas, medios, estrategias y tácticas para comunicar esas ideas a los usuarios de las propuestas, planteando las mejores formas de movilizar a los ciudadanos en favor de las alternativas que exigen cambiar los estilos de vida. Quisimos hacer una revolución *para* los demás, en lugar de una revolución *con* los demás...

<sup>5</sup> Escrita por Gilberto Braga, dirigida por R. Talma y P. Ubiratan, producida y transmitida por la TV Globo, el principal de los 108 canales existentes en el Brasil.